



★
2020

Me lo contaron mis abuelitos
XXVII CONCURSO HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA







Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura

Coordinación de contenidos

Pierina Cavalli y Loreto Alarcón

Diseño

Victoria Neriz

Edición

María Teresa Sota

Corrección de texto

Javier Araya

Ilustraciones

Daniela William
Paula Bustamante
Alfredo Cáceres
Camila Cruz
Sol Díaz
Paulina Leyton
Tomás Olivos
Mariel Sanhueza
Gertrudis Shaw
Margarita Valdés

Ilustración de portada

Tomás Olivos

Derechos reservados

El presente libro no puede ser copiado, reproducido, distribuido, publicado, difundido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción sin la autorización escrita de FUCOA.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 2021-A-4200

ISBN: 978-956-7215-74-4

Junio de 2021, Santiago de Chile.

Imprenta AlImpresores

2020

Me lo contaron mis abuelitos

XXVIII CONCURSO HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

Los cuentos que conforman esta antología fueron escritos por niños, niñas y jóvenes de todo Chile para el concurso Historias de Nuestra Tierra.

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura

Esta edición cuenta con la colaboración y el financiamiento del Ministerio de Educación.
www.historiasdenuestratierra.cl

ÍNDICE

Presentación Ministerio de Agricultura	9
Presentación Ministerio de Educación	10
II versión categoría Dibujo	11
Educación Básica	14
Educación Media	24
XXVIII versión categoría Cuento	35

PREMIOS NACIONALES

Bendita chancha , Colomba Jesús Caroca Valdés. Región del Maule	39
El caminante misterioso , Felipe Águila Barrientos. Región de Los Lagos	43
Se llama “El dulzor de la uva” , Omar Alejandro Barraza López. Región de Arica y Parinacota	47
Amir, el inmigrante , Amir Alchaer Querales. Región de Antofagasta	51
La niña elegida por el río , Aylén de los Ángeles Inostroza Huincabal. Región de La Araucanía	55

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Geoglifos , Fernanda Paulina Toledo Claude	59
La triste vida de un colibrí , Francisco Javier Maximiliano Benavides Rubio	63

REGIÓN DE TARAPACÁ

La Virgen de Guadalupe , Francisca Páez	67
Flor en la arena , Thayna Monserrat Castillo Chávez	71
La gaviota y el pescador del marinero desconocido , Nathalia Andrea Ramírez Araya	73

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

Peine , Kevin Willam Mamani Fulguera	77
Desapariciones , Melissa Isidora Miranda Cárdenas	81
Los Tue Tue del río , Mila Yurac Waltemath	85

REGIÓN DE ATACAMA

Suspiro del valle, historia de una semilla , Dominga Carrasco Guevara	89
La dama de blanco , Antonia Cumian Miranda	93
Amigos magallánicos por siempre , Isabel Cristina Livacic Sáez	97

REGIÓN DE COQUIMBO

La cueva del águila , Yoeli Rafaela Anjel Arancibia	103
Mi sabio abuelo , York Ángel Valdés Contreras	107
Las historias de la trilla , Melanny Cecilia Tapia Carvajal	109

REGIÓN DE VALPARAÍSO

La gran sombra marina , Alejandro Eduardo Aguilar Ika	113
Joaquín y Eluney , Joaquín Eduardo Valencia Silva	117
La quebrada de la señora , Daniel Guillermo Lobos Martínez	123
Hanga Rau y el Tangata Manu , Martina Antonia Yáñez Avilés	127

REGIÓN DE METROPOLITANA

Parte del río , Sofía Pascale Flores Cautre	129
El Chercán , Ámbar Trinidad Márquez Barker	135
Un consomé para la novia , Antonia Paz Lagos Novoa	139

REGIÓN DE O'HIGGINS

- El armario**, Danae Cabello Arce 145
- Me ha contado mi abuelita Albertina**, Isaías Genaro Murillo Sánchez 149
- La noche de San Juan**, Álvaro Joaquín Arriagada Suazo 153

REGIÓN DEL MAULE

- Un árbol único y milagroso**, Konstanza Antonella Montecinos González 155
- La extraña suerte de un campesino**, Valentina Estrella Gajardo López 159

REGIÓN DE ÑUBLE

- Mis ojos lo vieron**, Julissa Roa González 163
- El agua de la vida**, Yorch Isaías Montenegro Navarrete 167
- Las historias de mi abuelo**, Emilia Constanza Chamorro Sepúlveda 171

REGIÓN DEL BIOBÍO

- Obsesión carmesí**, Eduardo Enrique Cea Garrido 175
- El lugar que todos necesitamos**, Antonieta Emilia Cid López 179

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

- La vida campesina de mi abuela y mi padre**, Samary Abello Carinao 183
- Huitranalhue en mi región**, Pedro Felipe Milla Marcos 187
- La plantita regalona**, Bernardo Alonso Catrilaf Antilef 189

REGIÓN DE LOS RÍOS

- Infancia feliz**, María Jesús Abarzúa Poblete 193
- Árbol curativo**, Isabella Thaís Mora Palominos 197
- El gato negro**, Delia Sofía Huichiman Curiñanco 201
- Mateo, el niño hierbatero**, Bastián Alejandro Molina Obrequé 205

REGIÓN DE LOS LAGOS

El sahumero de las papas, Angelina Trinidad Millalonco U. 209

Los zapatos chuecos, Florencia Torres Vera 211

REGIÓN DE AYSÉN

Bahía Acantilada, Lucía Estela Aguerri Contreras 215

La aventura de mi abuelo, Vanessa Raquel Águila Saldivia 219

La bota perdida, Sofía Antonia Santander Pinto 223

REGIÓN DE MAGALLANES

Invierno en Cerro Sombrero, Ayleen Millaray Rauque Canio 227

Cumpleaños de Onoru, José Eduardo Pinto Toro 231

El sueño de Alexandra, Katrina Alexandra Graciela Godoy Ávila 235

Presentación

Ministerio de Agricultura

Qué importante es la tradición oral del mundo rural de Chile, especialmente en la voz de nuestros abuelos y abuelas, quienes motivados por sus propias experiencias personales y familiares, sus amistades y lo que recibieron de sus propios abuelos, así como el amor por sus nietos y nietas, comparten con niños, niñas y jóvenes a lo largo de todo el país aquellas historias más arraigadas en el campo, que debemos mantener vivas, vigentes, recogiénolas y difundiénolas para el conocimiento de las actuales y futuras generaciones.

Por ello, este libro “Me lo contaron mis abuelitos”, que año a año es publicado en el marco del concurso Historias de Nuestra Tierra, es un aporte invaluable en la revalorización de la cultura rural de Chile, que como Ministerio de Agricultura, a través de FUCOA, nos hemos propuesto desarrollar, ya que es en la cultura y tradiciones de la ruralidad donde nacen y permanecen las raíces de lo que nos identifica como chilenos y chilenas.

En las páginas de este libro se plasman aquellas historias, cuentos, relatos, vivencias, mitos, creencias y costumbres radicadas en lo más profundo de Chile. Es por ello que esta publicación, así como el propio concurso, son fundamentales para que la tradición oral trascienda, permanezca y perdure, tanto como nuestra propia ruralidad, que no solo es un mundo de oportunidades, sino también de belleza natural, cultural y humana.

Cada obra aquí recogida refleja las distintas características y particularidades que hacen a nuestro campo y nuestros territorios rurales tan ricos y únicos, desde la grandeza e imponencia de los desiertos y alturas andinas del norte hasta los verdes y copiosos recovecos del sur, que han ido forjando a la gente del mundo rural, sus comunidades, historias, costumbres y tradiciones, transmitidas a lo largo de los años por los mayores, los abuelos y abuelas, en la víspera de una lluvia, al calor de una fogata, en un largo trayecto al hogar y en diversas otras instancias de compartir con los más pequeños, nuestros niños y niñas.

Es un orgullo presentar una obra como esta, con la que esperamos aportar desde nuestro quehacer en la revalorización de la cultura rural, permitiendo que cuentos e historias como estas trasciendan en el tiempo y queden plasmadas para el conocimiento y reconocimiento de todas y todos.

María Emilia Undurraga Marimón
Ministra de Agricultura

Francisca Martín Cuadrado
Directora Ejecutiva FUCOA

Presentación Ministerio de Educación

“Me lo contaron mis abuelitos” es la frase al oído que los niños, niñas y jóvenes escuchan de sus mayores, en tardes y noches junto a un brasero, un patio bajo una parra, con el dulce olor de las flores y el color de la ñañañuca; danzan las brujas en el renacer de las noches de primavera o en las aguas azules y frías de Chiloé.

Más al norte, los geoglifos emergen expectantes en los cerros y el suspiro del valle se escucha hasta Magallanes. El águila observa desde su macizo andino como los niños, niñas y jóvenes de esta tierra extendida entrelazan sus susurros para relatar la palabra y visión de sus ancestros, mientras la dormida salitrera María Elena se despierta de su letargo del siglo pasado.

En esta vigesimoctava versión, aún los mayores y los más pequeños tienen una versión de esa fantasía que fue transmitida por la “otredad” y va atesorándose en esta hermosa versión de trabajo colaborativo entre el Ministerio de Educación, Educación Rural y el Ministerio de Agricultura, FUCOA.

Esta alianza ha permitido, por años, que la expresión escrita se lleve a cabo en textos ilustrados, poner los sueños en color para compartírselos con todos los lectores que se acercan emocionados a este relato tan genuino que perfila y descubre nuestra sentida geografía.

En esta versión se incluye la gráfica como un modo de destacar también a aquellos estudiantes y adultos que se comunican a través del color y la forma, agregando la palabra, la descripción, las vivencias, las emociones, la magia y la luz que se filtra entre esas letras impresas desde todos los rincones, que hacen conocer a quien lee, personajes misteriosos, lugares apartados que no aparecen en las rutas turísticas.

La belleza de la palabra cobija los secretos de todos los habitantes del país y son estas manos que ponen en el papel las letras que marcan una ruta que se empina y descende, contando por todas partes los increíbles sucesos de lo remoto y ajeno.

La invitación y el propósito creativo y lúdico emergerán cada vez que abran este libro para dar cabida a la magia, el sueño y la fantasía de cada relato y dibujo.

Ministerio de Educación
División de Educación General
Educación Rural



II VERSIÓN

.....
Categoría Dibujo

OBRAS CREADAS POR ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN BÁSICA Y MEDIA



Jurado



Claudia Lira. PhD en Estética y Teoría del Arte. Académica del Instituto de Estética e investigadora del Centro de Estudios Asiáticos de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Directora en Chile del Proyecto Educación de los Sentimientos de Japón y del Concurso Internacional Museo de Bellas Artes de Atami, Japón.



Pamela Vergara. Profesora de Artes Visuales, pintora e ilustradora. El año 2002 se licenció en Artes Plásticas en la Pontificia Universidad Católica de Chile, y el 2004 se tituló en Pedagogía en Artes Visuales. Desde el 2004 trabaja como profesora de Artes Visuales y es jefa del área académica en la Fundación Belén Educa.



Francisca Aninat. Pintora. Tiene un BA en Historia del Arte de la Universidad de Maryland (Estados Unidos), licenciada en Artes Plásticas de la Pontificia Universidad Católica de Chile y tiene un máster en Artes en Central Saint Martins College of Art and Design (Inglaterra). Ha participado en diversas exposiciones nacionales e internacionales.



José Luis Romero. Ingeniero agrónomo de la Pontificia Universidad Católica de Chile y máster en Comunicación Estratégica y Branding de la Universidad Mayor. Jefe de asesores del Ministerio de Agricultura, donde anteriormente se desempeñó como jefe del departamento de Desarrollo Rural de Odepa y estuvo a cargo de la implementación de la Política Nacional de Desarrollo Rural.

Palabras del Jurado

La experiencia estética es el sabor que queda en nuestra memoria de los momentos presentes. A veces, las palabras no son suficientes para expresarlos y la imagen puede revelar aspectos asombrosos de lo que sentimos. Los sentimientos nos hacen ver los colores más profundos, los olores más intensos, los sonidos e incluso el silencio con tonalidades que no habíamos sospechado. En ocasiones, un momento simple, como alimentar las gallinas, se vuelve una ventana para la comprensión del amor, del cuidado, lleno de color como la obra “Los colores de mi campo”. La fiesta es el momento donde los sentidos se agudizan, donde experimentamos la comunidad y la comunión con el paisaje, donde sentimos el tiempo, su importancia, como en “We tripantu”. Lo que escuchamos, no lo hemos visto, pero la imaginación reconstruye las escenas dándole forma al misterio, como en “La cueva de los brujos de Lo Gallardo”.

“Laceador del cerro”, “Cosecha de trigo”, “Cosecha de uva”, “Recolectores de cochayuyo en Pichilemu” nos muestran cómo vida y trabajo no están separados; el arte y la vida unidos, por eso muchos de esos trabajos están conectados con una fiesta, lo que nos hace más tarde “Recordar viejas tradiciones”. Más de alguien verá solo precariedad, trabajo físico en estas labores, pero en ellas hay algo más, una enseñanza, como lo evidencia “La lucha por cultivar”, donde sopesamos el valor de lo que cuesta cultivar. Cuando lo hacemos, estamos ante una diversidad de estímulos. Nuestra tradición lo transmite con acciones: “La minga, la solidaridad navega por los mares del sur”.

La “Adopción sorpresa en Alao” nos relata en imágenes la complicidad entre abuela y nieto, así, como la relación cariñosa, la crianza de los animales de campo que al mismo tiempo de ser alimento, son parte de la familia. Lo sobrenatural, la conexión con los seres de otros mundos -ya sean antepasados, ánimas o seres del ámbito luminoso u oscuro- están siempre presente en el país, como lo vemos en “La cueva de los brujos”. “El acompañante inesperado” nos muestra cómo podemos de pronto adentrarnos en una experiencia extraña y, sin embargo, plena de sentido, como lo es la protección que viene de la dimensión de lo sagrado y como se manifiesta también el “La paigasa (quema de ropa), ritual de entrega de pertenencias al difunto” en el norte del país.

“Renacer en Aconcagua”, “Camino a la escuela”, “La espera de la Añañuca”, “Las lágrimas de la Luna”, “Las bellas aguas de Chiloé” y “Encuentro con el Trenpulcahue” nos comunican distintas dimensiones de la relación con la naturaleza/paisaje y con el paisaje como pueblo. Finalmente, “Salitrera Santa Laura” nos invita a la dimensión patrimonial de lo que fue y hay que recordar para tener raíces.

A todos los autores, les damos las gracias por su sensibilidad, la que vuelta obra nos regala enseñanzas de vida. Imágenes que nos revelan la riqueza de las Historias de Nuestra Tierra y de sus gentes.

Claudia Lira
Presidenta del Jurado

★
EDUCACIÓN BÁSICA

Primer lugar nacional

Los colores de mi campo

Como cada día de mis cortos doce años acompaño a mi mamá a alimentar a las gallinas que muy alegres nos regalan su canto. Esas gallinas tienen nombre y cada una, aunque iguales en color, tiene su peculiaridad. Las vacas pastan muy pacientes la verde hierba que crece interminable, el gato y el perro son amigos y la tierra nos agradece con sus colores. Convivimos en armonía, todos somos familia.

Yislei Jasmín Mena Urra

12 años

Retiro

Región del Maule

★
EDUCACIÓN BÁSICA



Segundo lugar nacional

We Tripantu

Para hacer este dibujo, me inspiré en los mapuches. Todos los años celebran el We Tripantu, más conocido como el Año Nuevo mapuche. Yo soy descendiente mapuche, llevo la sangre en mis venas y me siento orgullosa de hacerle un dibujo a mi pueblo sacrificado. Esta celebración para los mapuches es una nueva salida del sol y la luna. Este momento es tan importante, porque es un agradecimiento por la vida que se renueva y está basado en propiciar un nuevo año de agricultura. Por eso, es importante destacar a mi pueblo mapuche.

Natalia Antonia Quintul Lira

13 años

Frutillar

Región de Los Lagos

★
EDUCACIÓN BÁSICA



Tercer lugar nacional

La cueva de los brujos de Lo Gallardo

En Lo Gallardo, pueblo escondido hacia los cerros de San Antonio junto al río Maipo, existe una cueva de brujos cuidada por culebrones. Hasta el día de hoy se escuchan a los brujos con sus fiestas, hechizos y misterios. Cuentan que se convierten en animales como huairavos, piuchenes o cabras. Se dice que esta cueva posee conductos que conectan a otras cuevas de brujos como la de Salamanca, en Coquimbo, o la de Quicavi, en Chiloé.

Julieta Abril Villalón Ramírez

11 años

Cartagena

Región de Valparaíso

★
EDUCACIÓN BÁSICAPremio eSpecial dibujo
Laceador de cerro

Yo elegí el laceador de cerro, porque representa al huaso chileno con su caballo, que es fundamental para esta actividad. La gente en los campos se veía en la obligación de recuperar a su ganado. Aquí se ve la importancia que tiene esta actividad en el desarrollo de Chile.

Benjamín Alonso Vargas Rehl
12 años
Valdivia
Región de Los Ríos

★
EDUCACIÓN BÁSICA



Premio especial adaptación visual
Adopción Sorpresa en Alao

Todos los veranos, mi abuela, quien vive en la isla de Alao, y yo adoptamos a un lechón. Visitamos a la mamá chancha y encargamos previamente uno. Cuando ya tiene dos meses, vamos a buscarlo y lo adoptamos secretamente. A mí me gusta elegir de qué color será; ojalá que tenga manchas o diferentes colores, así puedo buscarle un lindo nombre. Mi abuela y yo lo alimentamos, le hacemos su casita y le rascamos su guatita.

Camila Oliva Millán Cheuquepil
11 años
Castro
Región de Los Lagos

★
EDUCACIÓN BÁSICAPremio especial narrativa
El acompañante inesperado

Me contó mi abuela que cuando ella era pequeña, en un viaje que hizo su papá, del campo a Combarbalá, un espíritu se hizo pasar por un hombre y lo acompañó en su camino para protegerlo de unos conocidos que lo esperaban para asaltarlo. Al llegar a casa se dio cuenta, porque nadie llegó con él. Al día siguiente, los hombres que lo esperaban se hicieron los amables y fueron a su casa a preguntar por dónde había pasado, porque por el camino de siempre no vieron pasar a nadie.

María Paz Balcázar González
9 años
Coquimbo
Región de Coquimbo

★
EDUCACIÓN BÁSICA



Premio especial técnica gráfica
La cueva de los brujos

Aquelarre en la cueva de los brujos de San Julián, Ovalle. Cuenta la leyenda que esta cueva se conecta con la de Salamanca.

Constanza Belén Rojas Grenett
8 años
Ovalle
Región de Coquimbo

★
EDUCACIÓN BÁSICA



Premio especial expresionista
Cosecha de trigo

Alegres campesinos trabajando en una calurosa tarde de verano, cerca de casa. Sector precordillerano de la comuna de San Fabián de Alico, Chillán, Ñuble.

Camila Ayelén Pérez Solís
12 años
Chillán
Región de Ñuble

★
EDUCACIÓN BÁSICA



Premio especial paisaje
Renacer en Aconcagua

La vida renace en Aconcagua cuando despierta el durazno en flor, dando paso a la primavera que con su danza cubre los campos de colores a los pies de la majestuosa e imponente cordillera de los Andes.

Trinidad Laura Mikaela Rojas Godoy
12 años
San Felipe
Región de Valparaíso

★
EDUCACIÓN BÁSICA



Premio eSPECIAL color
Las bellas aguas de Chiloé

En las tardes de Chiloé, los peces bailan en el mar. Muy felices se les ve cuando el sol se va a ocultar. Yo creo que ellos saben lo hermoso que es este lugar y por eso danzan sin parar.

Daniel Alonso Rivera Strauss
7 años
Maipú
Región Metropolitana

★
EDUCACIÓN MEDIA**Primer lugar nacional**
La espera de la añaña

Mi dibujo está inspirado en la leyenda de la añaña, que posiblemente debe su origen a un poblado de la comuna de Monte Patria, al interior del valle de Limarí, en la Región de Coquimbo. Ella es Añañuca, en su brazo derecho lleva el casco minero de su esposo, a quien esperó pacientemente en el desierto, pero que nunca volvió de su búsqueda de oro. Las flores rojas que ella lleva son añañas que crecieron en ella el día de su muerte.

Constanza Sofía Arellano Donoso
14 años
La Serena
Región de Coquimbo

★
EDUCACIÓN MEDIA

Segundo lugar nacional

El encuentro con el Trempulcahue

El dibujo está basado en el cuento contado por mi hermano mayor: el Trempulcahue, la Machi, el niño y la llanca perdida. En el dibujo se ve cómo nuestro abuelo se encuentra por primera vez con el espíritu en mitad del mar. En su mano está la llanca y la Machi está sentada sobre el Trempulcahue.

Johanán Magdiel Gaete Alarcón

17 años

Cañete

Región del Biobío

★
EDUCACIÓN MEDIA



Tercer lugar nacional
Cosecha de uvas

Este dibujo representa a los trabajadores de la zona rural de Chile, que se encuentran presentes a lo largo del país en las labores del campo. En la cosecha trabajan estas esforzadas personas recolectando uvas con un recipiente en las manos, para que el fruto llegue sano a las mesas de los chilenos.

Lucía Cristina Guerra Molina
18 años
La Granja
Región Metropolitana

★
EDUCACIÓN MEDIAPremio eSpecial paisaje
Camino a la eScuela

Al pensar en los campos chilenos, se me vienen a la mente imágenes de niños que día a día deben recorrer largas distancias para llegar a la escuela, atravesando grandes pastizales y caminos lodosos, sintiendo los múltiples olores, colores y sonidos del entorno, disfrutando lo que para muchos de nosotros solo se ve en tiempos de vacaciones: una constante conexión con la naturaleza.

Susana Sofía Monsalve Castillo
16 años
Concepción
Región del Biobío

★
EDUCACIÓN MEDIA



Premio eSpecial dibujo

Recolectores de cochayuyo en Pichilemu

Cada vez que voy a la playa temprano, veo a los pescadores que ya están de vuelta, ordenando altos de cochayuyo para que se sequen al sol. Los admiro, porque son fuertes y silenciosos, tesoneros a toda prueba, y porque son capaces de encontrar extensas praderas marinas, allí donde una apenas distingue algo, y luego extraen todo el verde que guarda el azul del mar. Este es mi homenaje para ellos.

Maika Vera B.

14 años

Marchihue

Región del Libertador General Bernardo O´Higgins

★
EDUCACIÓN MEDIA



Premio eSpecial dibujo
Salitrera Santa Laura

Esta antigua oficina salitrera es un Monumento Nacional y Patrimonio Cultural de la Humanidad. Es administrada por la Corporación Museo del Salitre, ubicada en la comuna de Pozo Almonte, Región de Tarapacá. Es un reflejo del período de esplendor y contrastes que vivió la región entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, que en su mejor momento contó con una población de 425 habitantes.

Sofía Fernanda Loayza Behm
17 años
Antofagasta
Región de Antofagasta

★
EDUCACIÓN MEDIA

Premio especial expresionista

La minga: la solidaridad navega por los mares del sur

La minga es una tradición rural en la que vecinos, amigos y la comunidad realizan un trabajo conjunto para la colaboración social. En Chiloé se realiza el traslado de casas con bueyes y lanchones (si se requiere ir de una isla a otra). Me sorprendió tanto que hasta el día de hoy se siga haciendo que quise aprovechar este concurso para representarlo, esperando poder algún día visitar Chiloé y verlo en persona.

Natalia Andrea Soza Navarro

16 años

Angol

Región de La Araucanía

★
EDUCACIÓN MEDIAPremio especial color
Lucha por cultivar

Con esta obra quise representar el sacrificio y la lucha de la gente campesina por lograr mantener sus cultivos, a pesar de la escasez de agua a consecuencia de los monocultivos de pino y eucalipto, que producen un gran impacto ambiental y social.

Isabella Valentina Bascur Aedo

16 años

Osorno

Región de Los Lagos

★
EDUCACIÓN MEDIA



Mención especial narrativa

La paigasa (quema de ropa), ritual de entrega de pertenencias al difunto

Una de las ceremonias mortuorias de mi familia aymara es la paigasa o quema de ropa. Se celebra al séptimo día del fallecimiento de un ser querido, y consiste en reunir todas sus pertenencias y se velan durante todo el día con sus parientes y amigos, entre juegos, bromas, comida y oraciones. Al atardecer, se lleva todo en dirección oriente para ser quemado en una gran hoguera por cinco representantes de la familia, ya que el alma viene a retirar sus cosas y puede sentirse tentado de llevarse a un familiar. Los escogidos se tienen que esconder y ver las llamas de la hoguera viendo al difunto cómo recibe la ofrenda y si es que está intranquilo o buscando algo que le falte. Si todo se hizo bien, partirá en paz y feliz, cuidándolos desde el más allá.

Melanie Patricia Cáceres Pachao

15 años

Pica

Región de Tarapacá

★
EDUCACIÓN MEDIA



Premio especial técnica gráfica
**Recordando viejas
tradiciones**

En la obra se refleja un típico hombre de campo, quien también es un abuelo trabajador que se gana la vida vendiendo y cortando leña que la yunta de bueyes trae de los abundantes bosques sureños. Mientras, toma mate caliente y entretiene a sus nietos relatando la mitología chilota que, al igual como él lo hace ahora, le contaron de la misma manera en su niñez.

Valentina Sofía Barría Faria
16 años
Puerto Montt
Región de Los Lagos

★
EDUCACIÓN MEDIAPremio especial adaptación visual
Las lágrimas de la luna

Mi bisabuela solía contarle una leyenda mapuche a mi madre durante su niñez. En ella relataba que la luna y el sol gozaban de su amor, pero que debido a discusiones él empezó a salir de día y ella de noche. La historia cuenta que el sol se enamoró de una doncella y que la luna al darse cuenta lloró durante semanas. Cuando terminó de llorar, se percató de que convirtió su dolor en vida, dando origen a los bellos lagos del sur de Chile.

Lucía Cristina Guerra Molina
18 años
La Granja
Región Metropolitana



XXVIII VERSIÓN
.....
Categoría Cuento

OBRAS ESCRITAS POR ESTUDIANTES MENORES DE 14 AÑOS



Jurado



Sonia Montecino. Nació en Santiago, en 1954. Es antropóloga y escritora, profesora titular del Dpto. de Antropología y coordinadora de la Cátedra Indígena de la Universidad de Chile. Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales (2013). Experta de Chile y Latinoamérica ante el Órgano Evaluador del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad de Unesco. Recibió en 2005 el Premio Altazor por el ensayo “Mitos de Chile. Diccionario de seres, magias y encantos”.



Esteban Cabezas. Nació en Santiago, en 1965. Es periodista, crítico de gastronomía y escritor de literatura infantil. Algunos de sus libros son: la saga “Las descabelladas aventuras de Julito Cabello”, “María la Dura” (Premio Barco de Vapor) y “La tortulenta” (Premio Ibbly Chile).



Zoila Díaz. Nació en Santiago, en 1981. Es educadora de párvulos de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC) y se desempeña actualmente como profesional del Programa de Educación Rural de la División de Educación General del Ministerio de Educación.



Josefina Hepp. Nació en Edimburgo, Escocia, en 1982. Es agrónoma y máster en Protección y Manejo Ambiental de la Universidad de Edimburgo y doctora en Ciencias de la Agricultura de la PUC. Sus intereses están centrados en la conservación de la biodiversidad y sustentabilidad. También es escritora de libros infantiles, como “La época de las semillas”, “De brujas caprichosas y hadas desencantadas” y “Auxilio, socorro. Historia de un malentendido”, que escribió junto a su padre.



Mauricio Paredes. Nació en Santiago, en 1972. Es ingeniero civil eléctrico de la Pontificia Universidad Católica de Chile y escritor. También se dedica a la investigación y difusión de la literatura infantil. Entre sus títulos destacan: “¡Ay, cuánto me quiero!”, “La familia guácatela” y “La cama mágica de Bartolo”.

Palabras del Jurado

Con mucha alegría y esperanza, en estos días donde la humanidad entera está Casolada por la pandemia, la tradición oral plasmada en la escritura se hizo sentir como un sonido donde la vida nos acoge. Desde el norte y el sur, los escritos recrearon y releeron viejos relatos, pero también nuevas imágenes y narrativas donde los(as) más jóvenes fueron colocando otras experiencias que anudan pasado y presente. Sin duda, la transmisión transgeneracional como dispositivo que torna posible la continuidad genealógica de cuentos, mitos y leyendas chilenas, se ve reflejada en esta valiosa compilación de textos seleccionados en este nuevo volumen que se agrega al crisol ya compendiado por FUCOA.

Sonia Montecino
Presidenta del Jurado



Ilustración: Daniela William

★
PREMIOS NACIONALES**Bendita chancha**

Colomba Jesús Caroca Valdés

Recuerdo que hace un par de años, en un tiempo en que vivíamos en la casa de los abuelos, aquí en Villa Alegre, estaba yo sentada en el regazo de mi padre escuchando las mil y una historias que contaban mis tíos después del almuerzo dominical, tal vez intentando alargar infinitamente ese momento de reunión o acortar las largas y calurosas tardes de verano. Como sea, recuerdo que me encantaba escuchar las historias, que si bien no las entendía del todo, eran para mí muy familiares, ya que siempre se repetían en cada encuentro familiar; varias de ellas ya me las sabía de memoria. Aún recuerdo esas risotadas y gritos al contar las historias de niñez y juventud, tantas anécdotas que con el paso de los años van quedando grabadas en la vida de las personas, y de paso iban quedando grabadas en mí, por osmosis, por decirlo de algún modo. Eran historias añejas, sin tiempo claro, llenas de nostalgia, algunas tristes que recordaban gente que ya no está; otras, la mayoría, llenas de alegría, recordando locuras de juventud.

Recuerdo que esa tarde había un vecino nacido y criado en Villa Alegre, que con guitarra en mano entonaba algunas canciones y entre canción y canción narraba algunas historias nuevas para mí, historias de Villa Alegre, de su gente, de sus orígenes. Contó una en particular que hablaba de una mujer que vivía hace muchos años en el sector del Cruce de la Arena, cerca de la casa de mis abuelos, a unos dos kilómetros más precisamente. Esta mujer vivía sola en una casona grandota; de ella se contaban mil historias: que era una mujer que hacía conjuros y que practicaba magia negra. Vivía sola; las malas lenguas decían que había matado a su pareja por celos, y que había hecho un pacto con el demonio, debiendo entregarle un alma cada año a cambio de vida eterna y riquezas; de no hacerlo, su alma se iría al infierno...

Una tarde cualquiera, esta mujer quiso matar a una chancha que ella tenía, un animal grandote y de mucha fuerza. Ya con varios años encima, la mujer no fue capaz de sujetar al animal, y enredándose en las cuerdas, cayó y se azotó la cabeza en el suelo, quedando inconsciente. Dicen que el animal, al ver a la mujer tirada, comenzó a saciar su hambre y se la comió por completo. La verdad es que nadie en el pueblo se extrañó de la ausencia de la mujer, ya que era un tanto ermitaña y de poca comunicación. Con el paso de los días, a lo mejor semanas, quizás meses, comenzaron a notar lo abandonada que se encontraba su casa y la dieron por desaparecida. Así pasaron también los años y con ellos los rumores y chismes de su desaparición. Decían que cada invierno, cuando una persona con un alma pura pasaba por fuera de la casona, se aparecía esta gigantesca chancha intentando atacarla y matarla. Decían que el alma inquieta y malvada de esta mujer se había quedado dentro del animal, y confundida, aún buscaba un alma para entregarle al demonio, y así cumplir con su parte del pacto para seguir “viva” y no irse al infierno.

Cuando escuché esta historia, sentí como un frío recorría mi espalda. Miré a mi padre y él con cara de asombro ya me estaba observando; nos miramos con complicidad: algo raro había y nosotros lo habíamos vivido... En el invierno de ese año, salimos de casa de mis abuelos, mi padre, mi hermano y yo; fuimos a la casa de unos amigos de papá. Recuerdo que se nos hizo tarde, casi oscurecía, y al intentar irnos a casa, nuestro auto no partió, así es que decidimos caminar. No era muy lejos, aunque tampoco cerca, pero estaba bien; después de todo, iba a ser entretenido igual. Caminamos tranquilos; si bien estaba bajando neblina, la calle estaba iluminada. Después de un rato de caminar nos percatamos de que más adelante, el camino se hacía oscuro, las luces del alumbrado habían bajado su intensidad y la visibilidad era poca; a ratos uno que otro vehículo pasaba por la calle, dándonos pistas del camino... Aún recuerdo que al pasar por una casa grande sentimos a lo lejos el guarrido de una chancha; en un primer instante no le dimos importancia y seguimos caminando; segundos después,

sentimos en nuestros talones a ese bendito animal: era una chancha enorme, la vi gigante, e intentaba atacarnos. Apuramos el paso por varios metros hasta no escuchar los chillidos del animal; nos reímos nerviosamente de ese pequeño susto, pero no terminábamos de tomar un poco de aliento cuando nuevamente apareció la chancha, pisándonos los talones, con un gruñido de rabia y exhalando vaho por la trompa, vapor que se confundía con la ahora más espesa niebla que había bajado; venía corriendo hacia nosotros, casi pisándonos los pies, casi mordiéndonos el alma... Nos aferramos mi hermano y yo a las manos de mi papa, y corrimos, corrimos harto... ¡pero sentíamos que no avanzábamos! La chancha también corría y se escuchaba siempre cerca de nosotros, corriendo, como buscando su presa... Corrimos, corrimos y corrimos hasta llegar a la casa de mis abuelos. Al llegar, el corazón se me salía por la boca; no se escuchaba más ese animal endemoniado; al parecer, todo había pasado... Solo quedaba respirar, por fin, aliviados.

Todo quedó en una anécdota esa noche, una historia de susto, risa y nerviosismo, hasta ese día en que escuché la historia de este vecino y la chancha poseída, que me hizo erizar la piel, y hoy al recordarla nuevamente, siento otra vez ese frío que recorre mi espalda... Tal vez todo sea una coincidencia, una broma de la vida, quizás solo haya sido una bendita chancha... O tal vez no. A lo mejor deberíamos ponernos a pensar en todo esto, porque para serles sinceros, como dice el dicho, yo no creo en las brujas, ¡pero de que las hay, las hay!

Colomba Jesús Caroca Valdés
13 años
Villa Alegre
Región del Maule
Primer lugar nacional
Primer lugar regional



★
PREMIOS NACIONALES

El caminante misterioso

Felipe Águila Barrientos

Mi abuela Sonia me cuenta que hace cuarenta años, en el sector de Puyán, llegó en horas de la tarde un hombre de tez morena, un poco delgado, con una maleta en la mano, vestimenta no muy buena, baja estatura y de un carácter no muy agradable, ya que era de poca habla. Se veía tranquilo, pero siempre con la maleta en la mano. Preguntó por el dueño de la casa, el padre de mi abuela, quien decidió invitarlo a pasar.

Se hizo de noche y el hombre misterioso no se iba; le pidieron que se fuera, porque no tenían lugar para que él durmiera. En ese momento preguntó si tenían una bodega o un lugar donde guardarán el pasto para que pasara la noche ahí, ya que necesitaba dormir bajo techo. Tras esa petición y en vista de que ya estaba oscuro, aceptaron que se quedara en casa, porque además les generaba miedo decirle que no.

Le dieron de cenar, pero no quiso. No obstante, sacó una manzana de la maleta y se la comió. En un momento, cuando él fue al baño, me cuenta mi abuela que ella con sus hermanas intentaron levantar la maleta y no pudieron, porque era muy pesada. Extrañamente, el hombre misterioso la llevaba como si nada. Esa noche, en la casa nadie durmió por el miedo que les provocaba esta extraña persona. Pensaban que podría hacerles daño.

Al día siguiente, el extraño sujeto no quiso tomar desayuno; sacó otra manzana y se la comió. Tampoco se lavó la cara, solo se pasó una toalla seca que andaba trayendo, y simplemente se fue.



Lo más raro de todo esto es que nadie en el pueblo lo conocía y nunca más lo volvieron a ver.

Mi abuela me dice que nunca lo asociaron a nada extraño, solo pensaban que era un caminante; pero a mi parecer, nadie me saca de la cabeza que era algún navegante del Caleuche, ya que mis abuelos vivían cerca del mar, y además, mi profesora de Lenguaje me cuenta que hay muchas historias que hablan de que los tripulantes de este misterioso barco desembarcan para pedir alojamiento y retornar al otro día a sus largos viajes por los mares de Chiloé.

Felipe Águila Barrientos

14 años

Castro

Región de Los Lagos

Segundo lugar nacional

Primer lugar regional



★
PREMIOS NACIONALES

Se llama "El dulzor de la uva"

Omar Alejandro Barraza López

En una parra había una uva muy coqueta que decía: "No soy de jugo, no soy de mesa y tampoco de sobremesa".

Entonces, un día decidió hacer una fiesta con muchas amigas en un lagar hecho de adobe, donde poco a poco se unieron los pisadores, y entonces la uva comprendió que no era un simple vino, sino que era un manjar dulce y rico que toda la gente quería tomar para celebrar la vendimia.

Ahora la uva era el centro de atención, el ingrediente más importante de Pintatani, que año a año maduraba para llegar a un mosto, siendo así un vino más dulce, tierno y valioso.

La reina de la vendimia le decían, por su color, sabor y aroma que dejaba entre las parras al correr del día.

Tan importante fue, que llenó la quebrada de placer, de esa uva particular que solo en Codpa se podía encontrar.

Ella enamoraba a quien la tomaba, a quien la probaba, y emborrachaba a quien abusaba de ella.

Famosa ya es teniendo su fiesta de la vendimia, visitada por toda la gente que enamoró entre sabores y tentaciones, provocando que cada agricultor tuviera Pintatani de distinto sabor.



Unos decían que era por el lagar, el chichón¹ o el tablón, que podía estar viejo, roto o en pudrición.

Pero la uva era lo más importante: estando verde, madura o podrida, cambiaba totalmente el sabor de un buen licor.

Por eso, la uva decía que el Pintatani lo podía catar un codpeño o una codpeña que supiera enamorar al saber tomar.

Y la uva decía: “¡*Walale*, patrón, sírvame otro trago, por favor!”.

Omar Alejandro Barraza López
14 años
Arica
Región de Arica y Parinacota
Tercer lugar nacional
Primer lugar regional

¹ Chichón: cuerda de totora trenzada (nota del autor).



★
PREMIOS NACIONALES

Amir, el inmigrante

Amir Alchaer Querales

Hola, me llamo Amir y soy de Venezuela. Cuando llegó Maduro, nuestro país se volvió muy malo; había guerra de precios altos en los alimentos y medicinas. El resto, todo bien, porque vivía en un lugar donde podía correr, ver los pájaros, tenía un sol con un viento muy agradable; no sentía ni frío ni calor, aunque a veces no teníamos agua o luz. Un día, mi papá cocinaba en leña y recuerdo que mi mamá hablaba que el dinero no le alcanzaba para llevarme al doctor. Hacían sopa de auyama². ¡Sí que tenían muchas de esas donde vivía, parecían plaga! Las aborrecía.

Mi papá quedó sin trabajo, pero en Quíbor había mucha tierra para sembrar frijoles, quinchonchos³, parchitas⁴ y auyamas —¡cómo las odio, prefiero un rico pollo!—. Todo fue catastrófico, porque mis vecinos no tenían ni para comer y mi abuela no estaba tan bien, pero no se le podía ayudar; mi mamá siempre decía que la cosa estaba apretada. Cuando mi hermanita Ashley cumplió dos años, mi mamá se fue; la dejé de ver un tiempo; se fue al Perú por algo mejor. No sabía qué hacer, no soy tan bueno expresando lo que siento, bueno, los sentimientos. Mi mamá, cuando llegó a Perú comenzó a dar clases y ganaba bien, porque empecé a comer mejor, y con su dinero compró pasaportes para que pudiéramos salir de Venezuela. Tuve mucha alegría, porque no sé cuánto tiempo pasó sin verla, ¡una eternidad!

² Auyama: zapallo (nota de la editora).

³ Quinchonchos: tipo de poroto (nota de la editora).

⁴ Parchita: guayaba, fruta tropical (nota de la editora).

El camino fue largo, mucha gente, y estaba nervioso. En Ecuador me regalaron una gorra y una cobija⁵. Una señora que me vio, me preguntó si era venezolano y le dije que sí. ¿Será que pensó que era indigente? Bueno, yo la tomé, porque hacía mucho frío. Después de días u horas llegamos al famoso Perú. Había mucha tierra, nada igual a Venezuela; mucha contaminación, ruido, y esto no me gustaba, pero al ver a mi mamá no me importó; estaba como emocionado, porque lloraba. Tenía a mis padres, mi hermana, un tío, mis medicinas. Aunque no pude estudiar, porque si tienes ásparger debes tener un carnet, y esto no era tan bueno, porque tardaba mucho, así que por ese año no estudié. Mi padre trabajaba en una empresa, le iba bien, pero había algo que no le gustaba: nos mudamos muchas veces.

Un día me dijeron: “Nos vamos de Perú; agradecemos, pero seguimos buscando oportunidades e inclusión” (parecían locos). Bueno, agarramos las maletas y ¡a viajar! Esta vez fue más agradable, aunque dejé muchos juguetes en esa pequeña casa donde estábamos. En Chile no conocíamos a nadie. Cuando llegamos, conocimos a una señora que nos ayudó y hasta nos quedamos en su casa; parecía un hotel, y recuerdo que decían que podría estudiar mejor.

⁵ Cobija: frazada (nota de la editora).

Ahora tengo ocho años y estudio en el 21 de mayo con mi maestra María José, que me quiere mucho. Es genial, me cuida y me está enseñando a leer; me comprende muy bien, porque me deja dibujar. En Chile hay muchos niños de todo el mundo, porque en mi escuela hay bolivianos, chinos, haitianos, peruanos. También hace mucho frío, pero es lindo; quiero conocer la nieve y bailar cueca como los demás. Extraño a Venezuela, a mi abuelo Sebastián; quisiera que estuvieran aquí, porque ahora Chile es mi hogar.

Amir Alchaer Querales

8 años

Calama

Región de Antofagasta

Premio eSpecial migrantes



★
PREMIOS NACIONALES

La niña elegida por el río

Aylén de los Ángeles Inostroza Huincabal

Sayén y Rayén eran dos hermanas que vivían en la comunidad Huinkul Mapu⁶.

Como todas las jovencitas, eran niñas alegres, juguetonas y muy traviesas. Los ancianos de la comunidad les tenían prohibido a todas las jóvenes sentarse o tocar la piedra que estaba en la orilla del río.

Un día cualquiera, la *ñuque*⁷ las mandó a buscar *ilfawen*⁸, que estaba justo cerca de la piedra. Las dos fueron por el camino haciendo competencia y se propusieron ver quién llegaba primero, olvidándose completamente de lo que los ancianos les habían dicho. Ambas corrieron velozmente hacia esa piedra, llegando primero Rayén, quien muy contenta se sentó en la piedra cómodamente.

La sorpresa grande fue que al intentar pararse, Rayén no pudo hacerlo, quedando pegada a la piedra.

Sayén intentó de mil formas sacarla de allí. No lo pudo lograr y decidió correr hasta la ruca de su familia y contarles a sus papás lo que había pasado. Sus familiares corrieron, llegando al lugar desesperados, pero no pudieron ayudarla. Llegaron vecinos con yuntas de bueyes, y nada.

⁶ Huinkul Mapu: Tierra de Cerro (nota de la autora).

⁷ Ñuque: mamá (nota de la autora).

⁸ Ilfawen: hierbabuena (nota de la autora).



Luego de algunas horas anocheció, y la comunidad entera durmió a orillas del río al lado de Rayén.

Al otro día muy temprano, el agua estaba por cubrir el cuerpo de la niña. En eso, llegó su padre y ella le dijo: “Papá, el río me eligió para quedarme junto a él; hagan lo que hagan no podrán sacarme de aquí. Vuelvan a la casa y yo iré en algún momento a visitarlos”.

Luego de años, Rayén se enteró de que iban a hacer un *nguillatun*⁹. Nadie supo cómo ella llegó a visitar a sus padres llevando muchos regalos, que en realidad eran una gran cantidad de pescados. Su papá entonces le dijo que jamás la dejaría irse de su casa. Ella le explicó que tenía familia, hijos a quienes no podía dejar solos. Además, le dijo que si no la dejaban ir, ella no volvería nunca más a verlos. Su padre insistió y la amarró en un *pellín*¹⁰ con un lazo. En eso, se escuchó algo como un trueno muy grande. Era la niña que de un salto se fue al río para no volver.

Aylén de los Ángeles Inostroza Huincabal
12 años
Temuco
Región de La Araucanía
Premio eSpecial Pueblos Originarios

⁹ Nguillatun: ritual mapuche (nota de la autora).

¹⁰ Pellín: roble (nota de la autora).



★
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Geoglifos

Fernanda Paulina Toledo Claude

Una vez fui con mi familia a comer a la casa de mi tía, que queda en Lluta. En una de esas, después de comer, estaba mirando el paisaje y me fijé en unas figuras raras que había en un cerro. Me llamó tanto la atención, que fui corriendo donde mi tía para preguntarle por las figuras tan extrañas que había visto.

Ella me explicó que se llaman geoglifos y que son grandes figuras antiguas construidas en cerros, usando la técnica de adición de piedras con tonalidades oscuras de origen volcánico, para representar figuras de humanos y animales.

Me encantó tanto lo que escuché, que quise verlo por mí mismo y saber más sobre el tema. Ese día nos quedamos a dormir allí, por lo tarde que era, así que me propuse ir a ver los geoglifos al día siguiente. Lamentablemente, no pude dormir muy bien, porque me quedé toda la noche investigando y pensando sobre los geoglifos, preguntándome por qué los habían hecho y para qué.

Al día siguiente, mientras desayunamos, le conté a mi tía lo que iba a hacer y ella, en tono de broma, me dijo que tuviera cuidado, porque una vez alguien le contó que a veces una persona se para ahí a mirar los geoglifos. Después de almorzar agarré un sándwich y unas cuantas botellas de agua y me dirigí al cerro con un poco de miedo por lo que me había contado mi tía, pero fui igual, porque de verdad quería verlos. Hacía mucho calor, pero había una brisa que hacía que me olvidara del calor por completo; también había una vista maravillosa de los cultivos de Lluta.



Tardé mucho en llegar, pero al fin y al cabo llegué. No me acerqué mucho a los geoglifos para no arruinarlos, pero los rodeé. Algunos eran bastante grandes y otros eran medianos, pero lo que más me llamaba la atención es que algunos tenían formas demasiado abstractas, a tal punto de no entender lo que miraba.

Me quedé tanto tiempo mirándolos y sacándoles fotos a los geoglifos, que ya estaba a punto de oscurecer, así que decidí que ya era tiempo de irme a la casa de mi tía antes de que se hiciera más tarde. Estaba bajando el cerro y me volteé a ver los geoglifos por última vez, pero aparte de ver los geoglifos vi la silueta de una persona parada en frente de ellos. Me restregué los ojos y rápidamente miré, pero la silueta ya no estaba; pensé que tal vez era el alma de una de las personas que hizo esos geoglifos.

Estaba tan asustado que recordé lo que me había contado mi tía y me fui corriendo a su casa. Cuando llegué, esperé a que mi tía volviera de comprar, y cuando llegó le mostré las fotos y le conté lo que me había sucedido cuando me estaba viniendo. Ella se rió tan fuerte hasta el punto de llorar, y me contó que ella fue a buscarme, porque ya era muy tarde. Pero cuando llegó, no me encontró y se puso a mirar los geoglifos, cuando se volteó vio una sombra negra mirándola. Ella también se asustó, así que se fue de ahí corriendo. Al final, resulta que nos estábamos mirando mutuamente y nos asustamos por nuestras sombras. Después de eso, siempre nos reímos sobre lo que nos pasó con mi tía.

Fernanda Paulina Toledo Claude
14 años
Arica

Segundo lugar regional



★
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

La triste vida de un colibrí

Francisco Javier Maximiliano Benavides Rubio

Una mañana desperté y me asusté al ver tal aberración: a mi alrededor no había casi árboles. Salí volando rápido, pero nada: todo vacío, había uno que otro árbol.

Lo peor es que me encontraba solo, no había nadie más que yo y esos seres raros grandes muy distintos a mí; creo que ellos fueron. “¡Fueron ellos, de seguro fueron ellos!”, exclamé.

No sabía qué hacer, porque ¿qué se hace en estas situaciones? Nadie está preparado para esto, tenía miedo y no sabía qué hacer, pero en eso se me ocurrió una idea: ¿Y si voy buscando a mis alrededores en árboles, flores, en cada rincón? Durante mucho tiempo, mientras pensaba que mi árbol, mi casa, había desaparecido, no estaba en ningún lugar, no me podía concentrar.

Fui por una flor que vi, eso me tranquilizó un poco y a la vez me extrañé al ver otro ser raro, pero esta vez sostenía una cosa cuadrada con un círculo apuntándome directamente; me asusté un poco, pero no me pasó nada. Después de eso, solo sonrió y se fue. Después de recuperar energías con el polen de la flor, me puse a pensar de nuevo qué hacer y recordé que yo estaba en el valle de Azapa, y lo que quedaba más cerca era una ciudad llamada Arica.

Había escuchado que en ese lugar habían desaparecido muchos colibríes, pero tomé fuerza y fui hacia Arica. No estaba tan lejos, eran unos kilómetros desde donde estaba. Me detuve unas cuatro veces a sacar polen de algunas flores

que encontré por ahí, y mientras iba volando vi a lo lejos muchos edificios que llegaban hasta el cielo. Mientras me iba acercando, se iban haciendo más grandes, pero ningún rastro de algún colibrí. Fui edificio tras edificio, pero nada: ningún colibrí veía y ya me rendía de nuevo. Me sentía solo, a pesar de estar rodeado de esos seres extraños para mí.

Ya se hacía de noche, estaba cansado y perdido, pero a lo lejos pude ver algunos árboles y eso me sorprendió, y sinceramente me pude tranquilizar reposando mi cuerpo en un árbol y cerré mis ojos esperando descansar de este día, deseando que fuera una simple pesadilla. Logré dormirme y soñar que estaba con todos ellos, mis amigos, vecinos y familiares, y eso fue agradable a pesar de todo lo que viví y sigo viviendo. Solo quiero que eso pase en realidad, quiero estar en casa con todos ellos como antes.

Desperté y desafortunadamente estaba en el árbol que estaba en Arica; me di cuenta de eso por los edificios. Estaba un poco cansado, sin energías y desorientado, aunque me extrañaba que hubiera algunos árboles, pero ningún colibrí aparte de mí. Aun me preguntaba dónde se podrían haber ido. Jamás nombraron algún lugar donde ir en caso de emergencia. Pensando en eso, seguía volando, y de un momento a otro sentí que tenía fe de nuevo. Vi algunas flores y en una de ellas había un colibrí, así que volé hacia él para preguntarle: “¿De dónde eres?”, y él me respondió: “Del valle de Azapa, ¿y tú?”. Me emocioné, porque me fijé bien y era uno de mis vecinos. Me miró y me reconoció, y me llevó con los demás; lo más gracioso es que estaba casi justo al frente de mis ojos. Estaban más cerca de lo que me imaginaba y eso produjo una sonrisa en mi rostro, lo que causó que mis alas revolotearan más que antes.

Estaban en mi casa, nuestra casa, o eso era lo que parecía ser una nueva casa. Es un lugar donde había varias flores y árboles; es un santuario y están todos mis amigos, vecinos y familiares. Se podían ver, también, hasta desconocidos que luego serían como mi familia.

Se acerca la noche de nuevo, pero esta vez estaba tranquilo; miré al cielo, vi varias estrellas y de un segundo a otro me dormí. Al despertar esta vez, estaban todos ahí y sentí que ahí era mi lugar.

Esos dos días aprendí que sin ellos no soy nada, y también, que el hogar es donde están los que más quieres.

Francisco Javier Maximiliano Benavides Rubio

14 años

Arica

Tercer lugar regional



★
REGIÓN DE TARAPACÁ

La Virgen de Guadalupe

Francisca Páez

Mi mamá me contó que hace muchos años, en la comuna de Camiña, específicamente en el pueblo de Chapiquilta, vivía un matrimonio con sus hijos. Ellos eran personas muy católicas que se dedicaban a trabajar en la agricultura.

Sucedió que un día la señora Angélica salió a trabajar y llegó cansada a su casa por la noche; se quedó dormida y tuvo un sueño en el que la Virgen le hablaba. Se despertó muy asustada, porque era algo muy especial lo que le estaba pasando; se quedó callada y prefirió no contarle nada a su familia.

Esta situación se hizo repetitiva, nuevamente soñaba que la Virgen le hablaba, hasta que decidió contarle todo a su familia, todo lo que la Virgen le decía en sus sueños. Les dijo que la Virgen de Guadalupe le había hablado y que se aparecería en el pueblo, y que en un nuevo sueño le diría dónde y cuándo lo haría; también le dijo que tenía que prepararse para ese día.

Las personas del pueblo empezaron a divulgar que Angélica estaba volviéndose loca; su marido también pensaba de la misma forma, pero ella estaba en su sano juicio y no le importaba lo que la gente dijera.

Los días pasaron y la mujer volvió a comunicarse a través de sus sueños con la Virgen, y esta vez le dijo: “Apareceré al frente del pueblo de Chapiquilta, donde estaba el antiguo pueblo que tenía el mismo nombre, pero recuerda: debes llevar un espejo para nuestro encuentro”.

Al despertar, la señora Angélica empezó a buscar un espejo, pero en esos tiempos eran muy escasos; lo único que encontró fue un trozo de vidrio de una ventana. Entonces decidió sacarlo para llevarlo al lugar que le había señalado la Virgen.

Ella esperaba ansiosa que llegara el día y la hora de aquel encuentro, hasta que por fin llegó. Partió, y cuando llegó al lugar, la Virgen otra vez le habló: “Angélica, deja el vidrio en este lugar y luego podrás contar todo lo sucedido al resto del pueblo”. De repente, el vidrio sonó como si se hubiese quebrado; sigilosamente Angélica se acercó hasta el trozo de vidrio y vio estampada en él la imagen de la Virgen de Guadalupe. Llena de felicidad, Angélica corrió al pueblo a contar lo que había pasado y los pobladores fueron al lugar a confirmar la información; recién ahí fue cuando creyeron en Angélica y sus relatos de la Virgen.

Transcurrieron los días y la Virgen volvió a tomar contacto con Angélica y le dijo que no podía quedarse en el pueblo de Chapiquilta, que debían llevar su imagen al pueblo de Nama, y al día siguiente hicieron lo indicado por la Virgen. Pasado un tiempo, la Virgen nuevamente le habló a Angélica y le indicó que no podía quedarse ahí, porque tenía que cumplir también una misión en el pueblo de Mulluri¹¹ (poblado ubicado en la cordillera de Chile).

Luego de preparar todo, la familia estaba lista para salir de viaje en caravana con mulas y burros, y así cumplir con los deseos de la Virgen. Para la familia de Angélica era la primera vez que visitaba aquel pueblo, y cuando llegaron se dieron cuenta de que no había iglesia católica en el lugar, pero la Virgen se presentó en sueños y le indicó que debían construir una y ubicarla cerca de una

¹¹ Mulluri: poblado ubicado en la cordillera de Chile (nota de la autora).

vertiente con espíritus. También le dijo que las personas no deben acercarse a esta vertiente, porque allí pueden suceder cosas malas, y agregó que su familia debería quedarse en Mulluri para dar cumplimiento a su misión de bendecir el lugar para que no pasara nada malo.

La señora Angélica comunicó a las personas del pueblo lo que la Virgen le había dicho, y luego toda la comunidad construyó una iglesia en el pueblo. Fue así como la familia se quedó viviendo en el pueblo de Mulluri junto a la Virgen de Guadalupe.

Actualmente, el retrato de la Virgen en el vidrio se encuentra en el altar mayor de la iglesia y celebran su fiesta cada ocho de septiembre. Las personas son muy devotas de ella; todos los años con mucha fe y devoción continúan esta tradición de alabanzas.

Francisca Páez
10 años
Camiña

Primer lugar regional



★
REGIÓN DE TARAPACÁ

Flor en la arena

Thayna Monserrat Castillo Chávez

Eres un hermoso oasis, rodeado de aguas termales, flores y árboles: mangos, guayabos, pomelos, limones, naranjos, etc.

Al pasar por tus calles aromáticas y de gran colorido, estas llaman a quererte, tierra hermosa y fértil, enclavada en el norte de nuestro querido Chile.

Hace muchos años tus antepasados te llamaron “Flor en la arena”. Había una tribu quechua que llegó a vivir en este oasis. El Curaca (así le llamaban al jefe), era un hombre bueno, bondadoso, muy amado por su pueblo; tenía una hija hermosa que era admirada por las tribus vecinas. Ella estaba muy orgullosa de su tierra, por eso su padre le puso el mismo nombre.

Un día llegó una invitación de una tribu vecina para unir lazos de amistad y parentesco, para que los hijos pusieran fecha para su matrimonio.

Al saber esto, Flor en la arena se puso muy triste; ella desde niña estaba enamorada de un joven de su tribu y era correspondida.

Entonces, ellos decidieron irse de su tierra; en la noche de luna llena, así lo hicieron. Se encaminaron por el desierto y nunca más nadie supo de ellos.

El padre sintió una gran pena que nunca pudo superar, y para no recordar a su hija y poder mitigar en parte su dolor, decidió nombrar a su hermosa tierra Pica.

Y hoy en día es muy conocida por su famoso limón de Pica y es visitada por muchos turistas.

Thayna Monserrat Castillo Chávez

12 años

Alto Hospicio

Segundo lugar regional



Ilustración: Margarita Valdés

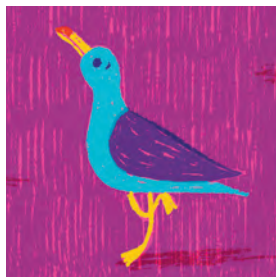
★
REGIÓN DE TARAPACÁ

La gaviota y el pescador del marinero desconocido

Nathalia Andrea Ramírez Araya

Me contaba un viejo pescador que vivía solo en la playa, el marinero desconocido de la hermosa ciudad de Iquique, que pasaba una gaviota que solo tenía una pata, que corría sin problemas y buscaba en la arena pulguillas para comer y las pisaba con su única pata. Cuenta el pescador que nunca la vio acompañada; quizás sería por el defecto de su pata. Muchas veces, el pescador se acercó, pero la gaviota corría fuertemente hasta abrir sus alas y desaparecer por largas horas, siempre preguntándose el viejo pescador si se reuniría con otras aves o solo se escondía de vergüenza por el defecto de su pata.

Una tarde, sin pensar, el pescador se sentó bajo la estatua de aquel marinero que nunca nadie conoció, que yace dormido en forma de estatua de bronce. Ahí esperó a la gaviota y se preguntaba qué tan sola se sentiría o tal vez rechazada. Sin darse cuenta, la blanca gaviota llegó a la orilla donde estaba él sentado. No movió ni un dedo; los pescados ni siquiera pestañaron. La gaviota lo miró, no voló; solo ahí se quedó. Poco a poco se acercaba; solo la brisa del mar y la mirada de aquella estatua del marinero los acompañaba; el aire fresco y puro también quiso estar presente y susurraba. Hasta que por fin las manos del viejo y solitario pescador tocaron a la gaviota; no voló, solo a los ojos del pescador miró. Ahí él logró darse cuenta de que su otra pata sí estaba, solo que por el descuido del ser humano la pata de la gaviota se había enganchado con un cordel olvidado o algo que contaminó su mar. Con mucho amor y cuidado, el pescador sacó el cordel enganchado; la feliz gaviota caminó y luego corrió hasta que sus alas empinó. Se



posó sobre la cabeza de la estatua del marinero desconocido y voló fuertemente. El alegre viejo lloró, porque pensó que quizás fue él quien olvidó sacar aquel cordel que hirió a la hermosa gaviota, aquel cordel que por tanto tiempo dejaba cada noche para sacar los peces que atrapaba.

Cada día la gaviota vuelve, se posa en la gran estatua de bronce, busca su alimento en la arena y mira con agradecimiento al viejo y solitario pescador que con solo un pie y su muleta de madera recorre la orilla del mar limpiando todo lo malo que dejamos muchas veces sin pensar. Se dice que él es el espíritu de aquel marinero desconocido que nunca nadie conoció.

Nathalia Andrea Ramírez Araya
11 años
Alto Hospicio
Tercer lugar regional



★
REGIÓN DE ANTOFAGASTA

Peine

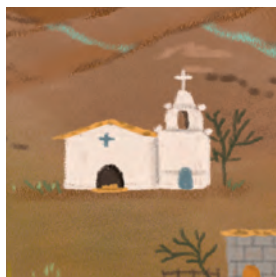
Kevin Willam Mamani Fulguera

En un lugar muy lejano hay un pueblo llamado Peine, el cual está en medio del desierto de San Pedro de Atacama, por lo cual es una localidad muy calurosa, pero a pesar de eso, ahí crían animales, como ovejas, cerdos y cabras.

Cuando despiertas en la mañana, escuchas el canto de las aves y eso da mucha alegría, porque da esperanza de que hoy será un mejor día, y aún más cuando miras a la calle y ves a todos diciendo: “¡Buenos días!”.

Cuando es verano hace mucho calor, y la solución es la piscina o la cocha de Peine; en invierno, el frío te congela la cara, pero igual a todos les gusta, y la lluvia también. Pero la primavera es la mejor estación del año, porque es hermoso ver cómo las flores salen y el paisaje se pinta de varios colores.

Un día, un niño grande, amistoso e inteligente, llamado Kevin, vio muchas plantas creciendo, pero con el paso del tiempo, las flores y los lugares donde las personas plantaron choclo se secaron, porque sus dueños no encontraban agua para regarlas.



El niño le comentó a la presidenta de Peine la idea de buscar agua en la cordillera, ya que el pueblo estaba cerca de ese lugar, a lo que ella dijo que sí, y comenzaron a excavar en busca de agua. Mucha gente del pueblo ayudó con eso. Fue una larga travesía, pero en la cima de la montaña, allí escondido bajo una cueva, encontraron un río subterráneo.

Enterraron tubos para que el agua de ese río se dirigiese a Peine. En el pueblo, las personas construyeron estanques para que el agua se juntara y luego la pudieran soltar para que fluyera por los canales de riego cuando lo necesitasen.

Y así, desde entonces, las personas de Peine hacen rituales al agua y la tierra, que nos brindan esos ricos choclos que cada año cosechamos.

Kevin Willam Mamani Fulguera
12 años
San Pedro de Atacama
Primer lugar regional



★
REGIÓN DE ANTOFAGASTA

Desapariciones

Melissa Isidora Miranda Cárdenas

Mi abuela dice que la ropa no se deja colgada en la noche; siempre nos dice lo mismo, ya que mi mamá suele dejarla... No sabía por qué, así que me animé a preguntarle un día mientras estaba sentada en el antejardín cosiendo unas medias.

—Te cuento, ¿pero no te da miedo? —me dijo mientras dejaba su media como nueva.

—Claro, abuela, cuéntame nomás; yo ya tengo nueve años y nada me da miedo, ni siquiera las historias de Piggy.

—Hace tiempo, en el pueblo donde yo vivía con mis papitos, empezaron a desaparecer niños, uno a uno se iban esfumando. Una noche se juntaron todos los del pueblo en la plaza a discutir sobre las desapariciones, mientras nos tomaban fuerte de la mano a todos los niños. “¡Es Amaru quien se venga, porque no lo hemos hecho feliz; la limpieza del canal solo se ha transformado en fiesta, olvidando lo que realmente es!”, gritaba enfurecido don Paublino.” ¡Es un asesino!”, gritaba otro; “¡Es un monstruo!”, gritaba más fuerte doña Nicolasa. Se escuchó una risa que me puso la sangre tan helada y mi mamita dio un salto... “Son duendes”, dijo doña Julia, una viuda que nadie visitaba. “Yo los he visto: se llevan la ropa de los niños que queda colgada en la noche, y como no les queda a ellos, buscan a los niños para probársela y dejarlos de muñecos para jugar. Yo sé dónde están los niños; los llevaré a ellos”, dijo doña Julia. Todo el pueblo la



seguimos, nos llevó cerca del pucará¹². Ahí había varias cuevas; los papás de los niños desesperados los buscaban. Los sacaron dormidos con sus pijamas y sin calcetines. Todos estábamos callados y fue ahí cuando ella dijo: “No dejen ropa colgada y pongan arena en puertas y ventanas, y en las noches griten: ‘¡Si quieres jugar esta noche con mi hijo, debes contar la arena primero!’”.

Yo estaba heladita, heladita cuando llegó mi mamá y me dijo: “Ya, vamos a terminar las tareas”. Esa noche me costó dormir.

Me pregunto qué se sentirá vivir como vivió la abuela cuando era pequeña: en el pueblo, sin luz, con agua del río, sin internet, que te obliguen a hablar otro idioma. Ella hablaba quechua, pero en su escuela si no hablaba chileno, la retaban. Hacían reuniones para todo, las decisiones las tomaban en conjunto. Pasteaba ovejas y vivía corriendo por los cerros. ¿Sería feliz cultivando la tierra, sin tele ni juguetes? Bueno, creo que debo hablar más con mi abuela, ya que tiene cuentos súper entretenidos.

Melissa Isidora Miranda Cárdenas
9 años
Calama
Segundo lugar regional

¹² Pucará: construcción de los pueblos andinos, fortaleza (nota de la editora).



★
REGIÓN DE ANTOFAGASTA

Los Tue Tue del río

Mila Yurac Waltemath

Mi abuelita Margarita me contó que hace muchos años atrás, cuando ella era una niña, vivía en el campo, en un pueblo llamado Curacaví, y que para llegar a su casa se debía cruzar el río.

Un día, su madre había viajado a Santiago y no volvería hasta el siguiente día, y mi abuela junto a sus hermanos debían quedarse solos en la casa hasta su regreso. Ellos eran cuatro niños en total, mi abuelita de cinco años, su hermana Zuli de siete, Rúa de nueve y Ramón de once; este último era quien los debía cuidar hasta que su hermano mayor, Rosendo, llegara del trabajo al anochecer.

Esa misma noche, los niños oyeron unos ruidos muy fuertes en el río que quedaba cerca de su casa y decidieron ir todos juntos a ver lo que pasaba. Al llegar a la orilla escucharon sonidos de aleteos de pájaros en el agua y gritos diciendo una y otra vez: “¡Tueee tue tue tue tue! ¡Tueee tue tue tue tue!”.

La noche estaba muy clara por la luna y se veía el río sin problemas, pero los niños solo podían oír a los pájaros lanzándose al agua y gritando; tenían mucho miedo.

En ese momento llegó su hermano mayor y los encontró en el río; él era muy intrépido y les dijo a los niños: “¡Vamos a sacar a esos Tue Tue del agua!, ¡vamos a buscar una escalera!” , y siguiendo a su hermano, fueron todos juntos a la casa a buscarla. Luego volvieron al río y colocaron la escalera en el agua, donde se oían a los pájaros aletear desesperados, para que pudieran salir a través de ella, pero no resultó.



Cada vez se sentía llegar más pájaros que se tiraban al agua aleteando y gritando.

Justo ahí, Rosendo les dijo a los demás: “¡Vamos a buscar una sogá para salvar a esos Tue Tue!”. Una de las menores gritó: “¡La sogá del caballo!”, y el mayor dijo convencido: “¡No, la sogá no debe tener sudor de caballo o los Tue Tue no podrán tocarla!”. “Yo tengo una sogá nueva, ¡vamos a buscarla!”, dijo otro hermano, y partieron todos juntos a buscarla a la casa. Cuando iban llegando nuevamente al río, ya no se escuchaban los aleteos de los pájaros y los niños se quedaron extrañados; luego se fueron todos tranquilos a su casa, pensando que seguramente entre todos los pájaros que llegaron, lograron socorrer al que se estaba ahogando y pudieron irse juntos volando.

Al día siguiente, cuando llegó su madre, mi abuelita le contó lo que hicieron la noche anterior y ella muy asustada les dijo que esos pájaros eran hombres brujos que se podían transformar, que no podían ser vistos por todas las personas debido a sus poderes mágicos, y lo más importante, les dijo que nunca debían hacerlos enojar, ya que podrían regresar para vengarse. Además, les advirtió a sus hijos que debían ser muy respetuosos con los extraños que vieran pasar, ya que se podría tratar de los Tue Tue en su forma humana.

Mila Yurac Waltemath
8 años
Antofagasta
Tercer lugar regional



★
REGIÓN DE ATACAMA

Suspiro del Valle, historia de una Semilla

Dominga Carrasco Guevara

En un hermoso país llamado Chile, en medio de un gran desierto, el desierto más grande del mundo¹³, vive adentro de la tierra muy escondida, capa tras capa de tierra, una pequeña semilla llamada Suspiro del Valle. Año tras año Suspiro del Valle esperaba muy inquieta y muy a la expectativa cuándo llovería, cuándo caería agua para que ella y sus hermanas semillas pudieran florecer en esa hermosa tierra del desierto.

Suspiro del Valle tenía un gran sueño y era poder florecer para poder ver el hermoso mar que cubre toda la costa de Atacama; podrían pasar todos los días de primavera sintiendo el viento, sintiendo los rayitos de sol y escuchar cómo las lindas olas del mar bailan. Pero pasaban los años y parecía que cada año era peor, cada vez más seco, las semillas estaban más dormidas y solo se escuchaban algunos cactus hablando afuera. ¿Qué es lo que dirían? ¿Qué es lo que pasaría ahí afuera? Absolutamente todo estaba totalmente seco y Suspiro del Valle cada vez perdía más las esperanzas de florecer.

Una tarde, en el mes de mayo, se juntaron las nubes, el cielo se cerró y se puso muy helado; había mucho viento, todo estaba en silencio. De pronto, el aire se calmó y se tornó tibio; después de tantos años esa tarde comenzaba a llover. Y fue durante cuatro días; caía y caía el agua, parecía que todo se iba a inundar. Suspiro del Valle sentía cómo el agua la rodeaba a ella y a sus hermanas semillas;

¹³ Desierto de Atacama: es el desierto más árido del mundo. La autora hace mención a su tamaño, pero es el desierto del Sahara el que ocupa el lugar como el desierto cálido más grande del mundo (nota de la editora).



comenzaban a hincharse. Después llegó el silencio y la lluvia se detuvo. Suspiro del Valle sentía cómo se iba humedeciendo, se iba impregnando de agua y de pronto comenzó a nacer desde ella y sus hermanas un pequeño brotecito que lentamente emergió al exterior. Suspiro del Valle pudo ver la luz, pudo percibir el sol, pudo sentir el viento y una pequeña y hermosa flor, después de mucho esperar, comenzó a abrir. Su color era de una mezcla entre azul y morado, con unos pequeños pétalos hermosos y un centro amarillo y blanco. Se sentía tan contenta de estar ahí en medio del desierto florido, vibrando con el aire y el sol, escuchando las olas del mar y disfrutando junto a todas sus hermanas flores de este hermoso escenario que la naturaleza nos regala.

Suspiro del Valle pudo ver cómo día a día muchos niños llegaban muy contentos a sacarle fotos, a contemplar su hermosura. Por fin, esa flor había florecido y se quedó muy feliz de haber cumplido su objetivo en la naturaleza, florecer y regalar su hermosa belleza.

Es así como el desierto de Atacama nos regala, cada ciertos años, este hermoso espectáculo, y pudimos conocer la linda historia de Suspiro del Valle y de tantas flores que viven en el desierto y esperan siendo semilla poder florecer.

Dominga Carrasco Guevara
9 años
Copiapó
Primer lugar regional



Sol Díaz

★
REGIÓN DE ATACAMA

La dama de blanco

Antonia Cumian Miranda

Hola amigos, soy Antonia. Mi abuelo siempre me relata historias y leyendas de Atacama, y hoy les voy a contar la que más me gusta; eso sí, da un poco de miedo, ¡aquí vamos!

Hace muchos años, mi abuelo trabajaba en la faena minera Ojancos, de la compañía Sali Hochschild de Copiapó.

Él y su amigo Alberto cuidaban el terreno como serenos. Una noche, como todas, recorriendo el lugar escucharon el grito de una mujer... pero pensaron que el ruido venía de una casa aleña donde siempre hacían fiestas y siguieron caminando. Al rato, se pusieron a tomar café y a jugar cartas, y nuevamente escucharon un grito cada vez más cerca y fuerte, pidiendo ayuda. Asustados, salieron a recorrer el lugar, pero no veían bien; solo con una linterna subieron el cerro y se encontraron con una mujer gritando, toda vestida de blanco, sin color en su piel... Ellos corrieron a ayudarla y le preguntaron qué pasaba, pero ella no les respondió. Como buenas personas, mi abuelo y su amigo la llevaron a una oficina para protegerla. Le pusieron una manta para que se abrigara, ya que ella solo tenía puesto un vestido blanco y andaba descalza; le hicieron preguntas nuevamente, pero ella no quiso responder nada. La dejaron sentada y abrigada en la oficina, salieron a prepararle un café y a llamar a Carabineros para avisar de la situación; se demoraron solo unos minutos. De regreso a la oficina, donde estaba la señora, se percataron de que los perros ladraban mucho, y con miedo abrieron la puerta... ¡Qué sorpresa! Ella ya no estaba, se había esfumado. Y se dieron cuenta de que era un fantasma... Se les resbaló el café y corrieron de miedo.



Mi abuelo nunca más quiso volver a trabajar ahí, al igual que su amigo Alberto. Buscaron nuevos trabajos, ya que quedaron con mucho miedo por largo tiempo. De su mente no se borra la imagen de la mujer.

Hoy en día, en ese lugar se construyó el Mall Plaza Copiapó. Mi abuelo y yo hemos averiguado que no fueron los únicos que la han visto y escuchado gritar; algunas personas que viven en ese sector la han visto pasar por los cerros de los alrededores. Los guardias antiguos que trabajan en el *mall* dicen que la han escuchado gritar, pero los guardias nuevos no quieren salir a sus rondas nocturnas por los estacionamientos del exterior, ya que les da miedo encontrarse con esta mujer. Y así, a lo largo del tiempo, se ha creado la leyenda de la Dama de Blanco de Copiapó, y colorín colorado esta historia se ha terminado.

Antonia Cumian Miranda
8 años
Copiapó
Segundo lugar regional



★
REGIÓN DE ATACAMA

Amigos magallánicos por Siempre

Isabel Cristina Livacic Sáez

Un día andaba un pingüino nadando solo y perdido. De repente, llegó a la orilla de una playa desconocida. Justo ahí estaban dos perros ovejeros haciendo su trabajo: guiar ovejas. Uno de los perros vio al pingüino que estaba perdido. Decidió ir a ayudarlo. El pingüino, con cara asustada, lo miró y le dijo:

—¿Me puede decir cómo volver a mi casa?

—Claro, pero dime por dónde está tu casa —contestó el perro.

El pingüino se puso al lado del perro y con su pico le indicó hacia donde estaba su casa. Lamentablemente, el camino se veía difícil de recorrer; al parecer el pingüino había nadado muchos kilómetros hasta llegar a esa playa, sin saber cómo había atravesado tanto mar. El perro quiso tomar una ruta más fácil, pero también más larga. Entonces, siguieron el camino. Pasito a pasito fueron avanzando, mientras encontraban algo de comida en el camino. Se hizo de noche y tuvieron que dormir. El perro se acostó para descansar y el pingüino se puso a su lado, para dormir protegido.

Durante todo su andar, sin que ellos se dieran cuenta, un pequeño puma que se había arrancado para disfrutar una que otra aventura, los había estado siguiendo sigilosamente. De repente, cuando el perro y el pingüino despertaron, se encontraron con la mirada curiosa y penetrante del pequeño felino. El puma les dijo:

—¡Hola! ¿Qué están haciendo aquí?

—Me he perdido y mi amigo perruno me está ayudando a regresar a mi casa, junto a mi familia —respondió el pingüino.

—¿Y hacia dónde van? Que yo sepa, los pingüinos como tú viven del otro lado de este campo —dijo el puma.

—¡Oh! ¡Hemos estado caminando en sentido contrario entonces! —agregó el perro—. Muchas gracias. Tendremos que recorrer todo nuevamente, pero al revés.

El pingüino, que no estaba acostumbrado a recorrer largas distancias con sus cortas patitas, se sentía muy cansado, y dijo con voz triste:

—Yo creo que no podré recorrer tanto camino, no sé cómo podré volver a mi casa.

Entonces, el pequeño puma divisó entre los árboles una rama de coigüe caída, y se le ocurrió una maravillosa idea.

—Podemos llevar al pingüinito en una hamaca de coigüe, agarrada por nuestros hocicos, amigo perro.

Para subir al pingüino a la rama de coigüe, ambos animalitos, el puma y el perro, tuvieron que empujar con sus narices a su magallánico amigo, para ayudarlo. Luego, cada uno tomó con sus dientes un extremo de la rama y la levantaron para caminar con ella llevando a su alado compañero a cuestas. Repentinamente, vieron acercarse a un gran felino por entre los árboles.

—¡Es mi mamá! —exclamó el pequeño puma—. Se dará cuenta de que me escapé y me va a castigar. ¡Escondámonos!

Entonces, ocultaron al pingüino en una cueva entre las rocas y el hielo, mientras ellos se camuflaron entre las ramas de los fríos arbustos que pudieron encontrar.

En un momento, la madre del pequeño puma los encontró.

—¡¿Qué haces aquí?! ¡Te he estado buscando todo el día! —dijo la mamá puma.

—Em... Mami... es que...

—Aaah, pero qué bien, ¡encontraste tu cena! —agregó la madre al encontrar la cueva donde se refugiaba el pingüino.

—¡No, mami! ¡Es mi amigo! —dijo el puma.

—Señora, disculpe las molestias, pero este pingüino es nuestro amigo y tenemos que llevarlo a su hogar. Además, yo creo que sabe muy horrible, su carne es dura, no creo que le guste, *guácala* — dijo el perro.

La madre puma se largó a reír.

—Está bien. Siempre he entendido tus instintos amigables, hijo. ¿Este pingüino está perdido? Puedo ayudarlos. Pero no podemos contarle a tu hermano ni a tu padre, porque sabes lo que pasaría... — culminó la madre.

—¡Gracias, mamita! —dijo el pequeño puma.

Los cuatro animales decidieron emprender su viaje para llegar al hogar del pingüinito. La mamá puma conocía muy bien los caminos y escogió el más fácil y corto. Para proteger a los pequeños, ella avanzaba un poco y luego retrocedía, para así ir vigilando los posibles peligros. En un momento, la mamá puma les advirtió:

—Tengo que avisarles que este camino es fácil y corto, pero habrá una dificultad: cruzar este río. No es tan profundo, pero sus aguas son rápidas y hay muchas rocas en el fondo, así que tendremos mucho cuidado. Seguirán todas mis instrucciones.

—¡Sí! —respondieron los tres pequeños al unísono.

Luego de unos minutos y siguiendo cada una de las indicaciones de mamá puma, lograron cruzar el río y llegaron al hogar del pequeño pingüino. Entonces, la mamá puma les dijo:

—Ya deben despedirse, niños... Si los demás pingüinos nos ven, pensarán que somos una amenaza para ellos, así que debemos separarnos aquí. Tú, pequeño pingüino, podrás avanzar unos metros y abrazarás a tu familia.

En ese momento, el pingüinito corrió con sus cortas patitas hacia los brazos de su mamá, lo más rápido que pudo. Su madre lo recibió con cariño y asombro, lágrimas en los ojos y millones de preguntas que el pequeño pingüino no pudo responder, de tanta emoción y alegría.

El perro, el pequeño puma y su mamá volvieron a sus hogares, contentos de haber podido ayudar a su amigo, pero con tristeza de haberse despedido. Podrán, seguramente, encontrarse de nuevo entre coigües, campos y hielo.

Isabel Cristina Livacic Sáez
9 años
Copiapó
Tercer lugar regional



La cueva del águila

Yoeli Rafaela Anjel Arancibia

Este cuento me lo contó mi bisabuelita Adelaida. En estos días de pandemia, me dijo que se le vinieron a la mente recuerdos de varios años atrás, cuando ella vivía en la Cueva del Águila, aquí en Tabaqueros, en nuestra comuna de Río Hurtado, pero al otro lado del río, lugar en donde hoy ya no hay viviendas.

Hace muchos años atrás, eran varias las personas que vivían en el sector, principalmente, porque trabajaban en la hacienda, y así tenían acceso a una vivienda que les entregaban para que viviesen con la familia; podían criar sus animales, cabras, chanchos, gallinas, patos y pavos, entre otros. Era muy diferente a lo que se vive hoy, aunque nuestro pueblo aún mantiene cosas de esos años, como la tranquilidad, pero ya no es lo mismo, me dice, y mientras me habla, me comenta que en varias ocasiones sintió bastante bulla en la calle, un camino de tierra angosto, lleno de piedras sueltas, algo que era como un tropel de caballos, y que al salir a mirar no había nada. Muchas veces pensó que podía ser algún animal que se soltó, por lo cual no le dio mucha importancia. Además, sentía el sonido de cubiertos cayéndose (también llamado servicio, lo que hace referencia a tenedores, cucharas y cuchillos), pero nuevamente no era nada. Era habitual que en este sector se escucharan cosas raras; a veces era el caminar de personas conversando, pero tarde por la noche, y como siempre, al mirar no se encontraba nada. Dice que podía ser, porque en este sector se enterraron a personas que murieron de viruela. Ella dice que, también podía ser el diablo que protegía las cargas de plata que estaban guardadas por este sector y que muchas personas han buscado, pero que nadie ha podido encontrar. Incluso me comenta que una vez, los vecinos del sector estaban en la búsqueda de un tesoro y se



encontraron con un panal de abejas mientras realizaban el hoyo. Ellos creyeron que había sido una ilusión, ya que se dice que cuando se está cerca de un tesoro se ven alucinaciones para que así las personas no puedan encontrar lo que allí está enterrado; es una manera de protegerlo. Pero esto no era una ilusión, sino más bien un panal de verdad: las abejas les picaron y debieron salir arrancando. Siempre contaban como anécdota este episodio, pero también dejaban en claro que algo raro pasaba en este sector y que al menos hasta el día de hoy, no ha podido ser aclarado, aunque claro, ya es menos lo que se cuenta.

Ella, aun con sus avanzados años, recuerda que muchas personas buscaron en varias partes de la Cueva del Águila algún tesoro o algo de valor que pudiese estar enterrado por el sector y que provocaba que pasaran este tipo de cosas. No solo lo escuchó ella por aquellos años, sino que también otros vecinos, quienes dicen que era habitual ver cosas anormales y sentir sonidos extraños. También me cuenta que el sector lleva este nombre de la Cueva del Águila, porque en el fondo de una cueva que hay en las rocas, se ve un águila, pero no se sabe muy bien si solo es eso o si en ese sector está el tesoro, ya que las personas no se atreven a ingresar por miedo a que el diablo se los pueda llevar. Pero hay que recordar que, así como les pasó a las personas con el panal de abejas, en este sector se ven alucinaciones, como toros de gran tamaño que se vienen encima, lo cual da miedo y hace retroceder al ingreso, y muchas de las personas prefieren salir y no volver.

Yoeli Rafaela Anjel Arancibia

8 años

Río Hurtado

Primer lugar regional



★
REGIÓN DE COQUIMBO

Mi Sabio abuelo

York Ángel Valdés Contreras

No hay historia más hermosa para un niño que saber que en el pueblo en donde vive las personas hablan de su abuelo como “el viejo sabio”.

En las viejas fotografías en blanco y negro que hay en las paredes de barro de lo que fue su casa, puedo ver la imagen de un hombre valeroso, fortachón y “*bueno pa' la pega*”, como dirían sus amigos.

Me cuentan, los que lo conocieron, que sabía cuándo un año era bueno o malo para la siembra; que si cantaban los gallos a tal hora, temblaba.

Se levantaba muy temprano a contemplar el alba y anunciaba cómo sería el día; tenía por costumbre decir: “A quien madruga Dios lo ayuda”. El resplandor del sol amanecía sobre sus ojos y cuando él se escondía dándole el paso a la luna, decía que algo nuevo se venía sobre sus cabezas. Decía que algunas noches ella no salía, porque estaba deprimida y por eso mandaba al lucero a ubicarse al norte o al sur.

Él decía que un año sería bueno si caía un buen aguacero en julio, y sería un año seco si llovía en marzo.

Mi abuelo fue un gran sabio; contaba que, para asustar al hombre sin sombra, había que solo hacer un raspado de cuchilla, salían de carrerita los bandidos.

Mi abuelo fue un viejo sabio, el agua más pura que toca el suelo y la luz más pura que se refleja a las cinco y media de la mañana, y su oscuridad llegaría cuando cerró sus ojos para siempre.

York Ángel Valdés Contreras
11 años
Monte Patria
Segundo lugar regional



La historia de la trilla

Melanny Cecilia Tapia Carvajal

Las trillas son conocidas porque se suelen ver a muchos caballos corriendo en círculos en una era cercada, que es el lugar donde ponen el trigo para ser trabajado, todo eso para separar la paja del trigo. En la localidad de Los Romeros de Quilitapia, este evento solía ser una tradición que no podía ser evadida, pero eso era antes de que la sequía golpeara a nuestro pueblo. Las lluvias son muy escasas, por lo tanto, no se puede cultivar el trigo, así que esta tradición se ha visto muy afectada, y en la actualidad son muy difíciles de ver.

Aun así, no se ha dejado de hablar de este evento, ya que al ser uno de los más importantes y llamativos del pueblo, se sigue contando sobre ellos.

Mi madre y abuela me contaron que muchas familias cosechaban el trigo o cebada y organizaban la trilla en diversas fechas, que por lo general se dan entre diciembre y febrero, y nuestra familia no era la excepción. Ellas relataban que mis tíos, tías, primos, primas, abuelas y abuelos preparaban la era, mojando con abundante agua, y echaban cabras, las que al pisar la dejaban dura y lista para echar la siembra. A esta tradición le llamaban pisadera. A los comensales se les daba un plato típico, que es mote con leche a la hora del desayuno, y al almuerzo, una cazuela de gallina.

Luego, se fijaba la fecha para realizar la trilla, se invitaba a los vecinos y amigos (hombres y mujeres) para que colaboraran en este gran evento. Las mujeres se ocupaban de la cocina desde la madrugada, se servían los platos típicos: al desayuno, un plato de carbonada; al almuerzo, estofado y hervido, platos muy abundantes, en la hora de once, empanadas y té. Este menú se preparaba para todas las personas que colaboraban con trabajo, con sus caballos o que venían simplemente a presenciar la trilla.

El día anterior al que se llevaría a cabo la trilla, acarreaban el trigo en sacos con burros, lo echaban a la era y entre medio escondían un premio para los participantes. Al día siguiente, todos se levantaban temprano por la mañana a tomar desayuno, y cuando todo estaba listo, se daba comienzo a la trilla. Los caballos corrían por encima del trigo o la cebada, y así lo iban separando de la paja, y cuando los caballos se veían cansados, los sacaban de la era y los dejaban descansar. Por mientras, los encargados de la trilla iban tirando con un rastrillo el trigo al aire, para que el viento fuera separando la paja, y el trigo cayera limpio a la era. Además, preparaban otros caballos que no habían participado en la primera corrida, para dejar descansar a aquellos que ya habían corrido, y así lo hacían hasta que el sol estuviera a punto de esconderse. Para finalizar, los participantes buscaban el premio escondido: consistía en una garrafa de vino o una jaba de cerveza para compartir entre ellos. Además se baila cueca en la era, un festejo de todos los niños, mujeres y hombres.

Por la noche, todos los participantes y espectadores de la trilla se reunían para cantar y bailar con guitarra y acordeón, y así celebrar el duro trabajo que habían realizado durante todo el día bajo al sol, con la esperanza de que el próximo año se volvieran a ver, para llevar nuevamente a cabo esta tradición.

Por desgracia, ya no se han podido realizar con frecuencia las trillas en nuestro pueblo y localidades, ya que los tiempos y la poca lluvia que cae, no favorecen; pero no se pierde la esperanza de que algún día la lluvia vuelva a caer con fuerza y haga florecer los campos de trigo o cebada, y este evento vuelva a reunir a distintas familias para trabajar, celebrar, pero más importante, compartir con personas cercanas, y así, trazar nuevos lazos de amistad entre las personas que habitan Los Romeros de Quilitapia y sus alrededores.

Melanny Cecilia Tapia Carvajal

6 años

Combarbalá

Tercer lugar regional



La gran Sombra marina

Alejandro Eduardo Aguilar Ika

En la era colonial de Rapa Nui, los pescadores a veces salían en sus canoas de pesca, y la esta duraba 10 días, ya que iban a otras partes en busca de peces. Sus canoas no siempre los acompañaban, ya que el material con que estaban construidas no era apropiado para soportar muchos días en el mar, pero ellos tenían que salir para poder alimentar a las personas que habitaban en ese hermoso tesoro que es Rapa Nui. Los pascuenses que habitaban ese hermoso lugar estaban muy unidos y compartían todo lo que podían tener.

Un día, Ariki Paka fue a pescar en su canoa y vio una gran sombra bajo su bote; pensó que podía ser un cardumen de peces, pero sintió que su canoa se volcaba y destruía. Se afirmó muy fuerte de un trozo de madera que él tenía para poder nadar hacia la orilla, pero siempre teniendo temor de que esa sombra lo pudiera destruir o matar. Nadó y nadó como nunca lo había hecho, y empezó a sentir mucha debilidad, ya no tenía fuerzas; entonces miró cómo el atardecer se colocaba en esa hermosa Rapa Nui. Él aún tenía temor que cuando justo iba a llegar a la orilla, podría ser derrotado por la sombra, pero después de unos intentos más, llegó a la orilla solo en un trozo de madera de donde él se podía afirmar.

El pueblo no podía creer cómo él llegó hasta la orilla de la costa donde cada día la gente iba en sus canoas a pescar. Cansado, Ariki Paka se dirigió a su casa y le contó a su familia todo lo que él vivió allí en el inmenso mar de Rapa Nui, y así, con lo que le pasó, no quiso volver al mar. Las familias del lugar le preguntaron lo que pasó, qué fue lo que él vio, cómo pudo llegar de vuelta solo en ese trozo

de madera. Él les contó y les dijo que tal vez esa era la razón por la que los peces estaban desapareciendo y les costaba pescar y tenían que ir más lejos de la isla, pero los pescadores no le creían; decían que era cosa de él. Se sintió triste, porque en ese lugar todas las familias tenían confianza, pero esta vez no fue así. Ariki Paka se fue al campo a plantar camotes y caña de azúcar, entre otras plantas de la isla.

Así pasó el tiempo y no volvió al mar. A los pescadores cada vez les costaba más sacar los peces y estos eran más pequeños, y ellos hasta hoy tratan que los peces pequeños vuelvan al mar y sacar solo los más grandes. Tanto había sido la escasez de peces, que fueron a buscar a Ariki Paka para ir con él en busca de esa gran sombra marina de la que él había hablado, ya que los pescadores empezaron a decir: “Tal vez Ariki Paka tiene razón”. Por este motivo llevaron al mar otra vez a este gran hombre.

Salieron de la orilla de Hanga Roa en busca de los peces y la sombra; él sentía temor que les pasara algo en ese viaje, pero confiaba en que juntos todos podrían ganar a lo que él aún no sabía qué era, a lo que se iban a enfrentar. Después de dos días en el mar lograron ver bajo sus canoas una sombra muy grande que los andaba rodeando; ellos empezaron a reconocer que Ariki Paka no se había equivocado, pero no sabían qué era. Uno de los pescadores arrojó una lanza que le dio a esa sombra, y cuando salió a la superficie, se dieron cuenta de que era un enorme tiburón que los estaba atacando. Ellos habían visto tiburones en la isla, pero nunca uno tan grande como ese. Sus canoas no eran tan resistentes para poder defenderse, pero juntos empezaron a atacar a este enorme tiburón; creo que ellos, los pescadores, nunca pensaron vivir algo tan peligroso como lo que estaban viviendo.

Algunas de las canoas fueron destruidas por este gran pez; eran muy pequeñas, pero aun así los pescadores que quedaron sin canoa fueron salvados por los que sí tenían, y lograron vencer a esta gran sombra marina, como le llamaba Ariki Paka. Nunca habían pescado algo tan diferente a los peces que había en la gran Rapa Nui, pero volvieron muy contentos; cantaban en su idioma, como nunca lo hacían. Llegaron al atardecer y las familias de ese lugar los esperaban para poder repartir la pesca de los dos o tres días que salían, o a veces más días, pero aun así, ese día era de regocijo, porque atraparon a ese pez y se lo repartieron como una gran familia que eran: la cola, aletas, huesos de la columna, todo fue usado para la artesanía que hacían en la isla. Nunca nadie más dudó de este joven Ariki Paka; antes nadie le creyó, pero hoy harían fiesta por esta gran pesca que Ariki Paka había logrado junto a sus amigos.

Los peces volvieron a la hermosa Rapa Nui, los tesoros más preciados que tienen los pascuenses en este lugar, con estos ellos se alimentaban.

Pasaron los años y los habitantes de Rapa Nui vivieron felices después de acabar con la criatura que ellos nombraron como la sombra marina. Después, con el tiempo, comprendieron que por su gran tamaño era un megalodón¹⁴.

Alejandro Eduardo Aguilar Ika
12 años
Isla de Pascua
Primer lugar regional

¹⁴ Megalodón: especie extinta de tiburón (nota de la editora).



★
REGIÓN DE VALPARAÍSO

Joaquín y Eluney

Joaquín Eduardo Valencia Silva

En los pies de la cordillera, bajo un cielo celeste donde se pueden ver las estrellas, rodeado por un río que clama en lo más profundo de su ser, sentir nuevamente el caudal de sus aguas, se encuentra un pequeño pueblo llamado Chicolco. Su nombre significa agua de chicol, eso quiere decir que nuestros antepasados vivieron rodeados de agua cristalina proveniente de nuestra majestuosa cordillera, gracias a nuestra madre tierra.

En el pueblo vive un niño llamado Joaquín, a quien le gusta disfrutar de la vida campestre rodeado de naturaleza y animales de la zona. Joaquín despierta por las mañanas con el cantar de los pajaritos que duermen en la higuera del patio de su casa.

Un día, Joaquín escuchó a su abuelo hablar sobre los guanacos; el niño se interesó tanto por estos animales, que quiso conocerlos, y trató de preguntar a quien supiera respecto de estos animales.

Fue así como en una ocasión en la que fue a buscar leña para abrigar los fríos días de invierno, con su padre y abuelo se adentraron en unos cerros lejanos en el interior de Chicolco, y descubrieron una manada de guanacos alimentándose de pasto. Sorprendidos de lo tan cerca que estaban de esta manada, se quedaron en silencio a contemplar el actuar de estos bellos animales.

Joaquín quiso seguir contemplando a estos animales, fue así como continuó yendo de excursión al cerro y se sentaba tardes enteras a mirar las manadas de guanacos. Un día pudo acercarse un poco más cerca de una cría de guanaco; sus miradas se cruzaron y el niño sentía que el animal algo quería decirle, tenía una mirada tierna pero a su vez un poco temerosa. Con el pasar de los días, siempre se conectaban a través de los ojos, hasta que un día el niño pudo sentir palabras en su cabeza, y pensó: «Creo que el silencio de la naturaleza me está haciendo escuchar cosas que no son».

Un día pasó algo inexplicable: el niño pudo sentir al despertar muchos saludos de «Buenos días»; increíblemente, eran los pajaritos que dormían en su higuera. Al pasar de los días, descubrió que no solo podía oír a los pajaritos, sino que también a otros animales: su perro llamado Huasito, le pedía agua y comida durante el día y también a veces que le rascara la panza; un gato que ronroneaba cerca de su casa le pedía que le lanzara un ovillo de lana para jugar y pasar su día, y así con cada animal que se encontraba podía saber lo que le pasaba.

Una tarde volvió al cerro a contemplar la manada de guanacos, pero lamentablemente no los encontró en el mismo lugar de siempre. Se armó de valor y se adentró unos kilómetros más al interior de los cerros, llegando cerca de la cordillera buscando a esos animales.

Gracias a su valentía logró ver a lo lejos el nuevo lugar donde se posaba la manada. Siguió caminando y encontró a la cría de guanaco con la que había tenido cercanía la última vez que fue a contemplar la manada; Joaquín supo inmediatamente que la cría quería decirle algo y se acercó, así comenzó un diálogo entre ellos:

—Hola niño, esperaba que vinieras.

—¡Hola! Me demoré, porque no los encontré en el mismo lugar de siempre; me llamo Joaquín, ¿y tú?

—Me llamo Eluney, que significa regalo del cielo.

—No sabía que los nombres tienen significado, ¿no sé qué significa el mío y ni siquiera sé si significa algo!

—Yo sé, porque mi mamá me contaba muchas historias antes de dormir, entre esas, el significado de los nombres de los integrantes de nuestra familia.

—¿Te contaba?, ¿acaso ya no te cuenta?...

—Lo que pasa es que hace un par de semanas, estábamos cerca del cordón de Alicahue y sentimos unos ruidos muy fuertes, espantando a la manada. Todos nos asustamos y corrimos sin parar; yo me perdí entre los demás guanacos. Cuando pudimos descansar y ya no se sentían esos molestos ruidos, busqué a mi mamá; ella estaba tirada en el suelo y desde su pierna brotaba un líquido rojo; no sabíamos qué era y mi mamá se quedó profundamente dormida y aún no despierta. Yo tuve que seguir a la manada o si no me tendría que haber quedado solo a su lado.

—Qué triste, ¿y ahora quién te cuida?

—El resto de la manada... y mi papá, pero él está muy ocupado dirigiendo a la manada y atento a esos molestos ruidos que dejaron a mi mamá durmiendo hasta ahora.

—Eluney, tengo que decirte que esos molestos ruidos fueron disparos.

—¿Qué son disparos?

—¡Salen de armas que usan los hombres para cazar animales!

El guanaco, con voz temblorosa y alejándose de Joaquín, le dijo:

—¡Tú eres un hombre, es por eso que vienes a observarnos siempre!, ¿qué quieres de nosotros?

—No te asustes, solo soy un niño interesado en conocer a los guanacos, es por eso que vengo siempre. Ahora es tarde, me tengo que ir; otro día volveré.

Con días y el tiempo, Joaquín y Eluney se convirtieron en amigos y también en adultos; Joaquín visitaba siempre a su amigo.

Ambos construyeron una amistad muy importante, haciendo que Joaquín se convirtiera en un hombre protector de los guanacos. Fue así como podía alertar a la manada ante cualquier peligro, principalmente de los cazadores furtivos y ambiciosos que los perseguían.

Un día, Joaquín se encontró con una triste noticia cuando visitó a la manada: Eluney no lo recibió muy alegre, y le dijo que le habían disparado a su padre, y que no contentos con eso, los cazadores se lo llevaron; los guanacos no pudieron hacer nada, solo correr y escapar de los hombres que traían armas.

Fue entonces cuando Eluney, con tristeza en su corazón, tuvo que asumir el cargo de jefe de la manada.

Joaquín se sintió muy triste, ya que no pudo hacer nada para impedir la muerte del padre de Eluney, no pudo advertirles de esa cacería. Luego se enteró de que eran hombres de otro pueblo los que habían atacado a la manada.

Esta triste noticia hizo que Joaquín se convirtiera en el primer protector de la vida silvestre de Chincolco. Formó un grupo de protectores de la vida animal y de la naturaleza, educando al pueblo y a futuras generaciones, con el único objetivo de proteger a los animales en peligro de extinción.

Pasaron los años, Joaquín y Eluney envejecieron juntos, y su conexión fue tan profunda que logró dejar huella en el pueblo de Chincolco.

Joaquín Eduardo Valencia Silva
9 años
Petorca
Segundo lugar regional



Ilustración: Paula Bustamante

La quebrada de la Señora

Daniel Guillermo Lobos Martínez

Hace mucho tiempo, en un pueblo llamado Putaendo, existía una hermosa pareja de humildes campesinos. Vivían en el sector del Tártaro, en una casa de campo, en medio de los cerros. Cerca de ella había una quebrada y sus pozos jamás se secaban.

La mujer tenía cabellera oscura, tez blanca, ojos color miel; todo el pueblo la quería, se llamaba Carmela. Él, un hombre alto de tez morena, su pelo oscuro, ojos que brillaban al sol, era un hombre serio; inspiraba respeto y de pocos amigos, se llamaba Facundo.

El amor de esta pareja era como de cuentos de hadas, era la pareja perfecta del pueblo, donde solo existía el amor y la pasión, hasta que un día él se fue, abandonándola por ser pobre. Este hombre anhelaba tener poder y riquezas, lo que ella jamás le podría entregar, y fue así como tramó la huida del lugar: escapó en la noche sin que nadie se diera cuenta, solo dejando un papel. Carmela inocente, no notó cambios en su amado y siguió amándolo como siempre. Al día siguiente, se levantó como de costumbre y algo extraño le sucedió: Facundo, que pasaba diariamente muy temprano por la mañana para saludarla, ese día no lo hizo. Carmela entró en su dormitorio y se dio cuenta de que en el mueble había un papel y lo tomó. Leyó la carta en la que Facundo le decía que se iba del lugar porque había encontrado un trabajo mucho mejor en la capital, y que la condición de Carmela no le era grata para la vida que él tenía en Santiago; que se olvidara de él y para siempre.



Al otro día, Carmela fue a comprar el pan al pueblo y el vendedor se negó a fiarle otra vez su compra, ya que le debía mucha plata. Después de esta humillación, se fue triste y con rabia, ya que todo el pueblo la miraba como a la pobre campesina a la que dejaron abandonada. Al cruzar la quebrada, divisó en un pozo un pequeño resplandor; luego se acordó que hacía muchos años quedó enterrada una mina después de un gran aluvi6n.

Pensando en recuperar a su novio, se sumergi6 dentro de esta poza, esperanzada en encontrar riquezas, pero permaneci6 atrapada y nunca m1s volvi6 a salir.

Desde ese d1a, todas las noches de luna llena aparece en una piedra de la quebrada, ubicada en el sector del T1rtaro, en el potrero El Castillo, a la espera de su amado esposo, a quien ella a1n ama intensamente. Desde este suceso, ese pozo jam1s se ha vuelto a secar.

Daniel Guillermo Lobos Mart1nez

10 a1os

Putando

Tercer lugar regional



★
REGIÓN DE VALPARAÍSO

Hanga Rau y el Tangata Manu¹⁵

Martina Antonia Yáñez Avilés

Érase una vez, una isla muy lejana llamada Rapa Nui, donde hubo una competencia que se llamaba Tangata Manu. En ese tiempo, Rapa Nui se encontraba dividida en clanes. Los representantes de cada clan competían en el Tangata Manu y en uno de los clanes el participante era un niño de 12 años llamado Hanga Rau.

El niño estaba muy emocionado y nervioso. Mientras bajaba por el Kari-Kari, lugar que queda al costado de la aldea de Orongo, se empezó a sentir cansado y un poco mareado; pensó que al llegar al mar se sentiría mucho mejor, pero no fue así. Al llegar al mar se sintió mucho peor —pensó que se iba a desmayar—, pero una suave corriente lo arrastró hacia los motus¹⁶. Al llegar a los motus, el niño ya se había recuperado del mareo y del cansancio; los demás, sin preocuparse de su ausencia, seguían avanzando.

Hanga Rau, al recuperar la conciencia, vio que lo rodeaban sirenas y tritones¹⁷. Hanga Rau, sorprendido, les contó que tuvo que bajar por el Kari-Kari, nadar hacia los motus para conseguir un huevo de manutara¹⁸ y luego devolverse.

De pronto, se encontró en el punto de inicio. El niño se dio cuenta de que había ganado la competencia y así se convirtió en el nuevo Tangata Manu, todo gracias a las sirenas y tritones que lo salvaron y lo ayudaron.

Martina Antonia Yáñez Avilés

12 años

Isla de Pascua

Mención honrosa

¹⁵ Tangata Manu: hombre pájaro en la mitología rapanui (nota de la autora).

¹⁶ Motu: islote en lengua rapanui (nota de la autora).

¹⁷ Tritón: ser mitológico con apariencia humana de la cintura para arriba y de pez de la cintura para abajo. Es el masculino de sirena (nota de la editora).

¹⁸ Manutara: gaviotín pascuense (nota de la autora).



★
REGIÓN METROPOLITANA

Parte del río

Sofía Pascale Flores Cautre

“La cosa es que temblar nos ancla al tiempo y abre sus dimensiones con la tierra y nos deja viajar en el pasado”.

Mi familia y yo estamos emocionados por la llegada de un nuevo integrante: mi madre espera un hijo y se supone que podría nacer dentro de esta semana.

Me llamo Bruno, vivo en la ciudad de Valdivia, tengo 10 años, me gusta pescar con mi papá y jugar a la pelota con mis amigos, pero por sobre todo me gusta leer.

Hoy es 22 de mayo de 1960, y como dije, mi hermano va a llegar muy pronto. Ahora mi mamá está cocinando y mi papá está ayudándola. Sarah, mi hermana mayor, está leyendo un libro, mientras que yo estoy observando a todos a mi alrededor. Mi abuelo dice que mi imaginación es tan grande que equivale a la de cien personas adultas juntas. ¡Es extraordinario como una persona tan vieja puede ser tan sabia!

Después de hablar con el abuelo un tiempo, fui a decirle a mamá que tenía hambre, porque ya era muy tarde. Son las 15:00 horas; mi madre me dijo que fuera a comprar y volviera rápido.

Cuando terminé de comprar el pan, me dirigí a mi casa y empecé a sentir un ruido. De un momento a otro, me di cuenta de que estaba en el suelo y ya no me podía volver a poner en pie. Quería levantarme e ir con mamá, pero se me hizo imposible, sentí miedo. Mi casa está a la orilla del río y la veo de lejos, oigo señoras gritando y bebés llorando. Si Sarah estuviera conmigo, diría que mantuviera la calma y que todo esto va a pasar.

Cuando paró de sentirse el movimiento, todos salieron y empezaron a correr. Fue espantoso. Yo corrí a mi casa, pero en ese momento un hombre me tomó y empezó a correr. Mientras corríamos, vi subiendo la marea y recordé que mamá no podía caminar muy bien, y el abuelo estaba enfermo y tampoco podía caminar. Luché para que el hombre me soltara y cuando por fin me soltó estábamos muy lejos de mi hogar. Debí haberle hecho caso a Sarah y aprenderme el camino.

Cuando me entró la tristeza, vi la enorme ola que venía en camino y en medio de todos los gritos y llantos de las personas, yo me dediqué a observar. Todo estaba roto, las casas estaban caídas, los hospitales también. Una dama que me miraba con curiosidad y tristeza me preguntó si estaba solo, a lo que yo le respondí que sí; me preguntó dónde estaba mi familia, yo le dije que estaban en las casas a la orilla del río. Entonces ella me abrazó tan fuerte, que me recordó los brazos de mi madre; le dije que tenía que ayudarme, porque mi abuelo no podía caminar y mi madre con su embarazo tampoco. Ella me miró y me dijo que a veces hay que dejar ir a las personas. Yo vi las monstruosas olas que se estaban acercando rápido, y en ese momento fue cuando entendí que esas monstruosas olas se habían llevado mi casa y mi familia.

Se me escapó una lágrima y la dama me dio la mano para correr colina arriba. Recuerdos venían a mi mente: yo con mi hermana jugando a las pilladas; mi padre dándome ideas para mis cuentos; mi madre acostada en mi cama conmigo leyéndome el cuento más hermoso que podría haber escuchado; mi abuelo contándome alguna de sus historias de cuando era niño. No me di cuenta de que mis mejillas estaban húmedas.

Vi atrás, una vez, más cuando la dama me dijo que aguantara la respiración lo más que pudiera; cuando lo hice, sentí agua corriendo por todos lados, sentí cuchillos en mis piernas y brazos, sentí arañazos en la cara y el estómago; sentí que me moría.

¿Qué pude haber hecho para merecer esto? Tal vez mentí muchas veces, esa vez que oculté el libro de Sarah, pero solo fue para mi juego. Cuando me faltaba el aire, sentí una mano en mi brazo y cuando pude salir, vi a la dama mirándome con preocupación, sentí su miedo y ella el mío, y entonces me abrazó, y nos quedamos sentadas en un árbol, abrazadas. Ese tiempo que estuvimos en el árbol me preguntó mi nombre y por mi familia; yo le pregunté el suyo y me dijo que se llamaba Romina y tenía solo una hermana en otro país. Cuando por fin nos sacaron de ese horrible lugar, vi a montones de personas, algunas llorando, otras durmiendo y otras perdidas en la destrucción.

Quise buscar a mamá y me ayudaron varias personas, pero nadie sabía de ella; tampoco sabían de papá o Sarah o el abuelo. Sentí cómo la desesperación aparecía en mí. Pude haber vuelto rápido de comprar el pan; si lo hubiera hecho, ahora yo estaría con mi familia.

Cuando fui a un lugar más apartado, me percaté de que había muchas sábanas blancas un poco más allá de donde estaba. Le pregunté a Romina si me podía acompañar; ella, dudosa, aceptó. Cuando un hombre con traje raro me preguntó si estaba buscando a alguien, yo le dije cómo era mi familia. El hombre me tomó de la mano y me fue señalando a personas debajo de las sábanas, ninguna era mi madre, hasta que la vi. Parecía tan serena, tan tranquila y pacífica. Estaba pálida, sus ojos cerrados y su rostro serio.

Seguí mirando y encontré a papá; su rostro ya no emanaba esa cálida sonrisa que daba a todos los que conocía. Sentí tristeza, mi pobre hermano no había llegado a este mundo y ya se había ido.

No encontré a Sarah ni al abuelo; el hombre con traje raro me dijo que ahora son parte del río. Mientras gruesas lágrimas caían por mis mejillas, miré a Romina y ella me miró un tiempo y luego me dijo: “Sé que no hay palabra alguna que pueda mitigar o adormecer la tristeza que estás sintiendo, pero quiero que sepas que hay ocasiones en que la muerte llega trayendo paz a quien más sufre, tu familia ahora está descansando”.

Después de despedirme de mi madre, Romina me tomó de la mano y nos dirigimos a un campamento en el que unos hombres muy altos y con trajes raros nos llevaron a una carpa para descansar un poco. Noté que tenía muchas heridas y estaba muy sucio y también noté que las casas estaban destruidas, la tierra estaba abierta y todo estaba inundado.

Miré a Romina y ella me dirigió una sonrisa nostálgica y yo se la devolví. Sé que mamá estaría orgullosa de mí, papá me daría la mejor de sus sonrisas, mi abuelo me daría algún dulce y mi hermana me daría un golpe con su libro amistosamente.

Ahora, seis meses después, recuerdo todo perfectamente, como si fuera un sueño o, mejor dicho, una pesadilla. Romina también lo recuerda y ahora me estoy olvidando un poco de la cara de mamá o de la sonrisa de papá, pero lo que me consuela es que están en paz. Romina me suele decir: “El día de hoy la muerte nos ha cubierto con su manto oscuro, pero mañana la luz de la esperanza aliviará nuestra tristeza”.

Sofía Pascale Flores Cautre
12 años
Padre Hurtado
Primer lugar regional



★
REGIÓN METROPOLITANA

El Chercán

Ámbar Trinidad Márquez Barker

Había un pajarito llamado Chercán que vivía en un bosque al lado de un lago. Chercán era conocido por ser muy desordenado: él siempre dejaba todo a medio terminar, porque pronto le daban ganas de comenzar a hacer algo nuevo.

Un día, Chercán vio cómo los pájaros, al comenzar a oscurecer, volvían como todos los días a sus nidos y él sintió muchas ganas de tener su propio nido donde descansar.

Entonces, trató de hacerse su nido, pero no pudo. Decidió pedir ayuda, y fue donde la señora Diuca y le dijo:

—¿Me puedes enseñar a hacer mi nido?

—Por supuesto —le dijo la señora Diuca.

Y comenzó a enseñarle, paso a paso.

—Primero debes recoger ramitas pequeñas, y luego unas un poquito más grandes —dijo la señora Diuca.

El Chercán dijo:

—¡Ya sé!, ¡ya sé!

—Bueno, si ya sabes, me voy.

Y partió confundida la señora Diuca.

El Chercán empezó a colocar las ramitas rápidamente, pero se le caían. Y decidió ir a preguntarle al señor Chincol cómo podía construir un nido.

El chincol le dijo que lo ayudaría.

—Ya tienes las ramitas, ahora necesitas saber cómo ponerlas —le dijo el Chincol.

Y siguió dando las instrucciones al ansioso Chercán.

—Ahora debes colocar tres a la derecha y tres a la izquierda, para que se vayan entrelazando... —alcanzó a decir el Chincol.

—¡Ya sé!, ¡ya sé!, ¡ya sé! —dijo el Chercán.

Y el Chincol se fue molesto.

El Chercán siguió tratando de construir su nido, pero no le resultaba. Decidió ir donde el señor Zorzal a pedirle ayuda.

—Bueno, yo te ayudaré con tu nido, pero escucha bien lo que te voy a decir —le dijo con voz fuerte el señor Zorzal.

—Ya tienes las ramitas, algunas por aquí y otras por acá. Bueno, ahora debes ponerle tres más atravesadas por este lado, por aquí también otras más, y le vas haciendo un hueco en el medio.

—¡Ya sé!, ¡ya sé!, ¡ya sé!, ¡ya sé! —dijo el Chercán.

Y de un solo vuelo se fue el señor Zorzal.

El Chercán una vez más pidió ayuda, esta vez al señor Gorrión; él no tenía mucha paciencia.

—Ya te están ayudando tanto, ¿para qué quieres mi ayuda? Está bien, te ayudaré, Chercán —dijo el señor Gorrión.

—Ahora tienes que buscar con qué pegar las ramitas, para que no se desarme tu nido —dijo el señor Gorrión. Y continuó dándole instrucciones de cómo unir las ramitas, cuando el Chercán lo interrumpió:

—¡Ya sé!, ¡ya sé! Ya me lo aprendí —dijo el Chercán.

Furioso se fue el señor Gorrión.

El Chercán intentaba una y otra vez construir su nido, pero se le desarmaba. Volvía a intentarlo una y otra vez a su manera.

Finalmente, decidió ir donde doña Loica a pedirle que le enseñe.

Ella le dijo:

—Todos te han ayudado, pero tú eres el que no presta atención, así que no te vamos a ayudar más. De aquí en adelante debes continuar solo construyendo tu nido.

—Bueno —le dijo el Chercán.

Y se armó de ganas, y con todo lo aprendido logró hacer su propio nido. Pero muy a su estilo, o sea, muy desordenado, irregular, mal pegado, ¡pero era su nido!

Ámbar Trinidad Márquez Barker
8 años
La Reina
Segundo lugar regional



★
REGIÓN METROPOLITANA

Un Consomé para la novia

Antonia Paz Lagos Novoa

Cuando Andrés le dijo a mi madre que tendrían que postergar la boda no estaba muy feliz. Ella había estado muy emocionada haciendo los preparativos, mandando invitaciones, haciendo una dieta estricta para poder ocupar el vestido de sus sueños en el cuerpo ideal (ideal según ella, porque para mí, mi madre era guapísima, tanto como para ser modelo).

Volviendo al tema de la boda... Andrés era un hombre muy bueno y amable. Era inteligente y trabajador, y *todo un caballero*, como solía decir mi abuela. Mi madre era feliz cuando estaba con él. Incluso sonreía más que cuando estábamos las dos solas... Así que cuando me dijeron que se casarían, yo estaba muy feliz por ambos; incluso empecé a hacer un regalo para dárselos en el día especial como una sorpresa.

Entonces, claro que hizo un pequeño escándalo cuando Andrés llegó con la noticia. Mi madre estaba absolutamente indignada, la boda era en dos días más y según ella: “¡No podemos cambiar la fecha ahora!”. Pero las preguntas y quejas de mi madre se callaron cuando él le contó que su tío favorito había fallecido, y que tendrían que ir al velorio en Chillán. Después de eso, mi madre preparó una maleta para mí y para ella, y nos fuimos sin decir ni pío con Andrés, derecho a Chillán.

—Entonces... vamos, nos quedamos dos días, y nos devolvemos, ¿no es así?
—preguntó ella.

—Claro... no te preocupes, mi amor, son buenas personas.

—Eso espero. La verdad, estoy nerviosa, nunca había estado en el campo antes.

—Te sorprenderás, estoy seguro de que te encantará.

—¿Podré ver caballos? —pregunté tímidamente, ya que siempre fui algo así.

—Claro que sí, Aurora; también hay patos, vacas y chanchitos allí —dijo Andrés con su sonrisa característica.

—Recuerda ser cordial con todos, no vamos de vacaciones, vamos a dar nuestras condolencias. Será un ambiente triste, pero no te preocupes, solo no seas muy ruidosa —me advirtió mi madre.

Creo que ella también estaba nerviosa, más que yo, ya que no conocía muy bien a la familia de su novio y quería dar una buena impresión. Andrés nos tranquilizó a ambas con algunas bromas y nos subimos al bus que nos llevaría al sur.

Salir de Santiago por primera vez fue algo espectacular, jamás había estado fuera de la ciudad. Y ver todos estos paisajes nuevos me hizo entender por qué mi profesor de Historia siempre decía lo afortunados que éramos en vivir en un territorio tan lleno de vida y paisajes; estaba realmente hipnotizada con todo lo que veía.

Llegamos a una casita vieja, pero bastante grande. El jardín estaba lleno de flores y decoraciones antiguas y curiosas. Mi madre me regañó diciendo que no tocara nada cuando intenté acercarme a una figurita de cera.

Andrés tocó la puerta con dos toques suaves y esperó un momento. La puerta se abrió y un señor de edad apareció; al vernos, su cara se iluminó.

—Vaya vaya, ¡Así que ella es la afortunada que se casará con mi sobrino! —dijo el señor, mirando a mi madre, y pude ver cómo ella abrió los ojos algo sorprendida con sus palabras.

—Hola, tío Pedro, ¿cómo está la tía Daniela? —preguntó Andrés, después de darle un larguísimo abrazo.

— Está triste y decaída, por supuesto; no todos los días se muere tu marido, pero pasen, ¡todos quieren conocer a la novia!

Cuando entramos, pude ver a un montón de personas, muchísimas. Y estaban conversando entre sí; algunos sostenían platos pequeños en sus manos.

Había una habitación en donde pude ver que estaba el ataúd, pude ver más personas rodeándolo y varias de ellas llorando. Andrés me contó que no eran familiares, sino que “lloronas”, es decir, mujeres que se dedicaban a llorar en los velorios para ayudar al alma del difunto, y así reemplazar a los familiares para que estos pudieran atender a la gente que venía. “Es tradición en los velorios y funerales del campo”, me dijo, y yo quedé impresionada con eso. Pero si no fuera por esa habitación, hubiera dicho que estábamos en una reunión familiar. Era un ambiente confuso, no sabía si sonreír, reír o mantener mi cara seria de tristeza. Ellos conversaban, reían y contaban anécdotas del difunto tío (y había muchas y muy buenas, jaja).

Mi madre no me dejó ir, más bien, no me soltó la mano en ningún momento; mientras tanto, todos se dirigieron a saludar a Andrés y a mi madre. Algunos me dieron pequeños golpes amistosos en la mejilla mientras decían: “Qué linda esta niña”. Andrés pasó a la sala donde estaban velando a su tío para saludar a su tía Daniela y consolarla. Mi madre quiso seguirlo para darle el pésame, pero en cambio, las tías y primas de Andrés la sentaron y empezó todo un bullicio y emoción en torno a ella.

—Miren qué pálida está la pobre, ¡TRAIGAN ALGO DE CONSOMÉ PARA LA NOVIAAAA!

—Y tuvo que cambiar su matrimonio... Pobrecita, justo se le tenía que ocurrir a Rodrigo morir ahora.

—Que no te escuche Pablo decir eso, sabes que anda sensible. Más linda la señorita, y ahora será señora cuando se case con Andresito. ¿Quiere algo de comer, *mijita*? ¿Y la niña?

—Qué linda cara tiene. Y unos ojitos preciosos, se parecen a los de la abuela Perla.

—Y tiene una hijita; qué cosita más encantadora.

—Le traeré una manta, mi niña, mire que hace frío aquí, no es como en Santiago.

—¿Dónde ESTÁ EL CONSOMÉ? ¡LA NOVIA TIENE HAMBREEEEE!

Todos estaban siendo muy amables con mi madre; no la dejaron sola en ningún momento y le traían toda clase de comidas, desde consomé hasta arroz con pollo, le ofrecían té, café, dulces y galletas. Todos estaban siendo tan hospitalarios y amables, que ella no podía ni contestar antes de que le pasaran más comida o le dijeran otro halago. En cuanto a mí, me ofrecieron dulces y galletas y me dejaron ver los animales, aunque la estrella de la noche era la prometida de Andrés... o sea, mi madre. Durante los dos días siguientes fue lo mismo: compartir, conversar y conocernos. Cuando nos devolvimos a Santiago, solo podía pensar en volver de nuevo, y mi madre estaba tan encantada que ni siquiera le importó haber roto su dieta estricta. Incluso, dejó de molestarle el hecho de que tuvieran que correr la boda.

Antonia Paz Lagos Novoa

14 años

La Florida

Tercer lugar regional



elle
Y

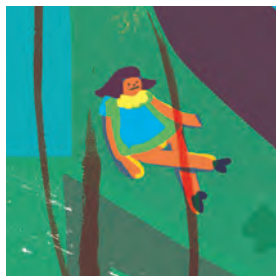
El armario

Danae Cabello Arce

Yahí estaba yo, escondida dentro de un armario; sé que quieres saber cómo llegué aquí, ¿no? Bueno, aquí va.

Todo comenzó un domingo por la mañana, eran aproximadamente las 10:00 horas, todos sentados en la mesa, con un rico desayuno en frente, sin ningún tema de conversación, un silencio enorme nos rodeaba, cada uno concentrado en sus asuntos. Mi hermano menor, Teo, es un niño con cabello castaño y ojos color avellana, de 12 años, revoltoso. Teo jugaba con el celular de mamá. Mamá es seria, alta, y al igual que Teo tiene cabello castaño, pero su mirada es... ¿cómo decirlo? Profunda. Ella comía sus tostadas, y bueno, papá estaba leyendo, como siempre; él es un hombre alegre, siempre con una sonrisa en el rostro, alto al igual que mamá, cabello rubio y ojos café; dicen que me parezco a él.

Como cada fin de semana, papá llevó a Teo a su entrenamiento de fútbol; mamá se fue a trabajar horas extras y yo... bueno, yo me quedé en casa, como siempre. Me puse a limpiar; empecé por la cocina, luego seguí con los cuartos y el baño. Todo iba bien, hasta que de pronto se escuchó un grito... Se me pusieron los pelos de punta, era un grito desesperado que pedía ayuda; cada segundo el grito se escuchaba más y más bajo. Lo ignoré; debía seguir con lo mío. No pasaron más de 10 minutos para que el grito se escuchara otra vez; esta vez se escuchaba más cerca, como si estuviéramos en la misma habitación: “¿Hola?”, dije. Como lo imaginé, nadie respondió. “¿Hay alguien?”, insistí. A lo que de nuevo nadie respondió. Seguí con mis tareas, pero ese grito se escuchaba una y otra vez, ahora en mi cuarto. Decidí ir a ver, sospeché que no habría nada. Subí



calmadamente las escaleras, el grito se hacía más fuerte y yo seguía con la idea de que no encontraría nada, abrí la puerta... Lo que vi me dejó helada: estaban todas mis cosas tiradas en el piso, mis cajones abiertos... y una niña que me miraba fijamente... Esperen, ¿una niña? Pero si no vivo con ninguna niña. Ella se acercaba lentamente; a lo único que reaccioné fue a meterme en mi armario, y aquí estoy, dentro de un armario con una niña en mi cuarto; se escucha como mueve las cosas y dice:

—¡Mami!, ¡mami! Hay una niña dentro de mi armario —¿Está hablando de mí? Pero si yo vivo aquí.

—Veamos, hija —escucho decir; parecía la voz de mi madre.

¿Hija? Pero si yo no tengo hermanas.

—Sí y se parece a mi hermana —dice la niña.

—¿Otra vez? Hija, entiende: tu hermana ya murió hace varios años —dijo...

Esperen, ¿en qué año estamos?

Danae Cabello Arce
13 años
Litueche
Primer lugar regional



Me ha contado mi abuelita Albertina

Isaías Genaro Murillo Sánchez

Me lo contó mi abuelita en cuarentena, mientras yo dibujaba. Era una familia de siete integrantes: don Juan y la señora Mariluz y sus cinco hijas; ellas vivían a la orilla del río, donde la señora lavaba la ropa en una canasta de mimbre. Su esposo trabajaba en la mina. Venía cada tres meses a su hogar a preparar la tierra para la cosecha de temporada, y las niñas recolectaban las frutas y los vegetales.

Una tarde de lluvia torrencial, alrededor de la chimenea tomaban mate con leche caliente y tortilla de rescoldo, de la cual salía el olor a ceniza.

En las noches se reunían junto al brasero para pasar el frío y contaban historias sobre las pestes que habían vivido durante su niñez, como el sarampión, que había matado a muchos niños en estos lugares, y que los enterraban en fosas comunes para que no contagiaran a la familia. Mi abuelita me dice que antes era muy terrible, porque no había doctores ni ventiladores que ayudaran a los enfermos; además, no podían hacer cuarentena, porque había que salir a trabajar; si no se salía, la gente no tenía nada para comer.

Y siguiendo con el cuento, esta familia también tenía cerdos, caballos, cabras, gallinas, patos, pavos, conejos, un gato llamado Manchas y el perro Bobby, el cual ayudaba con el ganado ovino y caprino de los cuales obtenían la carne y el queso fresco. La niña Margarita cosía y tejía en el telar de la abuela; Jazmín trabajaba con su madre en la huerta recogiendo vegetales; Clementina se internaba en el cerro buscando las cabras, porque no le gustaban los quehaceres de la casa; Flor



cocinaba en el fogón polenta con pavo y porotos con rienda, la alimentación de la familia; Rocío pasaba dentro de la casa, ya que no le llamaba la atención ver a nadie, era muy tímida, pero por las noches se bañaba en el río bajo la luna.

Don Juan cada vez iba menos a casa; la señora y sus hijas lo extrañaban; ellas no sabían qué pasaba con el hombre, pero él tenía otro hogar que mantener. Cuando su amante se enteró que él tenía familia, se enfadó mucho y les echó una maldición: que las tierras no dieran cultivos y los animales se murieran. Esto, porque ella no podía tener hijos, solo tenía un gato y un perro.

Don Juan se dio cuenta de que su familia estaba sufriendo mucho y le pidió perdón a su esposa; le prometió que no volvería a ver a su amante.

Estando en la mina, un día don Juan sintió un estruendo tan grande que parecía terremoto; la mina se había derrumbado. Se dice que él quedó enterrado y se escucha su voz cuando llama a su amada esposa. Cuenta la leyenda que la amante con un hechizo cerró la mina por despecho.

Y colorín colorado, este cuento ha terminado.

Isaías Genaro Murillo Sánchez

11 años

Las Cabras

Segundo lugar regional



La noche de San Juan

Álvaro Joaquín Arriagada Suazo

Me cuenta mi abuelita, que antes los jóvenes tenían otro tipo de entretenición: hacer pruebas la noche anterior a San Juan (24 de junio). Una de ellas era ir a ver florecer la higuera a las doce de la noche, porque decían que su flor era de oro. Y tenían que ir con un lavatorio con agua y un espejo.

También tiraban tres papas debajo de la cama: una pelada una media pelada y una sin pelar; si les salía la pelada, era porque durante el año no iban a tener plata; si les salía la a medio pelar, era porque durante el año iban a pasar con el bolsillo *a medio morir saltando*, y si les salía la peluda, era porque durante el año iban a tener mucho dinero.

También las jovencitas que estaban solteras colocaban papelitos con el nombre de las personas que les gustaban debajo de los cojines, y al otro día al levantarse, sacaban un papelito y ese sería el pololo o polola que iban a tener durante el año.

Me cuenta también mi abuelita que si lograban ver la flor de la higuera, se convertían en millonarios y nunca más sufrían pobreza. Y eso rara vez pasaba, porque no se sabe realmente si en verdad la higuera florece en la noche de San Juan.

Álvaro Joaquín Arriagada Suazo
8 años
Las Cabras
Tercer lugar regional



★
REGIÓN DEL MAULE

Un árbol único y milagroso

Konstanza Antonella Montecinos González

La profesora nos dio la tarea de buscar historias antiguas para un taller de Letras. Un día nos visitó mi abuelita y le pregunté si me podía ayudar en mi actividad. Ella, muy entusiasmada, me dijo que feliz me ayudaría a cumplir con mis deberes escolares y de paso, a conocer más sobre el lugar en el que vivo.

Mi abuelita me contaba que hace muchos años atrás, cuando los avances tecnológicos solo los veíamos en las películas de ciencia ficción, llegó una familia de vacaciones a nuestra comunidad llamada Vilches Alto. En ese entonces, el camino era completamente de tierra, con ese polvo que le llaman trumao; el río Lircay traía más agua y mucho más cristalina, hasta bajaban los pumas y zorros de vez en cuando a sorprender tanto a lugareños como a los turistas.

Es así como siempre escuché la historia que mi abuela le contaba a mi mamá sobre una grutita que estaba próxima a la casa. Ahora era mi oportunidad de saber bien de qué se trataba esta hermosa Virgen al interior de un viejo árbol ahuecado, específicamente un coigüe, en medio del bosque rodeado del ruido del río y del cantar de los pajaritos, colmado de paz y tranquilidad.

Pues bien, a mi abuelita a veces le cuesta retomar la idea, pero me gusta que me cuente cómo era este lugar antes. Es así como según su relato, un verano llegó una familia de vacaciones a nuestra comunidad, y una tarde, en un descuido de los padres, una pequeña niña de cinco años se perdió en el bosque. Familiares, amigos y lugareños la salieron a buscar, pero sin ninguna suerte. Pasaron los días



y no la encontraron. Al séptimo día, cuando ya las esperanzas de hallarla sana y salva eran pocas, la encontraron acurrucada y cubierta con un manto celeste al interior del viejo árbol. La pequeña niña cuenta que una bella mujer la acurrucó y la cuidó durante esa semana. Todas las personas que estaban apoyando en la búsqueda de la niña quedaron asombradas, pues varias veces pasaron por el lado de ese sagrado árbol, ignorando que al interior albergaba a la pequeña niña.

En honor a la experiencia mágica vivida, los padres de la menor colocaron réplicas de virgencitas de yeso, y hasta hoy los turistas las visitan y les colocan cruces de madera, recordando el rescate único vivido por esta singular familia.

Konstanza Antonella Montecinos González
12 años
San Clemente
Segundo lugar regional



★
REGIÓN DEL MAULE

La extraña suerte de un campesino

Valentina Estrella Gajardo López

Un día fui a visitar a mi abuelita al sector del Manzanito, perteneciente a la localidad de Vilches Alto, y me invitó cariñosamente a tomar unos mates mientras me contaba una de sus muchas y entretenidas historias. No me quiso revelar nombres, porque no quería comprometer a nadie, pues este debía ser un secreto, ya que le había ocurrido a unas personas muy cercanas.

Mi abuelita cuenta que hace mucho tiempo atrás, había un caballero del lugar, que era medianamente joven, tenía una vida más bien solitaria en el campo y se dedicaba a tiempo completo a arrear animales. Un día iba pasando por unos terrenos hermosos y divisó que cerca de él había una valla de la que salía humo, y se observaba fuego también. Tanta fue la curiosidad de este hombre, que decidió ir directamente al lugar para ver de qué se trataba. Fue entonces cuando se encontró con una culebra de mediana longitud y de color plumizo, que estaba entrelazada al palo que estaba ardiendo. En este escenario, el caballero decidió ir en busca de una rama delgada y verde para salvar la vida de tal reptil. Ante este acto de rescate, la culebra se enrolló al cuello de su salvador y luego le dijo:

—No te asustes, buen hombre, tú me salvaste la vida y por eso estaré eternamente agradecida. Ahora, como retribución, te llevaré donde la reina de las culebras para que le pidas lo que tú quieras por salvar mi vida.

Entonces, el hombre partió con su nueva amiga al lugar donde vivían las culebras. Mientras iban en el trayecto, el hombre fue advertido que las hermanas culebras se lo querían comer, pero ella se encargaría de difundir que le había salvado de quemarse viva en aquel cerco.

Fue así cómo la culebra reina se enteró con lujo de detalles sobre cómo el hombre había rescatado a la culebra de quemarse viva. Por lo tanto, el deseo que pidió el hombre le fue concedido, con la única condición de mantener el secreto muy bien guardado. El deseo era algo que siempre se le pasaba por la cabeza: entender la comunicación de los animales. La culebra reina le advirtió que el día en que el hombre contara ese don, moriría.

Luego, el hombre se fue con la convicción de que iba a entender muchas cosas sobre los animales que antes ignoraba. De esta manera, al salir de la casa de las culebras, antes de montar, puso especial atención en dos pajaritos que decían: “Si supiera este hombre que aquí hay un entierro, sería el hombre más rico del mundo”.

El caballero, al escuchar esto en su mente, dejó una marca con una estaca, y volvió en la noche a ese lugar. Sacó el entierro y se convirtió en un hombre muy acaudalado; la suerte le estaba sonriendo. Tal fue su éxito, que le llovían las pretendientes. Finalmente, escogió a una buena mujer y se casó con ella.

Con su esposa vivieron años felices. Él logró guardar su secreto muy bien hasta entonces. Un día, el matrimonio estaba paseando por la parcela; él montó la yegua y la esposa, la potranca; relinchaba la yegua, la potranca le contestaba y el caballero se reía. Ante esta situación, la mujer quiso saber qué le causaba la risa. Tanta fue la insistencia de la esposa, que le tuvo que revelar su gran secreto guardado por años.

Pues bien, el esposo le contó sobre su don y que en este caso la yegua le había dicho a la potranca que la esperara, pues ella era más vieja y achacosa, y se cansaba con rapidez.

Luego del paseo, repentinamente, el hombre se sintió mal y se puso muy enfermo; pasaban los días y ya no se levantaba de la cama. Tanto así, que empezó a agonizar. La esposa, muy triste, no entendía cómo le había cambiado tanto la vida de la noche a la mañana.

Mientras tanto, el perro estaba en el pasillo principal de la casa y no paraba de llorar. El gallo le preguntó al perro sobre sus gemidos. Ante esto, el perro le respondió que su amo se estaba muriendo, y que fue por revelar el secreto a su esposa, ante su insistencia. De esta manera, el gallo a modo de consejo, le dijo al afligido perro que le dijera a su amo que haga como él les hace a las gallinas: sacarles la cresta. Incluso, el ave le hizo una demostración: llamó a las gallinas y les empezó a picar la cabeza. El perro le ladraba al amo para comunicarle el extraño consejo que le dio el gallo: tenía que llamar a su esposa para golpearla por insistir en que le contara su don.

De esta manera, el hombre le dijo a su esposa que le buscara un lazo en el rancho, y que cuando se lo trajera, cerrara bien la puerta por dentro y con llave. La mujer, un poco extrañada, obedientemente le pasó el lazo a su esposo, y este le sacó la cresta.

Después de tamaña golpiza, el hombre milagrosamente recuperó poco a poco su salud. Pero perdió el don, y a su esposa, como un castigo divino por agredirla. La mujer nunca había hecho otra cosa que atenderlo bien y cumplir los roles de dueña de casa que imperaban en el mundo rural.

Una vez que mi abuelita tomó el último sorbo de su mate, yo quedé enmudecida por la extraña historia que me acababa de relatar. Ella, como adivinando mi pensamiento, hizo una pausa y me dijo que antiguamente las mujeres eran muy golpeadas por cualquier motivo, por lo tanto, esa situación era pan de cada día.

Finalmente, mi abuelita me dijo que esta historia debería ser un secreto, pero ha hecho una excepción esta vez, ya que nadie hasta hoy la conocía.

Valentina Estrella Gajardo López
14 años
San Clemente
Tercer lugar regional



★
REGIÓN DE ÑUBLE

MIS ojos lo vieron

Julissa Roa González

Padme y Apolo se encontraban listos para realizar sus labores en el huerto de su abuela. Últimamente, el tiempo ha estado cambiando demasiado, así como los sonidos del campo. En una tarde de esas extrañas se comenzó a escuchar un ruido bastante peculiar que alertó a todos los vecinos. Ya en la casa, la abuela cerró muy bien la puerta y le dijo a sus nietos:

—Deben tener cuidado, mis niños, el Tue Tue volaba cerca, debemos tirar sal en la puerta y...

—Abuela, esas cosas no son más que mentiras, no les lave la cabeza con eso —respondió Apolo.

—¿Qué es el Tue Tue? —preguntó la menor con una mirada de confusión.

—Shhhh, no digas su nombre en voz alta —dijo la abuela—. Son brujos capaces de convertirse en pájaros horribles; ellos escuchan todo lo que decimos.

—Ya... ¡nada más! Eso no existe —repitió Apolo.

Pero en lo profundo de su corazón, Apolo temía, pero no quería asustar a su hermana; apenas cerraba los ojos venían imágenes aterradoras a su mente. A las ocho de la mañana no había desayuno ni fuego en la cocina; los nietos confusos fueron al cuarto de la abuela sin imaginar que encontrarían su cuerpo sin vida y con una expresión de horror...

Afuera, el viento se había vuelto más violento y todos los árboles alrededor parecían inestables y a punto de caer. Apolo se encontraba estupefacto, aún no podía creer la horrible escena que tenía ante sus ojos. Corrió a la cocina de la casa y llamó a la policía. Padme no dejaba de llorar. Después de unas horas, la policía abandonó el lugar con la promesa de que mandarían una patrulla a quedarse fuera de la casa, lo cual nunca ocurrió.

Unos fuertes golpes en la puerta principal los despertó; les pareció demasiado extraño, ya que la gente no acostumbra llamar así. El mayor de los hermanos se acercó con cierta desconfianza; frente a él había un hombre un poco más alto que él, iba vestido todo de negro y tenía una tez bastante blanca.

—Ayer su abuela me llamó —dijo el hombre con una voz grave.

—¡Vete! —dijo Apolo, y lo amenazó con un palo.

—¡Fuera! —dijo Padme, tirándole un balde agua.

El hombre empapado desapareció dejando un olor a azufre. Los hermanos cerraron rápidamente la puerta, pero se olvidaron del último consejo que les dio su abuela.

La noche estaba espantosa, hacía un frío increíble y la neblina había caído sobre el lugar. En la ventana, una sombra adquirió sonidos: “tue tue, tue tue, tue tue”, repitió constantemente y comenzó a volar por alrededor de la casa, mientras seguía emitiendo ese ruido insoportable. De pronto, el sonido dejó de escucharse, la puerta principal de la casa se vino abajo con un fuerte ruido y apareció el mismo hombre de la noche anterior, pero ahora se veía más aterrador que antes. Sin perder más tiempo, este se acercó a la menor rápidamente y le

dio una cachetada que resonó por toda la casa y la tiró al suelo. Padme soltó un quejido adolorido y como pudo, comenzó a arrastrarse lejos del monstruo, pero este fue más rápido y la sujetó de las piernas, tirando con fuerza hacia la pared el pequeño cuerpo. El hombre comenzó a acercarse a Apolo, pero Padme se levantó con todas sus fuerzas y se subió en su espalda. Comenzaron a forcejear entre ellos hasta que la niña se bajó de un salto y salió de la casa, corrió por todo el campo mientras gritaba, esperando a que alguien la escuchara y saliera a ayudarla, pero no sucedió, así que siguió corriendo, mientras era perseguida por la criatura en cuerpo de hombre, que luego se convirtió en un pájaro,

—¡Padme, corre! —gritó Apolo.

Pero era demasiado tarde, el pájaro conocido como Tue Tue, la empujó por la quebrada. El pájaro desapareció como el humo, dejando su cuerpo como cruel advertencia. La leyenda era real, él existía y los ojos de Padme lo habían visto.

Julissa Roa González

14 años

Chillán

Primer lugar regional



★
REGIÓN DE ÑUBLE

El agua de la vida

Yorch Isaías Montenegro Navarrete

Había una vez, en una lejana y apartada isla al sur de Chile llamada Chuit, una familia muy apegada a las tradiciones de su pueblo. Ana, la mayor de las hijas de la familia, era muy bella, noble, cariñosa y bondadosa.

Sus padres, ya avanzados en edad, no podían hacerse cargo del campo que por tantos años les dio su única fuente de ingreso; era Ana junto a sus pequeñas tres hermanas quienes ahora tendrían que cultivar y cosechar sus tierras para mantener la vida de campo que tanto aman, y así poder asegurar su abastecimiento por un año hasta la nueva cosecha.

Un día muy lluvioso, al recorrer el campo, Ana divisó a lo lejos un arbusto de hojas resplandecientes, algo nunca antes visto por sus ojos. Maravillada ante tal resplandor, decidió acercarse y averiguar de dónde había crecido tal hermosura. Al llegar a su lado, pudo observar que desde sus raíces fluían aguas puras y cristalinas, las cuales se extendían a lo largo de todo su campo. La joven no imaginaba siquiera que estaba ante un descubrimiento tan increíble como las leyendas que alguna vez escuchó de su padre. Conmocionada, pero muy preocupada por su padre que estaba en casa muy enfermo, decidió dejar el lugar que ante sus ojos parecía una aparición mágica, solo deseando que la lluvia cesara rápido para poder llevar a su familia a ver el arbusto mágico.

Al llegar a casa contó lo sucedido a sus padres y vecinos, quienes incrédulos planearon ir al lugar al día siguiente para ver el descubrimiento de Ana. Al caer la noche, la muchacha en sus sueños volvió a divisar el arbusto tal como si estuviera en un encantamiento, pero la preocupación por sus padres ya ancianos, junto con el riesgo de perder su cosecha por el mal clima que afectaba a la zona, no la dejaron conciliar el sueño y descansar.

Al día siguiente, tras un nuevo amanecer en el cual la noche daba paso a un día hermoso, con un sol rozagante, Ana atendió como cada mañana a sus padres y emprendieron rumbo al sembradío de trigo junto a los vecinos.

Grande fue su sorpresa al llegar y buscar incansablemente el arbusto, sin lograr encontrar ni un mínimo indicio de que alguna vez hubiese existido. Sus vecinos, al creer que todo era un vil engaño de Ana, la insultaron y también maldijeron su sembradío.

Con el paso de los meses, todos se olvidaron del supuesto engaño de Ana. La salud del padre de Ana empeoraba. A pesar de que llovió por largos días, la producción de trigo se encontraba lista para ser cosechada.

Llegó por fin el tan esperado día para la familia, era un acontecimiento importante, porque de ello dependía el bienestar familiar. Todos sus amigos acudieron a ayudar a la familia donde Ana se llevaba la mayor parte del trabajo. Les tocó un día hermoso, tenía mucha ayuda y sus padres la acompañaban... ¡Nada podría salir mal!

De pronto e inesperadamente, el cielo se tornó oscuro y comenzó a llover con gran intensidad. La decepción se apoderó de todos; allí se inundaban todas sus posibilidades de subsistir por todo un año. El padre, ante tal desesperación, cayó infartado al suelo. Ana, sus hermanas, madre y amigos esperaban un milagro del cielo que salvara al padre y su cosecha. Fue en ese momento cuando ocurrió un hecho totalmente increíble: comenzó a emerger del suelo aquel arbusto mágico y sus aguas puras y cristalinas bañaron sus tierras encharcadas de lodo. Ana, en su desesperación tomó aquella agua y la vertió en los labios de Juan, su padre, quien revivió... Como un milagro divino, el cielo se despejó y todos pudieron terminar la cosecha exitosamente.

Así fue como todos pudieron ver y descubrir que el arbusto mágico sí existe, aparece en aquellos días de lluvia torrencial, sana a sus campesinos enfermos y asegura el éxito de la cosecha para luego desaparecer entre los campos.

Yorch Isaías Montenegro Navarrete
13 años
San Nicolás
Segundo lugar regional



★
REGIÓN DE ÑUBLE

Las historias de mi abuelo

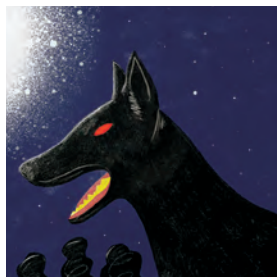
Emilia Constanza Chamorro Sepúlveda

A mi abuelo le gustaba contar historias de terror que le sucedían en su trabajo; aquí paso a relatar algunas...

Contaba mi abuelo que una noche iba camino a su trabajo que quedaba en un sector del campo lleno de árboles, y para llegar tenía que caminar mucho, pero él siempre llevaba consigo audífonos para hacer su caminata algo más corta y así no escuchar las “cosas raras” que frecuentemente se le aparecían... Una de esas rarezas sucedió una noche de agosto. Mientras él caminaba se dio cuenta de que al lado suyo lo acompañaba una sombra, la cual, de forma inesperada, se le presentó frente a él en forma de un perro negro, con los dientes de oro y los ojos rojos. Era un animal de porte enorme. Decía mi abuelo que cuando lo vio, se alejó lentamente en un principio, luego se echó a correr y a correr con un miedo que nunca antes había vivido y que no le gustaría volver a sentir.

Otra de sus historias ocurrió un día en su trabajo, caminando de pabellón en pabellón... Su misión era regular la temperatura del ambiente y el suelo estaba lleno de chanchitos; era un día tranquilo, pero de repente divisó a su mejor amigo y compañero de trabajo quien giró a mirarlo... Se extrañó de verlo allí, porque era su día libre y corrió hacia él, pensando que podía haber ido por un caso especial. Fue grande su sorpresa cuando al acercarse al lugar no había nadie... quedó impactado. Con los días se convenció de que todo lo sucedido sería otro caso sin explicación.

En otra ocasión, la historia pasó cuando iba de regreso a su casa y divisó una construcción no terminada y muy vieja, que tenía unos cimientos enormes. Algo inexplicable lo hizo acercarse al lugar, y una vez adentro se empezó a levantar mucho viento. A mi abuelito se le puso la piel de gallina y en un dos por tres, un



tipo de remolino se formó frente a él, quedando la imagen de un hombre vestido de negro, muy alto y con un sombrero de copa antiguo, que se desvaneció en segundos frente a sus ojos.

La última historia que contaré le pasó a mi abuelita y a mi abuelito. Una noche tenían que ir a una fiesta del trabajo; a mi abuelita no le gustaba mucho ir, por las cosas que vivía mi abuelo, pero decidió acompañarlo igual. Estaban en camino cuando de repente apareció una persona al lado de ellos. Mi abuelita me contó que solamente aceleraron el paso sin mirar atrás... hasta que llegaron al trabajo de mi abuelo. Una vez ahí contaron lo sucedido y todos quienes escucharon la historia se quedaron helados de miedo. Luego, les contaron que ya hace mucho tiempo, en ese mismo lugar del camino, sucedió un asesinato que nunca tuvo explicación. Mi abuela me contó que desde que escuchó la historia, nunca más volvió a ir a una fiesta con mi abuelo.

Bueno, podría estar mucho rato contando historias llenas de suspenso y emociones, recordando lo que sentía cada vez que mi abuelito me las contaba. Ahora lo extraño y me gustaría tenerlo aquí, para que me narrara más historias como solo él las sabía contar. Este hombre especial me dejó una gran enseñanza: ser valiente y responsable en todo lo que me proponga en la vida, ya que mi abuelito, a pesar de todas las “cosas raras” que vivió, nunca dejó de ir a su trabajo, ni menos faltar...

En nombre de mi adorado y querido abuelito, HÉCTOR RAÚL SEPÚLVEDA CARRASCO.

Emilia Constanza Chamorro Sepúlveda
12 años
San Nicolás
Tercer lugar regional



Ilustración: Sol Díaz

★
REGIÓN DEL BIOBÍO

Obsesión carmesi

Eduardo Enrique Cea Garrido

Se dice que en el campo chileno, en Vegas Blancas, un sector rural a los pies de la cordillera de Nahuelbuta, habita un hombre que es conocido en el lugar. Es un alcohólico empedernido, no hay fiesta a la que no asista; un fanático del vino tinto y su dulce sabor.

Este hombre no desperdicia ni una gota de vino en una copa, bebe directo de la caja o de la garrafa, y si observa algún concho en algún vaso sin terminar, se lo bebe sin rechistar. Esto le ha hecho ganarse el apodo de Concho Vino.

Todos lo conocen por tener un aspecto descuidado; su vestimenta consistía en un sombrero de huaso negro desteñido y deshilachado, una manta de castilla al tono de su sombrero y unas ojotas.

Era un hombre de baja estatura, de piel morena y un bigote desaseado.

Una noche, en una fiesta llamada Cantar Campesino, la cual dura hasta que las velas no ardan, se encontraba presente Concho Vino, bailando entre la multitud mientras un grupo cantaba en vivo. Participó en varias carreras de caballos las cuales ganó, pero en vez de irse a casa, gastó todo en la parranda. Sus amigos le advirtieron que no gastara ni bebiera tanto, y menos que fuera a casa solo en aquel estado. Pero Concho Vino, terco y bien entonado, se negó y montó su caballo y se fue remolineando, creyéndose el más diablo. Era una noche oscura de esas en que no se ven ni las manos, no se veía nada, y él iba borracho, por lo que, en un descuido, cayó del caballo. Por un momento pensó haber caído al suelo, pero notó que aún no había tocado el piso, solo una piedra enterrada en la espalda al final del barranco lo hizo darse cuenta.

En esa oscura noche, Concho Vino encontró su muerte en aquel barranco...

Desde entonces se rumorea que Concho Vino pena en los lugares cercanos en donde se realizan fiestas. La música, el ruido, las risas, las carreras y juegos llamaban mucho su atención, pero lo que más le atraía era el vino...

Es tarde, el ánima de Concho Vino deambula por los campos de Nahuelbuta.

Mientras camina, escucha un ruido, son fuertes risotadas y música, se acerca a observar qué sucede...

Es gente reunida en una cancha, hacen carreras de caballos y bailan al ritmo de la música.

Concho Vino está a punto de irse, cuando observa una especie de licor rojo... Este era parecido a la sangre, lo cual llama su atención; solo lo mira y sonríe, sabe que esta es su oportunidad, conoce los efectos de aquella bebida mejor que nadie y que los puede aprovechar para poder saciar su insaciable obsesión.

Solo espera e intenta encontrar a la víctima perfecta...

Unos momentos después la encuentra: un hombre de mediana estatura, algo delgado y pasado de copas rondaba por aquel lugar. Se encontraba acompañado, mas ninguno de sus amigos estaba en condiciones óptimas para manejar...

Era solo cosa de tiempo para atacar.

Alrededor de las tres de la madrugada termina la fiesta... Aquel hombre desconocía que su verdugo lo acechaba...

Todos suben a una camioneta, están todos *curá'os como tagua*, pero deciden manejar de todas maneras. Concho Vino sonrío...

Encienden el vehículo y salen de aquella cancha para dirigirse a sus hogares. Deciden poner algo de música para amenizar aquel viaje. La música es ensordecedora, parece escucharse por todo el lugar.

Ellos cantan y celebran, esto hace que no se percaten de un pequeño detalle...

Un barranco frente a ellos, su destino estaba sellado. Concho Vino se cruza frente a la camioneta, el conductor solo ve una sombra que lo desvía al barranco, 10 metros de caída...

Nadie sobrevivió...

Concho Vino va a recolectar lo que le pertenece. Cuando llega, encuentra una escena indescriptible...

Sangre por todos lados. Saca una pequeña copa y se sirve algo de esta sangre para luego darle un sorbo y disfrutar esos grados de alcohol.

Concho Vino logró su cometido, sació su obsesión carmesí...

Eduardo Enrique Cea Garrido

14 años

Concepción

Primer lugar regional



★
REGIÓN DEL BIOBÍO

El lugar que todos necesitamos

Antonieta Emilia Cid López

Mari, mari. Mi nombre es Antonieta. Mi tata heredó un poco de tierra en un sector a las afueras de la ciudad; lo llamamos “Campo FLA”. Fue difícil llegar a un acuerdo con el nombre, pero como ciudadanos civilizados que somos, una votación fue la mejor forma de decidirlo, es un nombre compuesto de: Fernando (mi hermano), Luciana (mi prima) y yo (creo que no necesito repetir mi nombre). ¡Y SOY LA MÁS GRANDE... A PESAR DE SER LA ÚLTIMA EN EL NOMBRE! Pero es la mejor combinación para ser prácticos en el bautizo del hermoso paraje que ya cuenta con árboles frutales, que aún no dan fruta por lo pequeños que son.

FLA tiene todo lo que te imaginas... Habitación, cocina, aunque mi prima la llamó “la casa del cerdito del medio”, por lo mal construida que le quedó a mi tío y por ser de madera. Igual sirve, porque no llueve y tampoco se la llevará ningún huracán ni tornado. Piscina, aunque plástica, eso no limita mis habilidades en el nado; ¡lo pasamos genial! Un huerto de papas, porotos, tomates y sandías; es un trabajo de mucho esfuerzo de mi tata y mi linda tía Vero, ella plantó cebollas. Hoy lloramos por eso, no por las cebollas, sino porque ella se enfermó y Dios quiere que siembre y le prepare cosas ricas allá en el cielo.

¡No olvidemos las motos! Y la fascinación de mi hermano chico (son solo dos cuatrimotos).



Pero faltaba algo esencial, algo que todo el mundo necesita: el baño. A mi corta edad, nunca pensé que esas cuatro paredes fueran tan importantes y funcionales para el normal desarrollo de la vida doméstica.

Es normal que un campo empiece sin un baño. Pero tarde o temprano tendrá que haber un retrete para hacer tus necesidades y algo no menos importante en estos tiempos: ¡un lavamanos!

Era la hora. “Ya me cansé”, les dije una calurosa tarde de verano a mi hermano y a mi prima. “¡Construiremos un baño en el campo FLA!”, continué. Tomamos tres palos para hacer carteles y con una escuálida pala cavamos unos hoyos para... (creo que la mayoría ya sabe para qué) entre los boldos y zarzamora, alejado del resto. Lo malo es que los perros de campo siempre te siguen a todos lados. Lo que a veces es bueno, pero en esta ocasión no lo es.

Fernando inventó un sofisticado objeto para poner *comfort* y la Lu me ayudó a colocar los carteles pintados con el carbón que quedó del asado. ¡Y listo! ¡Hasta terminamos en un día! Le dije a mi tata: “¡Tú que tanto te demoras en algo tan importante para toda la humanidad!”.

Mi tata movió la cabeza con tristeza y con su mente en el nuevo desafío propuesto de realizar la versión mejorada del “lugar que todos necesitamos 2.0”. Un mes después de la inauguración, mi tata dijo que crearán otro baño... ¡Un mes después! Qué larga la espera.

Antonieta Emilia Cid López
10 años
Los Ángeles
Segundo lugar regional



La vida campesina de mi abuela y mi padre

Samary Abello Carinao

Mi padre, cuando era niño, no usaba zapatos, iba al colegio a pies descalzos. Él caminaba cerros, caminos agrestes; a veces llevaba una carreta para ir a trabajar y estudiar. Él se levantaba a las cinco de la mañana para irse a trabajar y por las tardes mi abuela lo esperaba con comida sencilla, pero deliciosa. Antes de ir a dormir, él tenía que encerrar a los animales. Los fines de semana estaba lleno de otras tareas domésticas, como, por ejemplo, picar leña para la casa y otro tanto era para vender. Por su parte, mi abuela ordeñaba las vacas, hacía un rico queso mantecoso. Hacía dulces, queques y otras cosas que eran deliciosas; cuando ella estaba en su cocina, no le gustaba que nadie estuviera rondándola, porque tenía sus supersticiones: que posiblemente el queque no subiría, que se cortarían la leche; por lo tanto, su cocina no era territorio para merodear.

Ella, aparte de cocinar, plantaba sus semillas en un gigantesco invernadero, el que le proporcionaba las verduras frescas para el consumo familiar. Su hogar estaba rodeado de cerros, era un lugar apartado. Mi padre asegura que sus patios eran visitados por leones, por lo tanto, los corrales y gallineros eran víctimas de estos depredadores que se comían sus pollos, chanchos y algunas vacas. Aunque era lamentable lo que ocasionalmente ocurría, ella seguía criando sus animales. Tenía en su invernadero frambuesas, porotos, tomates y una de las flores que a mí me encanta mucho: la flor del pensamiento. Me maravillaban sus colores, los pétalos de seda; mi mami (abuela) tiene muchos aún. Era de esas madres hogareñas a las que les encantaba cocinar, plantar flores y verduras, hacer dulces, entretenerse haciendo bordados hermosos, y lo que la hacía sentirse más dichosa, era hacer feliz a su familia. Bueno, mi hermana y yo aprendimos un poco de



ella. Mi padre, hasta el día de hoy, sigue recordando sus largas caminatas, de lo temprano que se tuvo que enfrentar con las obligaciones laborales, de las privaciones que tuvo que sufrir: comenzó a trabajar a los ocho años. Mi abuelo era malo con su pequeño hijo. Es casi para no creer, pero así eran las realidades antes. Mi papá no conoció los zapatos de fábrica sino hasta muy adulto. Él y sus vecinitos usaban unas botas de rueda de tractor, porque en ese tiempo no había zapatos. Para recorrer rápido los cerros del lugar, se fabricaban catangos: una especie de carrito de madera que les permitía avanzar y hacer carreras con sus amigos. Siendo adulto, nos compartió sus juegos de infancia y nos fabricó un catango; nosotras, inexpertas en la conducción, varias veces caímos a los brazos de pastizales y zarzas; era muy divertido, pero igual peligroso.

La vida campesina ha sido testigo de los esfuerzos de la gente para superar las inclemencias, la búsqueda del buen vivir.

Samary Abello Carinao
11 años
Padre Las Casas
Primer lugar regional



★
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Huitranalhue en mi región

Pedro Felipe Milla Marcos

Esta historia me la contó mi bisabuelo, el cual dice que por los caminos de tierra de Lolén Alto vaga una criatura de la noche llamada Huitranalhue. Dice que es puro hueso y lleva puesta una capa de piel de sus víctimas. Mi bisabuelo cuenta que en uno de sus viajes se encontró con este ser, y que afortunadamente logró vivir para contarle. Dice que iba viajando por un ancho camino de tierra montado en su caballo junto a su amigo Juan; iban algo borrachos, ya que habían asistido a la fiesta de uno de sus vecinos, y me dijo que cuando iban a mitad de camino para llegar a sus casas, los caballos se pusieron nerviosos así que saltaron y partieron galopando, y mi bisabuelo y su amigo se cayeron. Asustados, empezaron a caminar hasta que distinguieron una figura entre la niebla; pensaron en pedir ayuda, pero cuando la niebla se fue y gracias a la luz de la luna, lograron ver que esa figura estaba hecha de huesos y estaba quitándole la piel a una persona desafortunada que horas antes había hecho desaparecer. Fue la misma noche, y la neblina un factor importante para que este ser realizara su cacería.

Pedro Felipe Milla Marcos

10 años

Freire

Segundo lugar regional



★
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

La plantita regalona

Bernardo Alonso Catrila Antilef

Había una vez una plantita regalona de jardín. Ella era más atendida que las demás plantas, las cuales crecían rápido a pesar de no tener tantas atenciones como la plantita regalona. Pasaban los años y la plantita regalona no crecía, porque estaba mal acostumbrada, y las demás plantas le decían:

—¿Por qué no quieres crecer?, ¿acaso estás enferma?

A lo que ella respondió:

—No, no estoy enferma, solo que no quiero perder estas garantías, las cuales me gustan mucho.

Las demás plantas no respondían; sabían que si no crecía en un par de años, nunca lo haría, ya que no tendría fuerzas para ello.

Un día, la planta notó que se estaban tardando en atenderla, lo cual la puso pensativa. Pasaron varios días y notó que pasó una persona desconocida, y oyó decir: “Bienvenido a su nueva casa”. Ella quedó sorprendida, porque era tan chica que no la podían ver. Intentaba crecer, captaba la luz del sol, tomaba agua y nutrientes, pero ya no podía crecer por su edad. Las demás plantas le dijeron:

—Eso te pasó por ser muy mal acostumbrada, ahora corres el riesgo de que te pisen por tu enanez. Nosotras crecimos y ahora estamos grandes, y al menos nos podrán ver y vender en el caso de que no le gusten las plantas al nuevo dueño de la tierra.



Pasaron meses e iba quedando sola; solo quedaba ella, una ruda, un rudón, un daphne, una lavanda y un laurel rosa. Cada vez que pasaba una persona, la pisaban, por lo que estaba muriendo. Ella se arrepentía tanto por eso, pero se dijo: “Daré a luz a un hijo para que mi especie no se pierda y lo protegeré con mi vida, y le daré consejos para que no sea como yo, y así le enseñe a sus hijos”.

Su plantita creció fuerte. Ella murió después de varios meses de haber cuidado a su hijo, el cual se multiplicó por decenas de su género, siempre recordando la enseñanza de su hermosa madre.

Bernardo Alonso Catrilaf Antilef

13 años

Loncoche

Tercer lugar regional



★
REGIÓN DE LOS RÍOS

Infancia feliz

María Jesús Abarzúa Poblete

Mi abuela me contó que su padre, cuando era pequeño, vivía en el campo en el sector de Malalhue, Contrabajo. En esos años, que era a principios del siglo XX, las familias estaban distantes unas de otras por kilómetros de distancia. Y como el padre de mi abuela era el menor, solía entretenerse solo, ya que sus otros hermanos debían ayudar a sus padres en las labores del campo, y las hermanas, en las labores de la casa y de la huerta.

Mi bisabuelo jugaba subiéndose a los árboles, a correr por las pampas espantando los pájaros, a correr arriba de un palo como si fuera a caballo y a ir a meterse al estero que estaba cerca de la casa y del cual sacaban el agua para tomar, cocinar y lavarse el cuerpo. Dice mi abuela que su padre le contó que lo que más le gustaba era jugar a hacer competencias de barquitos en el estero junto a otro niño de su edad, con el cual jugaba ahí.

Los barcos eran cortezas de los árboles que dejaban en el agua y luego las esperaban en la meta, tres o cuatro metros estero abajo, donde había una tabla atravesada sobre el agua. Ahí pasaba horas jugando con ese otro niño al cual a veces invitaba a jugar a la pampa o a la quinta, pero él le decía que no podía. Como el padre de mi abuela tenía cinco o seis años, no le preguntaba por qué, ya que no se cuestionaban esas cosas.

A medida que iba creciendo, se fue haciendo menos frecuente el encuentro en el estero, hasta que, sin darse cuenta, no lo vio más.



Después, de adulto, le preguntaba a sus padres y hermanos quién era el niño con el que jugaba en el estero o de dónde podía haber sido, pero nadie sabía contestar, ya que no tenían idea que tenía un amigo; por lo demás, era imposible que llegara algún vecino por la distancia que los separaba de las demás familias.

Mi abuela decía que su padre al final creyó que era un duende que tomaba la forma de un niño para jugar con él, pero cuando yo conté esta historia en la escuela, la hermana Paulina dijo que seguramente era un ángel al que Dios dejaba jugar con el padre de mi abuelita cuando era pequeño. Yo creo que era un duende, bueno de la naturaleza creada por Dios, para que mi bisabuelo Horacio fuera feliz.

María Jesús Abarzúa Poblete

10 años

Lanco

Primer lugar regional



★
REGIÓN DE LOS RÍOS

Árbol curativo

Isabella Thais Mora Palominos

En esta pandemia, mi perrita llamada Analís tuvo ocho cachorros. Durante toda una noche se golpeó la cabeza, ladró y aulló de dolor. Los ruidos de Analís eran tan extraños, que mi papá pensó que era el caballo llamado Bombón que andaba corriendo por el campo, y se levantó muchas veces para ver qué ocurría. Ahí nos dimos cuenta de que Analís estaba en trabajo de parto y que este estaba siendo complicado, por eso llamamos a un veterinario, porque pensábamos que la vida de nuestra Analís corría riesgo.

Cuando llegó el veterinario, pudo constatar que el parto estaba siendo complicado y se la llevaron a la clínica veterinaria, donde le efectuaron una cesárea de urgencia, porque su útero se había dado vuelta y los cachorros no nacerían si seguíamos esperando un parto normal, lo que ponía en riesgo de muerte tanto a la madre como a las crías.

Cuando Analís y sus cachorros llegaron a casa, el médico veterinario dijo que el procedimiento quirúrgico fue exitoso, pero había un detalle: teníamos que cuidarla muy bien, ya que su herida podría infectarse y llegar a producir septicemia. Por otra parte, si Analís se infectaba y sus cachorros bebían la leche infectada, también se enfermarían; por ello, la herida necesitaba sanarse por dentro y por fuera.

Afortunadamente, en nuestro campo tenemos *lawen*¹⁹ como menta, *pilunweke*²⁰, *faylhawen*²¹, y árboles curativos como *palgiñ*²², *kaliwtu*²³, *txiwe*²⁴, entre otros.

¹⁹ Lawen: hierba medicinal (nota de la autora).

²⁰ Pilunweke: llantén (nota de la autora).

²¹ Faylhawen: bailahuén (nota de la autora).

²² Palgiñ: matico (nota de la autora).

²³ Kaliwtu: eucaliptus (nota de la autora).

²⁴ Txiwe: laurel (nota de la autora).



Desde el primer momento en que Analís llegó con sus cachorros, yo fui a cuidarla, a darle agüita de *palgiñ* y a hacerle curaciones con este mismo *lawen*, porque mejora la cicatrización y sana las heridas internas y externas; entonces, el *küme felen*²⁵ de Analís fue evidente.

Los cachorritos son tan tiernos, porque son una mezcla de dos razas muy hermosas: Boyero de Berna (Analís) y Pastor Pirineo (Polux), y el resultado de esas dos razas combinadas genera cachorros tan peluditos como leones pequeños. Son tan amorosos que no pude resistirme a colocarles nombres y se llaman: Lyon, Copito, Doggi, Polux, Sam, Alex, Lily y mi favorita, Kari.

Es extraordinario cómo estas nuevas *mogen*²⁶ me producen *küme newen*²⁷ y alegría; también, gracias a este árbol curativo, Analís está bien y saludable, al igual que sus cachorros, por lo que *ayiwkulen*²⁸.

Le agradezco a la madre naturaleza por darnos *lawen*, porque nos produce un *küme mogen*²⁹.

Isabella Thaís Mora Palominos

11 años

Panguipulli

Segundo lugar regional

²⁵ Küme felen: bienestar (nota de la autora).

²⁶ Mogen: vida (nota de la autora).

²⁷ Küme newen: energía positiva (nota de la autora).

²⁸ Ayiwkulen: estar feliz (nota de la autora).

²⁹ Küme mogen: buen vivir (nota de la autora).



★
REGIÓN DE LOS RÍOS

El gato negro

Delia Sofía Huichiman Curiñanco

Hace varios años, en un sector rural llamado Ñancul, que en mapudungun significa canto de águila, existía una antigua casa que había cobijado a varias generaciones de familias. Tenía techo de tejuela, ventanas grandes, estaba rodeada de arbustos, de flores y de una huerta que proveía de todo tipo de verduras para la familia que ahí habitaba.

Esta familia de origen mapuche estaba compuesta por cuatro niñas y sus padres, don Evaristo y la señora Candelaria. Entre las niñas estaba Ester, que era muy valiente, juguetona e inquieta; se lo pasaba corriendo, saltando en el patio y en el extenso campo que poseían junto a sus hermanas, siendo su juego favorito colgar de los ganchos de los árboles que casi tocaban el suelo.

Un día, parte de la familia salió y se quedó en casa Ester con su hermana María. Estas dos niñas se dedicaron a jugar, cuando de pronto vieron un gato grande, de pelaje negro y con ojos muy brillantes. Ellas sintieron curiosidad, ya que aquel gato tenía la capacidad de pasar por agujeros muy pequeños y se metió en una bodega, donde el padre de las niñas guardaba sus herramientas. Ester y María sintieron que aquello que veían no era normal, pero decidieron ir a enfrentarlo. Ester encontró una piedra, la tomó con su mano y María agarró un palo. Ester lanzó la piedra, no logrando pegarle al gato, y este desapareció como si se desvaneciera. Ellas quedaron asombradas y no le contaron nada de lo sucedido a sus padres ni a sus hermanas.

Pasaron los días y en una noche hermosa de luna llena apareció otra vez este gato negro, pero ahora entró por un pequeño agujero a la casa, mientras la familia cenaba, pero en esta ocasión fue visto por todo el grupo familiar, los que quedaron admirados por su hermoso pelaje negro y ojos grandes, que esta vez fijó sobre Ester y María. Pero el mayor asombro se lo llevaron cuando apreciaron que este curioso gato podía trepar por la pared y el techo con las patas hacia arriba y sin caerse. Fue en ese momento que el padre de Ester y María se lanzó para agarrar al gato, pero este animal sacó sus grandes y filudas uñas, y al sentirse perseguido, salió por el mismo pequeño orificio, del tamaño de un ojo humano, quedando las hermanas de Ester muy asustadas, ya que no se explicaban cómo ese animal podía salir por un orificio tan pequeño. La misma noche, casi todos los miembros de esta familia sufrieron aterradoras pesadillas con este gato de color negro.

Cierto día apareció nuevamente, cuando don Evaristo y doña Candelaria estaban solos en el comedor, ya que sus hijos se habían ido a dormir. En ese momento, ambos padres decidieron atacarlo con lo primero que encontraron, pero por arte de magia el gato desapareció.

Meses después, doña Candelaria enfermó muy gravemente; todos los vecinos y los familiares la visitaban, llevándole distintos tipos de plantas medicinales de la zona, con la esperanza de poder sanarla, pero nada hacía efecto a la enfermedad que no tenía explicación médica.

Un día, la señora Candelaria fue visitada por un matrimonio de ancianos del sector, don José y doña Jacinta, quienes eran reconocidos por ser muy sabios, y durante la conversación, don Evaristo les contó lo que había sucedido meses antes con la aparición de este gato. Fue en ese momento que don José reconoció

la existencia de ese malévolo ser, “el gato negro”, y le atribuyó a ese suceso la enfermedad de doña Candelaria. De esta forma, le explicó cómo enfrentarlo cuando se apareciera y de qué manera expulsarlo de su casa, mientras también escuchaba atenta Ester, la hija de don Evaristo.

Pasaron los días y Ester ansiaba que apareciera este gato, pues ya sabía la forma de enfrentarlo y ella no le tenía miedo; también estaba convencida de que esa sería la cura para su madre. Fue entonces que un día se encontraba buscando verduras en la huerta junto a su hermana María, cuando de pronto vieron al gato negro botado con sus patas hacia arriba y durmiendo aprovechando el calor de sol. Entonces Ester, que había cogido una piedra puntiaguda, se acercó lentamente y guardando el mayor de los silencios, le pegó en pleno corazón. Se oyó un fuerte gruñido y esta vez el gato no desapareció, sino que las niñas pudieron ver que se fue corriendo por el campo hasta que ya no lograron verlo por lo lejos que se fue.

Las niñas retornaron a casa, con la esperanza de que su madre se recuperara y decidieron no contar lo sucedido. Una hora más tarde, doña Rosario se comenzó a sentir mejor de salud hasta quedar completamente recuperada ese mismo día. Entonces, Ester y María contaron todo lo sucedido a sus padres.

Desde entonces, Ester fue una niña llena de coraje, que siempre protegía a sus hermanas, y también entregó el secreto a otras personas a quienes se les ha presentado el aterrador gato negro.

Delia Sofía Huichiman Curiñanco
11 años
Panguipulli
Tercer lugar regional



Ilustración: Daniela William

★
REGIÓN DE LOS RÍOS

Mateo, el niño hierbatero

Bastián Alejandro Molina Obreque

Había una vez un niño llamado Mateo, quien tenía siete años. Él era muy estudioso y vivía con su mamá en un sector rural llamado El Redil.

La madre de Mateo tenía un vivero con muchas flores y plantas medicinales. Ella cultivaba y vendía sus plantitas, y eso le ayudaba para su sustento económico, y también era muy conocida por sus vecinos, porque les hacía remedios a todos los que llegaban enfermos, ya fuese con fiebre, dolor de estómago, diarrea, etc. Su medicina alternativa y natural era muy apreciada por todos.

Un día, Mateo fue al colegio y vio que su profesora se sintió mal todo el día y no pudo comer nada, porque todo le hacía mal para su guatita.

Él llegó muy entusiasmado donde su madre a contarle lo sucedido, pero ella solo lo escuchó, ya que estaba muy ocupada haciendo los quehaceres del hogar y después se olvidó. Cuando Mateo despertó al día siguiente, lo primero que hizo fue dirigirse al vivero y sacar unas plantitas de paico, de menta, *akenko*, *faylhawen*, *folho*, *pilunweke* y *palgiñ* y se las llevó a su profesora y él le dijo cómo debía tomárselas, y ella las tomó.



Tal fue la sorpresa de la profesora, que al rato de tomarse las hierbas se le pasaron los dolores, y por fin pudo volver a comer. En agradecimiento, cuando salió Mateo de su jornada de clases, ella lo fue a dejar a su casa para darle las gracias a la señora Martita por las hierbitas que le había enviado, pero fue tanto el asombro de la madre, que le preguntó a Mateo:

—¿De qué hierbas me habla tu profesora, hijo?

Y en ese mismo momento, ambas se dieron cuenta de que el niño había actuado solito y que para la alegría de su madre, estaba aprendiendo desde chiquitito a conservar sus raíces y el amor por las hierbas medicinales.

Bastían Alejandro Molina Obreque
9 años
Panguipulli
Mención honrosa



★
REGIÓN DE LOS LAGOS

El Sahumerio de las papas

Angelina Trinidad Millalonco U.

Antiguamente, la siembra de papas se preparaba con mucha antelación, esto porque había que juntar lamilla y sargazo que dejaba la marea después de un temporal de viento. A esto se le sumaba juntar el guano de oveja, vacuno, chanco y caballo, para mezclarlo con cañas de haba y trigo. Todo esto se dejaba fermentar por un tiempo, hasta que se descomponía.

Luego se barbechaba la tierra con arado tirado por una yunta de bueyes, después le pasaban encima otra herramienta que molía mejor la tierra; la cultivadora le llaman por estos lados. Así, la tierra quedaba lista para la siembra.

Llegado el día de la siembra, los vecinos acudían a colaborar para que después de ellos también les ayudaran cuando tuvieran que hacer el mismo trabajo; eran días cambiados, o un día de minga dice mi abuela. Ella me cuenta también, que ese día la semilla de papas que se iba a sembrar se le hacía una bendición de ajo mezclado con otras hierbas más, como el mechay; un árbol que en su época florece mucho. Esto se hacía para que la papa florezca y dé mucho grano. Después, iba la papa a la tierra y se le agregaba el guano orgánico preparado. Los ayudantes o mingueros, mientras hacían el trabajo, contaban historias y chistes, arreando a la yunta que respondía de acuerdo al nombre que tenía cada buey, como por ejemplo: Suspiro por Verte. Esto hacía que el trabajo fuera más entretenido.

Por último, venía el término del ritual de la siembra que comenzaba con la bendición de la semilla de las papas y finalizaba con las quemas en las cuatro esquinas de la siembra, para que los malos espíritus no dejen caer sus malas vibras.

Angelina Trinidad Millalonco U.

11 años

Quinchao

Segundo lugar regional



TAPILLAS
SUELAS
TACOS
consulte!

HOY NO SE FÍA, MAÑANA SÍ

\$80.000

COLORES
CONSULTE

Ilustración: Daniela William

★
REGIÓN DE LOS LAGOS

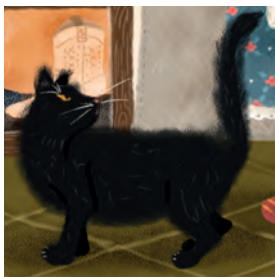
Los zapatos chuecos

Florencia Torres Vera

A rededor de unos cincuenta años atrás, en la península de Rilán, vivía un hombre llamado Pedro, quien era zapatero. Un día llegó una anciana a pedirle si podía arreglarle un par de zapatos, pero don Pedro dijo que no podía, porque estaban muy torcidos. La anciana se ofendió muchísimo y regresó a su casa de muy mal humor por lo sucedido.

Se hizo de noche y don Pedro se fue a dormir. A la mañana siguiente se despertó sintiendo algo extraño que le dio terribles escalofríos y se le ocurrió ir a mirar su puesto de trabajo, encontrando nada más y nada menos que excremento de pájaro. No lo dudó ni un segundo: de seguro la anciana era una bruja y se había convertido en pájaro dejándole esa señal por venganza. Don Pedro limpió su mesa con gran rapidez y nerviosismo para poder continuar con su trabajo.

Al día siguiente fue a la ciudad de Castro con su caballo a comprar unos víveres que le faltaban y llegó devuelta a su casa de madrugada, un poco borracho. Mientras tanto, la anciana bruja aguardaba tras un árbol convertida en un tiuque, observándolo fijamente. En ese momento, el zapatero sintió un frío terrible y no se pudo bajar del caballo, porque de repente quedó tullido de sus piernas. No conforme con esto, la bruja aún tenía otro castigo para él, y después de unos segundos, el zapatero sintió que se ahogaba en vómitos que no se detenían. Extrañamente, el tiuque realizaba el mismo gesto de náuseas que le provocaba al pobre zapatero.



Desesperado por esa horrenda escena, don Pedro extrajo el revólver que llevaba en su cintura para disparar al aire y así poder espantar al pájaro, pero increíblemente no reventó la bala, ya que la bruja la había trancado con su maleficio. Después de esto, la anciana hechicera decidió irse a su casa y entonces recién reventó la bala, produciendo un fuerte ruido que hizo que la esposa del zapatero reaccionara y saliera en su ayuda.

Desde ese día, don Pedro colocó un ajo entre sus prendas como contra y, además, no le volvió a negar su oficio a la gente, porque nunca se sabe a quién tenemos por vecinos en Chiloé.

Florencia Torres Vera
12 años
Castro
Tercer lugar regional



REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

Bahía Acantilada

Lucía Estela Arregui Contreras

Como seguramente has oído, Bahía Acantilada es una bahía de acá, de Aysén.

Mi familia y yo solíamos ir todos los veranos en los días de sol.

La verdad es que para mí, ir a aquel lugar era una ocasión muy especial, ya que como acá en Aysén la mayor parte del año llueve, el hecho de que hubiera sol para ir a ese hermoso lugar, era como un regalo de la naturaleza.

Era tan bello, que hasta las aves bajaban a mojarse las plumas en esas hermosas aguas cristalinas.

Siempre que veía sus aguas, yo me preguntaba qué historias chilotas existirían sobre el origen de este lugar. Era una pregunta que me venía a la cabeza tan solo con ver agua correr.

Un día, mis familiares y yo fuimos a la Puntilla, un bello lugar lleno de naturaleza, cerca de mi casa.

Cuando llegamos, había unos pescadores conversando y mi padre reconoció a uno de ellos, ya que era su amigo desde la infancia; su nombre era don José.

Y así fue como don José se convirtió en un gran amigo de la familia. Todos los días venía a mi casa a conversar con mi padre y a tomarse un mate, y todos los días se iba a las dos en punto a pescar.

Lo que más me divertía de don José era que siempre nos contaba historias, como por ejemplo, que había salido a pescar con unos amigos y se habían encontrado con una sirena, o que cuando había ido a Chiloé se había encontrado con la mismísima Pincoya.

Un día me acerqué a él y le pregunté si sabía alguna historia de Bahía Acantilada, y me dijo que sí. Lo que más me impresionó fue que solo se sabía una, ya que él siempre se sabía miles de historias de un solo lugar, pero la curiosidad me mataba, así que le pedí que me la contara, y eso hizo:

Todo empieza con dos jóvenes, un chico y una chica. La chica se llamaba Marcela y el chico, Pascual. Los dos se habían conocido en un festival en Villarrica y cuando se enamoraron, se vinieron a vivir a Aysén. Un día, mientras paseaban, se encontraron un gran lugar con mucha naturaleza y muchos insectos de distintos tipos. A Marcela le encantó el lugar y Pascual, al verla feliz, decidió quedarse ahí. Y así tomaron como hábito ir al lugar todos los días. Un día, Pascual le dijo a Marcela: "Amada mía, yo te prometo que haré cualquier cosa para que esta bella bendición tenga agua, para que en su reflejo puedas ver tu hermosura". Y Marcela le respondió: "Amor mío, yo te prometo que haré que el agua tenga vida y te cuide cuando yo no esté". Los dos se abrazaron y se fueron a sus casas. Un día, Marcela se enfermó gravemente, todos decían que no iba a vivir, y así fue. Marcela murió un día por la tarde. Su funeral fue muy callado y así siguió la vida de Pascual, triste y silenciosa.

Un día, Pascual recordó la promesa que le hizo a su amada y se fue al lugar a cumplirla. Pascual estuvo meses trabajando; todos los días iba con una pala y cavaba para formar la charca para el agua. También estuvo llevando piedras bastante tiempo para que el agua se mantuviera ahí.

Pero cuando Pascual estaba pensando cómo poner el agua, le dio un infarto y cayó muerto al suelo.

Tiempo después de la muerte de Pascual, descubrieron el lugar donde los jóvenes iban, y un día una gran ola salió de la nada e inundó el lugar. Cuando todo se empezó a secar de nuevo, el agua que quedaba se empezó a quedar en el hoyo con piedras que había hecho el joven, y unos días después, durante la noche salió la luna, una luna muy especial. Era muy distinta, tenía un color maravilloso y aquella luna le empezó a dar corrientes al agua, en otras palabras: vida.

Pronto, el agua empezó a expandirse y eso formó una bahía, a la cual llamaron Bahía Acantilada.

Dicen que Pascual es el agua que llenó el hoyo y que Marcela es la luna que siempre está presente para darle vida al agua.

Cuando le pregunté a don José por qué solo se sabía una historia de ese lugar, me respondió: "Porque solo existe una, la verdadera historia de Bahía Acantilada".

Lucía Estela Arregui Contreras
10 años
Aysén
Primer lugar regional



La aventura de mi abuelo

Vanessa Raquel Águila Saldivia

Hace más de cincuenta años, navegando desde Chiloé en un chalupón a vela, zarpó mi abuelo con rumbo a las islas Guaitecas. Para llegar allá debía cruzar el conocido golfo Corcovado, famoso por los relatos de otros navegantes que se habían atrevido a cruzarlo y conocido sus inquietas aguas. Como buen pescador, se atrevió a hacer esta aventura junto a unos parientes y amigos, que se lanzaban a la aventura en busca del sustento de su familia.

Contaba siempre que la travesía fue muy dura, por aquellos mares que los llevaban al sur de su querida isla y los alejaban de sus seres queridos. El deseo de conocer nuevos lugares los llevó a unas hermosas islas y canales al sur del golfo, donde todo era casi natural, y el mar les ofrecía una variedad de productos para su alimentación, que los guardaban ahumados o secos.

Al llegar, su primera sorpresa fue ver a poca distancia un grupo de ballenas que nadaban tranquilamente en los canales rodeados de un verdor infinito. Sin duda, habían llegado a parajes hermosos, con pesca, mariscos y grandes árboles que brindaban su madera a estos migrantes de la isla grande de más al norte.

Se dedicaron a sacar productos del mar, como cholgas, lucbe, pescados y otros. La mayoría de su extracción era secada al humo y preparada para la venta y para el consumo propio.



También se sacaba el ciprés en aquellos años. Esta madera era entregada en el mismo lugar, pues pasaban los barcos a comprarla en sus trayectos desde el sur a través de los canales interiores.

Me llamó la atención que dentro de sus relatos hablaba de las luces que vieron en varias ocasiones, sobre el agua, sobre las islas o por el cielo en dirección siempre del oeste. Él decía que eran navegantes del espacio, que tenían su base en alguna isla secreta en el gran archipiélago de Los Chonos.

Todo su esfuerzo tenía un solo fin, el gran viaje de vuelta con el sustento para su familia, aunque era un desafío, pero la constancia lo motivaba a hacer lo que él sabía. Para mí es un hombre muy luchador, es un ejemplo a seguir, desde aquí y ahora. Te quiero mucho abuelo.

Vanessa Raquel Águila Saldivia
12 años
Cisnes
Segundo lugar regional



La bota perdida

Sofía Antonia Santander Pinto

Cuando vives en el campo aprendes a que no todas tus aventuras pueden ser buenas. Algunas aventuras pueden terminar tan bien que te marquen de por vida; en cambio, otras pueden terminar tan mal que el susto que pasaste en esos pocos minutos no lo podrás olvidar jamás. Eso nos pasó a mi hermano y a mí justo hace unas semanas.

Era un día normal, había salido el sol después de dos días de lluvia. Mi hermano Ignacio y yo salimos a jugar, muy contentos de al fin poder tener un poco de sol; aunque al poco tiempo nos aburrimos, ya que habíamos probado de todo un poco. Pero luego se nos ocurrió ir a nuestro bosque secreto. Le dimos una vuelta entera y llegamos a un pedazo de plumavit que tenemos para que cuando llegue diciembre podamos pasar al otro lado de la cerca a cosechar calafates.

Los dos nos miramos y decidimos pasar al otro lado. ¡Ojalá nos hubiéramos dado cuenta de que esa decisión fue la más tonta de nuestras vidas! Yo me paré primero en la plumavit, puse una mano en la cerca y pasé una pierna. Cuando llegué al otro lado, ayudé a mi hermano a pasar; casi rozó su pierna en el alambre de púas. Y cuando llegó al otro lado, teníamos que decidir si seguir con esto o no.

Nosotros decidimos seguir adelante; ahora nos tocaba resolver una de las cosas menos importantes según nosotros: ¿adónde iríamos? Nosotros solo conocíamos dos caminos, el primero era seguir hacia adelante hasta un pequeño pero hermoso lago donde hay nenúfares y poáceas. El segundo era un camino rodeando la laguna, pero teníamos que pasar por una acequia en la que había que saltar más o menos un metro, o pasar por una cosa de plástico, pero para eso, había que atravesar por un pequeño lugar con barro que parecía que traía mucha agua.

Pero queríamos probar algo nuevo, así que fuimos hacia la casa de un vecino, pero siempre del lado de la cerca, hasta que en una parte había un tronco alto y cuando mirabas para abajo, había mucho barro deforme por las pisadas de las vacas que a veces llevaban a pastar. Con mi hermano dudamos un poco si bajar o no, pero al final nuestra curiosidad y nuestra sed de aventura nos impulsaron a bajar, o más bien, saltar hacia el barro.

Al principio todo iba bien, el barro apenas se nos pegaba en las botas, así que no nos preocupamos mucho. Pero casi al llegar al final de esa hectárea de barro, mi hermano Ignacio se quedó atascado. Yo al principio pensé que podría salir solo, pero pasó un minuto y mi hermano aún seguía atascado; aquí yo ya me asusté un poco, pero fue lo mínimo, así que fui a sacarlo, pero cuando llegué a su lado y lo logré sacar, ¡ahora yo estaba atascada!

Aquí ya me asusté un poco más, pero igual tenía que ayudar a mi hermano, y contagiarle ese nerviosismo no serviría para nada más que para crear caos, así que le dije que se fuera a la orilla donde había un pequeño árbol torcido y donde estaba mi gata La Copita. Yo seguía atascada y aunque intentara salir con fuerza, no servía para nada, hasta que se me ocurrió la idea de tirar hacia arriba mi bota con mis manos.

¡Y me funcionó! Yo aquí me tranquilicé un poco más, pero cuando saqué esa bota, mi otra bota se había quedado atascada. Intenté de nuevo mi técnica, pero para que mi otro pie no se quedara atascado, lo afirmé en un pequeño tronco que estaba a mi lado. Cuando pude salir, mi expresión de felicidad cambió a una de fastidio, ya que mi hermano de nuevo había quedado atorado en el barro.

Cuando lo logré sacar y llegamos al árbol, solo nos quedaba pensar una cosa, ¿qué íbamos a hacer para volver? Los dos pensamos unos minutos y yo me di cuenta de que la única salida era devolvernos por el barro. Yo quería descartar esta idea de inmediato, porque sabía que nos íbamos a quedar atrapados el barro de nuevo. Pero al pensarlo bien, esa era nuestra única salida, así que volvimos a meternos al barro.

Pero al volver a entrar nos quedamos estancados en el barro de nuevo, y cuando conseguimos liberarnos, nos quedamos atrapados otra vez. En este punto, yo ya quería llorar, tenía miedo de quedarnos ahí estancados para siempre. ¿Cómo era que nos habíamos quedado atrapados de nuevo? Después de pensarlo un poco, decidí salir de ese barro, así que, armada de valor, me arremangué las mangas y metí las manos en el barro; así logré liberarnos de nuevo, pero uno de los pies de mi hermano se había quedado tan estancado que solo salió su pie y su bota se quedó allí en algún lugar, enterrada en el barro.

Para cuando me di cuenta, el hoyo de donde había sacado el pie de mi hermano se había cerrado, aunque busqué y busqué, no encontré la bota, así que decidí salir de ahí con mi hermano. Al volver a nuestra casa, íbamos con la cabeza baja y con la expresión de derrota más conmovedora del mundo; también íbamos con todo lleno de barro, desde las manos hasta las botas. Mi mamá al vernos primero se rió, pero al vernos tan deprimidos nos preguntó qué nos había pasado; con el solo hecho de decirle que habíamos pasado al otro lado de la cerca, su expresión de risa se borró y su cara de enojo nos dio ganas de llorar.

Entramos y nos fuimos directo al baño a ducharnos, y mientras nos cambiábamos, nos llegó un reto muy grande. Ahora, cuando recordamos esta anécdota nos reímos, e incluso decimos que una vaca va a encontrar la bota de mi hermano y se la va a poner, pero nunca nos vamos a olvidar del susto que pasamos esa mañana.

A veces hay anécdotas buenas y malas, pero lo importante es que siempre puedes aprender de ellas.

Sofía Antonia Santander Pinto
11 años
Aysén
Tercer lugar regional



Ilustración: Sol Díaz

Sol Díaz

★
REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

Invierno en Cerro Sombrero

Ayleen Millaray Rauque Canio

Una tarde de invierno en mi casa de Cerro Sombrero, provincia de Tierra del Fuego, estaba mirando televisión en la pieza de mis padres tranquilamente, cuando mis papás me dijeron: “Vamos a buscar agua a la vertiente”. Me puse muy feliz, porque había mucha nieve y quería andar en trineo.

Así fue como mi papá llevó mi trineo en el auto junto con los bidones para traer agua y una cuerda para tirar mi trineo. El camino para ir a la vertiente son muchos kilómetros desde mi casa, tiene muchas vueltas, subidas y bajadas que lo hacen entretenido. Por las pampas había mucha nieve, ovejas, guanacos, caiquenes, flamencos y zorros; todos parecían tener frío.

Luego, llegamos a la vertiente que se ubica al comienzo de la colina. Mientras mis papás llenaban los bidones de agua, Agustina y yo nos tiramos en trineo por la colina. Agustina es mi hermanita de corazón; mi mamá la cuida desde que tenía dos años, ahora tiene cinco años y yo ocho, pero pronto cumpliré nueve años. Subimos y bajamos la colina muchas veces, incluso intentamos tirarnos juntas, pero caí sentada. ¡Qué risa! En dos ocasiones me topé con una mata negra; en una choqué y en la otra la alcancé a saltar. A Agustina le pasó lo mismo, pero ella iba a chocar en una mata de calafate; lo bueno es que se cayó del trineo antes de golpearse. Cuando mis papás tenían todos los bidones llenos y subidos en el auto, dijeron: “¡Vámonos!”. Cuando miramos la colina, estaban las marcas del trineo por donde pasábamos; incluso se veía un poquito el coirón y las huellas de los pies, fue genial. A pocos metros de la vertiente, mi papá me dijo: “Aquí está bueno para deslizarse en trineo, porque no pasan muchos autos, solo algunas camionetas de ENAP que andan trabajando”.

Yo me puse muy, pero muy feliz; sacamos el trineo y con la cuerda mi papá lo ató a nuestro auto, me preparé y subí a mi trineo. Papá me tiró con el auto y yo con felicidad, ansiedad y nervios me deslicé en mi trineo y sentía como la nieve me salpicaba en la cara, como pequeñas gotitas muy frías y se derretían. Estaba tan, pero tan feliz, que grité con todas mis fuerzas: “¡ES LO MÁXIMO!”.

Agustina desde el auto gritaba un poco ansiosa y nerviosa: “¡Yo lo quiero hacer!”. Un poco más allá, papá paró el auto y ella se preparó para su gran aventura en trineo. Mi mamá le puso un gorro en cada mano para el frío, porque no tenía guantes, le dio instrucciones de cómo sujetarse, y comenzó su aventura. La remolcamos con el auto varios metros, claro que mucho más lento, pero Agustina tenía un poquito de miedo, así que papá paró el auto y de nuevo me subí al trineo. Lo que más disfruté fueron las curvas, porque el trineo se iba hacia los lados y yo podía manejarlo, y también me gustó cuando pasamos sobre el guarda-ganado, porque el trineo brincó. Los guarda-ganados son barras de madera o turbinas de fierro que atraviesan el camino, separadas unos centímetros, en un metro de ancho aproximadamente, con el fin de que las ovejas no pasen por ahí y se cambien de campo. Casi llegando a la carretera, mi papá detuvo el auto y guardamos el trineo para regresar a casa.

Al llegar a casa, le dije a mi hermana mayor, que se llama Daniela: “¡Te perdiste la diversión: papá tiró el trineo con el auto!”, y ella solo dijo: “¡Qué importa!”, y mi mamá me dijo: “Está en la adolescencia”.

Al otro día por la tarde, mi papá nos dijo a mi hermana y a mí: “Vamos a ir a la cancha de jineteadas, ahí aún queda nieve”. Para mi sorpresa, la que más se emocionó fue mi hermana, así que nos preparamos con guantes, gorros y mascarillas, subimos el trineo al auto y nos fuimos.

La cancha de jineteadas queda en la parte baja del pueblo Cerro Sombrero, al lado de la cancha sintética de fútbol, cerca de los invernaderos y los huertos. Allí hay un camino que estaba ideal para andar en trineo, porque estaba escarchada la nieve, y para que papá nos remolcara con el auto. Yo me subí primero, después

mi hermana; lo más divertido fue cuando Dani se tambaleó y casi cae; papá por precaución se detuvo. Luego, mi hermana siguió y ahí sí se cayó, no le pasó nada y siguió. Lo pasamos súper, sobre todo yo, porque casi nunca paso tiempo con mi hermana. Cuando regresamos a casa, mi mamá ya tenía la mesa preparada para la merienda, y papá le dijo: “Mañana vamos todos”.

Así fue como al otro día muy tarde, entrando la noche, fuimos todos a la cancha de jineteada. Primero, mi papá me remolcó a mí una vuelta completa, y sentí la misma emoción de la velocidad de andar sobre la nieve. Pero esta vez se sentían las piedritas, estaba áspero en algunas partes, porque el trineo raspaba. Después fue el turno de mi hermana, y cuando dimos la vuelta, fue el turno de mi mamá.

Mamá se subió al trineo y papá la remolcó y un poco más veloz que a nosotras, y la pasó sobre el agua congelada, o sea, sobre la escarcha. Mamá se veía muy asustada, porque el trineo se deslizaba por todos lados. Mi hermana y yo no parábamos de reír al ver la cara de susto de mamá y cómo le gritaba al papá: “¡Para, Daniel, para...!” . Mi hermana le dijo a mamá: “Si le gritas que pare, subirá más la velocidad”. La cara de mamá estaba roja de susto o de enojo con papá. Cuando papá se detuvo, fue cuando había una subida. Subimos el trineo al auto y regresamos a casa. Mamá ya se había calmado, pero aún tenía la cara roja, se veía contenta y le dijo a papá: “En la próxima salida te toca a ti y yo llevaré el auto”.

La nieve ya se derritió y papá aún debe la salida. Ha nevado algunos días, pero el viento la derrite rápido. Ahora esperamos que caiga nieve en septiembre para ver a papá en trineo como lo hizo mamá, pero siento que será más emocionante, porque será la venganza de ella.

Ayleen Millaray Rauque Canio

9 años

Primavera

Primer lugar regional



★
REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

Cumpleaños de Onoru

José Eduardo Pinto Toro

Onoru era un niño que pertenecía al pueblo originario amerindio selk'nam, y hasta principios del siglo XX vivieron en el norte y centro de la Isla Grande de Tierra del Fuego. Ellos eran nómades terrestres, cazadores y recolectores. Onoru creció escuchando historias de sus mayores sobre la presentación de los niños ante los espíritus al cumplir la edad de ocho años solo acompañados de los hombres de la comunidad a un lugar apartado de la isla. Las mujeres y hermanos se quedaban en la aldea a la espera de su regreso.

Ante dichos espíritus y ante el ritual correspondiente, debían someterse a ciertas obligaciones, de lo contrario los espíritus no los atenderían de la mejor manera. Estas obligaciones eran parte del ritual desde la primera hora del día del cumpleaños: ser desnudados y pintados para ser trasladados luego de despedirse de sus madres y hermanos de la aldea.

El día anterior de su cumpleaños número ocho, Onoru estaba muy nervioso al ver cómo su madre imploraba a Xalpen, el espíritu de presentación, para que no lo dañara. Se sentía tan triste, no sabía qué hacer ni cómo actuar. Incluso muchas veces pensó en escapar, pero siempre se preguntaba: ¿hacia dónde iré?, ¿con quién iré?

Esas preguntas las tenían todos los niños de la aldea: largas ideas de escape o unión de más de uno. Justo antes de cumplir la edad necesaria para ser presentados ante el espíritu legislador de su niñez, había que portarse bien, comer toda la comida, obedecer, ayudar en los quehaceres de casa, en fin...

El día llegó y Onoru no durmió prácticamente en toda la noche, imaginando cómo lo recibiría aquel espíritu tan nombrado. Al levantarse, fue bañado por

su madre; mientras lo hacía, sus lágrimas corrían por sus mejillas. Onoru solo quería escapar, salir corriendo sin rumbo ni nada, tomar la mano de su madre y huir; era una pena enorme, ya que además no podía acompañarlo.

Había un ruido muy fuerte que venía desde muy cerca, sintió Onoru... Era su estómago, sus nervios, su miedo. Llegó el día y para empeorar más la cosas, Onoru era el único niño de la tribu que cumplía sus ocho años de edad. Luego de su baño, su madre se acercó con pintura roja, con la que cubrió todo su cuerpo; luego líneas blancas lo rodearon, y en ese momento, escuchó la voz dulce de su madre diciendole que fuera muy valiente y que ella lo esperaría y estaría rogando a los demás espíritus para que el espíritu juzgador tuviese compasión con él y así no lo matara.

La aldea comenzó a cantar cada vez más fuerte como rezos implorando buena fortuna para Onoru, pero le llamaba la atención la serenidad de los hombres, incluyendo a su padre, los que esperaban pacientemente a que estuviera listo para llevarlo al lugar de la ceremonia. Ya listo, Onoru se acerca a su madre y hermanos; tan solo los abrazó sin decir ni una sola palabra, ya que su estómago no lo dejaba hablar por el ruido interior. Se dirigió hasta donde estaban los hombres y comenzaron la ruta caminando kilómetros de distancia desde su aldea. Por el camino, su padre le dijo: "Debes ser valiente y no demostrar jamás miedo ni bajar la mirada, ya que dicha actitud le molesta demasiado al espíritu".

Asustado más aún, Onoru no quería seguir caminando, pero tampoco se atrevía a decirle a su padre lo que le estaba pasando; su corazón palpitaba muy rápido, pero el miedo a las burlas y a la desilusión de su padre lo hicieron callar, menos desobedecer, queriendo arrancar, escaparse, pero para donde fuera, el espíritu lo encontraría y lo mataría. Al llegar al lugar, había una fogata gigante con mucho humo que la rodeaba. Los hombres se pusieron en círculo y en una roca alta posaba un cuerpo gigante con su rostro cubierto y resto pintado de color rojo, igual que él, pero en vez de líneas tenía círculos blancos. En ese

momento, los hombres comenzaron a gritar y decir: “¡Onoru, Onoru, no bajas la mirada!”. Este cuerpo gigante comenzó a acercarse, y quedando más o menos a un metro de él, se quedó quieto, como si lo estuviera mirando fijo; cuando de repente, se impulsó y lo empujó. Onoru cayó lejos y se paró rápidamente; fue así como luego lo botó y comenzó la lucha. Onoru claramente medía mucho menos que ese cuerpo gigante, tratando de defenderse con golpes de puños y patadas, escuchó la voz de su padre diciendo: “¡Basta la lucha!”. Onoru, agitado, lo miró y el padre le dijo: “Quítale la máscara”. El cuerpo se agachó y Onoru le sacó la máscara, dándose cuenta de que era un hombre de la aldea preguntando: “¿Por qué?, ¿de qué trata esto?”. El padre se acercó riendo junto a los demás hombres y le dijo: “Ya eres todo un hombre, debes actuar como tal, no debes hablar de esto con tu madre ni con nadie de la aldea, si no serás hombre muerto”.

Fue ahí cuando Onoru comprendió el engaño de su tribu, que les enseñaba a todos la existencia de espíritus juzgadores. Dicho cuento hacía temer a sus madres y hermanos; mentira que hacía que ninguno quisiera cumplir ocho años. Las mujeres tenían que hacer lo que los hombres decían, si no también serían sometidas ante los espíritus justicieros, espíritus que claramente nunca existieron más que en sus mentes y se fueron transmitiendo de generación en generación.

Hoy en día, aún se comenta en mi región (Magallanes) la existencia de tribus nómades, de sus creencias y espíritus, cuentos que en esta zona son relatados por oriundos a quienes seguramente sus padres se las contaron, y me imagino que seguirá siendo así.

José Eduardo Pinto Toro
10 años
Punta Arenas
Segundo lugar regional



★
REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

El Sueño de Alexandra

Katrina Alexandra Graciela Godoy Ávila

Les contaré la historia de una niña de 12 años llamada Alexandra. Ella vivía en la ciudad de Punta Arenas, en una pequeña casita, en una parcela. Disfrutaba mucho del ambiente de la naturaleza; tenía animalitos regalones, como perros, gatos, gallinas, patos y caballos.

Un día, su madre le dijo que, debido a problemas económicos, había tomado una difícil decisión: la matricularía en una escuela rural que contaba con un acogedor hogar para los estudiantes de otras localidades; se tendría que ir a estudiar a Villa Tehuelches en la comuna de Laguna Blanca. Allí se quedaría de lunes a jueves, y solo el fin de semana podría estar en Punta Arenas. Alexandra, muy sorprendida, no dijo nada.

Mientras pasaban los días, pensaba mucho en el cambio que tendría. Se sentía triste, y aunque entendía la situación de su mamá y que sabía que no podría negarse a ir, pensaba mucho en sus animalitos con los que convivía a diario. Eran parte de su vida, tanto así, que hasta le puso nombre a cada uno: Zeus, Tigger, Peppa, Manyi, Tony y muchos otros... A todos los llamó “mi rebaño”. Hablaba a diario con ellos, los alimentaba, los cuidaba y los quería mucho.

Después de una semana, llegó el día: tuvo que empacar todo lo que necesitaba para irse al nuevo colegio y hogar. Se despidió de cada una de sus mascotas, los abrazó y les prometió que siempre los tendría en su corazón, les dijo que deseaba que ellos se fueran con ella. Con lágrimas en los ojos, se despidió, tomó el bus y se fue rumbo a la gran comuna de Laguna Blanca.

Durante el trayecto observaba por la pequeña ventana del bus toda la hermosa naturaleza que existía en tan apartado lugar: los árboles, lagunas, cerros, ¡era hermoso! El sol brillaba en todo su esplendor y podía ver que sus rayos se reflejaban en la ventana. En el trayecto pudo ver liebres corriendo, chingues, zorros y guanacos que se encontraban en las cercanías de la ruta. También vio muchas ovejas y caballos; fue maravilloso encontrar en las lagunas patos silvestres, caiquenes, cotorras y rosados flamencos; más le sorprendió ver a ñandúes que corrían velozmente por la inmensa e infinita pampa. Estaba maravillada con tanta flora y fauna que nunca se imaginó que existiera tan cerca, ya que nunca había viajado a ninguna parte.

Después de casi dos horas de viaje, llegó a Villa Tehuelches. Al observar el lugar se sorprendió. Esta villa era una ciudad muy pequeña y linda, rodeada de pampa magallánica, con una brisa de viento muy semejante a la de Punta Arenas. Las personas que la recibieron eran muy amables y serviciales, se sintió cómoda y feliz; a pesar de todo esto, extrañaba a su rebaño.

Y así fue como se adaptó a su nueva vida. El colegio era un gran colegio, muy inclusivo, y se estudiaba mucho; los profesores eran geniales, pero lo que más le gustaba eran las salidas de excursión por la comuna todos los días. Se preparaban muy bien, llevaban agua y colaciones, y una vestimenta muy cómoda, pero abrigadora; solían caminar largos tramos experimentando toda la naturaleza, reconociendo cada planta que había.

Y así, después de varios meses de recorridos, ya conocía muchos nombres de especies de la flora del lugar; observaba el bosque y podía reconocer la lenga y el roble; en la pampa, el coirón; en las praderas mejoradas había pasto ovello, alfalfa y trébol blanco, algo nunca antes visto.

Tiempo después se sentía muy contenta; era feliz, porque podía compartir su tiempo con ambas actividades: el colegio en la villa y los fines de semana con sus

animalitos en la parcela. Cuando la veían se ponían contentos, se abalanzaban sobre ella, y durante gran parte del día les contaba todo lo que había visto y conocido, prometiéndoles que algún día también ellos podrían ir y vivir allí.

A mediados de diciembre, cuando ya terminaba el año escolar, se sentía un poco triste, porque sabía que tendría que volver a su ciudad para pasar sus vacaciones de verano junto a su mamá, y que ya no podría realizar las tan ansiadas excursiones que la hacían sentir motivada y muy enriquecida con estas bellas experiencias; pero tenía muy claro que eso debería ser así y que sería temporal.

Estaba en su casita... Una mañana se despertó muy temprano y fue en busca de su rebaño, y les dijo: “Hoy vendrán conmigo”. Estaba decidida a llevarlos a la gran Villa Tehuelches, y así fue cómo los alistó. Muy feliz se dirigió a tomar el bus camino a la villa; fue grande su sorpresa cuando el chofer le dijo que los subiera a todos y que los llevaría. Alexandra estaba feliz, su corazón latía muy rápido. Comenzaron el gran viaje. Mientras recorrían la ruta, ella les hablaba y les contaba los lugares que conocía, los nombres de los árboles y de los animales que había en el camino. El rebaño la escuchaba con mucha atención. Después de un par de horas, llegaron y llevó a su rebaño directo a la pampa. Los animalitos estaban felices, corrían y corrían sin parar. La brisa del viento era suave y tibia, y ella estaba feliz, ya que había cumplido su promesa de que algún día los llevaría, y así fue. De repente escuchó la voz de su mamá: “¡Ale, Ale: debes levantarte para desayunar!”. Ella abrió sus ojos y con gran sorpresa se dio cuenta de que lo del viaje a Villa Tehuelches con su rebaño había sido un lindo sueño. Sonrió y pensó: «Ya se cumplirá, no perderé la esperanza», y se fue muy contenta a tomar un rico desayuno.

Katrina Alexandra Graciela Godoy Ávila
12 años
Laguna Blanca
Tercer lugar regional



CONCURSO

**HISTORIAS DE
NUESTRA TIERRA**





CONCURSO

HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA



FUNDACIÓN
FUCOA

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura

Esta edición cuenta con la colaboración y el financiamiento del Ministerio de Educación.